

Cuadernos del Sur

Sociedad • Economía • Política

1990



*cien años del
primero de
mayo en
Argentina*

- INES IZAGUIRRE: Algunas reflexiones sobre las condiciones del conocimiento de lo social a fines de los '80 ✦
- ALVARO DIAZ: La reestructuración industrial autoritaria en Chile ✦
- ADOLFO GILLY: Panamá y la revolución democrática en América Latina ✦
- JAMES PETRAS: El futuro del socialismo en América Latina ✦
- ALBERTO J. PLA: En defensa del socialismo ✦
- ERNEST MANDEL: La Glasnost y la crisis de los partidos comunistas ✦
- BORIS KAGARLITSKY - EFIM OSTROVSKII: No vemos una vía que no sea la socialista hacia la democracia en nuestro país ✦
- GUILLERMO ALMEYRA: Unión Soviética. La eclosión nacionalista ✦
- SERGIO RODRIGUEZ L.: Revolución y contrarrevolución en el Este ✦
- ALBERTO J. PLA - EDUARDO LUCITA: . Hace 50 años fue asesinado Leon Trotsky

Cuadernos del Sur

Número 11 ■ Setiembre de 1990

Tierra  fuego
del

CUADERNOS DEL SUR responde a un acuerdo entre personas, las que integran el Consejo Editorial. La revista es ajena a toda organización. La pertenencia, actual o futura, de cualesquiera de sus integrantes a partidos o agrupamientos políticos sólo afecta a éstos de modo individual; no compromete a la revista ni ésta interfiere en tales decisiones de sus redactores.

CUADERNOS DEL SUR es un órgano de análisis y de debate; no se propone, ni ahora ni en el futuro, ser un organizador político ni promover reagrupamientos programáticos.

El Consejo asume la responsabilidad del contenido de la revista, pero deslinda toda responsabilidad intelectual en lo que atañe a los textos firmados, que corren por exclusiva cuenta de sus autores, cuyas particulares ideas no son sometidas a otro requisito que el de la consistencia expositiva. El material de la revista puede ser reproducido si se cita fuente y se añade la gentileza de comunicárnoslo. Las colaboraciones espontáneas serán respondidas y, en la medida de nuestras posibilidades, atendidas.

El desborde inflacionario, el alza de los precios, afectan los proyectos editoriales, más aún a los que como **CUADERNOS DEL SUR** no tienen otra fuente de financiamiento que el aporte de sus lectores. Esta ha sido la causa del atraso de este número, que esperamos mantenga el interés de Uds.

Es nuestra intención regularizar las entregas del **Cuaderno** y de las **Fichas Temáticas**, en 1991.

1990, CIEN AÑOS DEL PRIMERO DE MAYO EN ARGENTINA

I El año en curso, 1990, tiene un valor que supera a lo simplemente efemérico, transforma en centenaria la conmemoración de la fecha obrera por excelencia. Un siglo en el que año tras año los trabajadores manuales e intelectuales, en nuestro país y en el mundo, de una u otra forma, elevaron sus protestas y propuestas para reafirmar sus derechos sociales y políticos.

EL PRIMERO DE MAYO, como fecha conmemorativa obrera, nacida al calor de las luchas por la jornada de ocho horas y el recuerdo de los ahorcados de Chicago fue transformada, al ser adoptada como propia en todo el mundo, en una fecha emblemática de la lucha contra el Capital.

Es doblemente significativo que aquellos sucesos no se originaran en Europa donde por un lado había una tradición de luchas de más de un siglo, y por otro jornadas o acontecimientos tanto o más significativos que aquellas acciones de los anarquistas norteamericanos. Es que aquellos acontecimientos se produjeron en un momento en el cual culminaban una acumulación de luchas, experiencias y afianzamiento como clase internacional, lo que permitió trascender lo local para ser símbolo de aquel internacionalismo naciente. Por supuesto que la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) y la Segunda Internacional resultaron parte esencial de todo esto.

1890 es el año en que por primera vez, diversas organizaciones de distintos países convocaron a adoptar el PRIMERO DE MAYO como su día universal. Este símbolo trasciende a las tendencias ideológicas presentes al interior del movimiento y la Segunda Internacional —constituída en 1889— fue la expresión organizativa de la madurez alcanzada por la clase obrera en su lucha contra el Capital. Si la iniciativa de institucionalizar el PRIMERO DE MAYO surgió de los obreros franceses, inmediatamente fue asumida por la Internacional para así darle proyección mundial.

En América Latina fueron varios los países en donde la convocatoria tuvo eco inmediato, siendo la Argentina quién mayor respuesta brindó con la histórica concentración en el Prado Español en la Capital Federal, y los actos de Bahía Blanca, Rosario y Chivilcoy, seguramente por haber recibido grandes contingentes de inmigrantes europeos en el siglo XIX, por haber tenido un desarrollo capitalista durante el último tercio de ese siglo que multiplicó rápidamente los contingentes obreros, y porque ello dió lugar a que se concentraran grandes núcleos de militantes de diversas ideologías para quienes era natural caracterizar a la clase obrera como una clase internacional, al mismo tiempo que el capital se internacionalizaba bajo el empuje de la expansión imperialista.

La respuesta se irradió a Argentina y al continente y la convocatoria tuvo así expresión en otros países. En Cuba ese mismo año, donde el Círculo de trabajadores realiza una manifestación por las calles de la Habana; en Brasil donde en 1892 se realiza en Río de Janeiro el Primer Congreso Obrero; y ostensiblemente en México donde existía un importante movimiento obrero y socialista y en donde en 1892 también se celebrará la conmemoración del PRIMERO DE MAYO. En otros países las iniciativas fueron menores, proviniendo su concreción tanto de grupos anarquistas como socialistas, y donde cada tendencia ideológica fue llenando de contenidos la fecha.

II En esta historia ya secular muchas han sido las batallas, las derrotas y los éxitos de los trabajadores. En numerosos países duros combates concluyeron en el reconocimiento de sus derechos y en su libre accionar. En otros por distintas vías se avanzaba en la construcción de sociedades postcapitalistas en tránsito hacia formas de organización y de vida superiores, pero este proceso —a poco andar— resultó abortado por burocracias de estado que antepusieron los intereses de esos Estados al protagonismo social y político de los pueblos.

En otros, particularmente en nuestra América Latina, una y otra vez fueron desplazados los regímenes autoritarios, los trabajadores fueron una y otra vez reconquistando el estado de derecho y el libre ejercicio de las libertades democráticas y con ellas la posibilidad de reorganizarse para hacer frente a la explotación capitalista y a la opresión imperialista que recorre el continente.

En los países del Este las ansias de democratización han concluido en el derrumbe de las burocracias de estado. Las conquistas democráticas como parte del progreso humano han comenzado a manifestarse: el derecho de huelga se extiende y se generaliza, las nacionalidades bregan por su auto-

nomía, las oposiciones se constituyen formalmente, surgen nuevas izquierdas y se renueva la cultura. Se abre así un cauce de proyección aún indefinida pero donde seguramente los trabajadores volverán a hacer oír su propia voz.

Esta continuidad de las luchas durante un siglo demuestra, más allá de los apóstoles de la postmodernidad y de los cientistas sociales que teorizan sobre el agotamiento del protagonismo y de su voluntad transformadora, que los trabajadores como productores colectivos y creadores de la riqueza social, están colocados en el centro de esta época, cuyo contenido más profundo se orienta en el sentido de la implantación de regímenes político-sociales, humanistas y fraternales, sustentados en la reorganización racional, igualitaria y democrática de las sociedades.

La constante realidad del capitalismo, con sus crisis periódicas y recurrentes, la explotación de las masas trabajadoras, la marginación y opresión de vastos sectores de la sociedad, la destrucción del equilibrio ecológico y el medio ambiente y el siempre latente peligro nuclear, replantean la vigencia del PRIMERO DE MAYO poniendo una y otra vez en primer plano las necesidades y esperanzas del movimiento social.

III En la Argentina durante estos cien años esta fecha obrera resultó conquistada e impuesta por la propia lucha, muchas veces como herramienta unificadora, otras como apelación nucleadora no sólo como emblema de clase para enfrentar al Capital, sino también como momento de convergencia para enfrentar dictaduras y represiones. Si por períodos se le adjudicaron ribetes festivos, o se la instrumentalizó para justificar concesiones, los trabajadores tozudamente la volvieron a recuperar llenándola nuevamente de contenidos de clase. Sin embargo, estos contenidos fueron cambiando al ritmo de los tiempos y de los períodos por los que atravesó el movimiento obrero y sindical.

Si desde fines del siglo pasado y las primeras décadas del presente, 1890/1920, con los comienzos de la industrialización y su constitución como clase va acompañada por la aparición de un sindicalismo de corte revolucionario cruzado por un fuerte debate ideológico que tendía a reproducir el debate europeo entre anarquistas y marxistas, en el período inmediato, 1920/1943, la etapa de expansión industrial se corresponde con la aparición de un sindicalismo reformista que mantiene sus contenidos de clase y donde el debate es esencialmente político acerca de la posición frente a la guerra mundial y a la independencia del movimiento frente a los partidos.

Entre 1943/1955 con la implantación de un modelo de acumulación que privilegiaba el mercado interno, la sustitución de importaciones y el pleno

empleo, se da un fuerte impulso al movimiento sindical que acentúa sus contenidos reformistas pero que es totalmente cooptado por el Estado. El debate ideológico-político es así neutralizado y como contrapartida se redefinen sus contenidos en términos nacionales, humanistas y cristianos.

En el período 1955/1976 con las continuas crisis económicas y el achicamiento de los espacios democráticos se consolida un sindicalismo fuertemente institucionalizado que no obstante mantiene relaciones contradictorias de integración al Estado (confrontacionista/participacionista) y donde el debate político está centrado en cómo pararse frente a los planes de estabilización con que las clases dominantes intentaban resolver las crisis recurrentes. Desde 1976 en adelante, con la inauguración del proceso de reestructuración capitalista, entra en crisis el sindicalismo tradicional que no tiene respuestas para defender los intereses inmediatos de los trabajadores frente a la brutal ofensiva del Capital. La política ahora es entendida como un mero mecanismo de transacción permanente donde se disputan espacios de poder y formas de relacionarse con el Estado y los grupos económicos dominantes.

Así durante este siglo se sucedieron PRIMEROS DE MAYO de lucha algunos y festivos otros; en la clandestinidad muchas veces y en la legalidad del régimen otras; con un carácter nacional o como fecha internacional obrera, pero siempre PRIMEROS DE MAYO donde la clase persistentemente hacía notar su existencia inevitable dentro del sistema y también su contradictoria relación con direcciones burocratizadas en los sindicatos, o bien reformistas en lo político, o con direcciones que genuinamente estuvieron al servicio de sus necesidades e intereses.

IV Pero 1990 no es sólo un momento singular para rendir tributo a esta clase y a su lucha centenaria. Merecería esto trazar responsablemente un balance de un siglo, ya no desde una perspectiva histórica o sociológica, sino tomar esta historia como praxis, como la actividad libre, creativa y autocreadora que se desarrolla en ese formidable laboratorio de experiencias sociales que es la lucha de clases.

Sin embargo 1990 aparece también como un momento de inflexión. En Argentina y en América Latina, los procesos sociales abiertos después de la crisis de 1930 permitieron el surgimiento de los llamados "populismos", que en muchos casos vaciaron de contenidos de clase las reivindicaciones obreras. En la época actual con el agotamiento de todo un modelo de acumulación del capital y de gestión de la fuerza de trabajo, bajo el impulso de la reestructuración capitalista y las innovaciones tecnológicas, asistimos al fin del ciclo populista y al estallido de las alianzas de clases y fracciones

que lo hicieron posible, reaparece así de la mano de las políticas del ajuste estructural la contradicción básica del sistema que hace mucho más cristalina la relación Capital/Trabajo.

Esta nueva realidad le plantea al mundo del trabajo el problema de las alternativas. Se ha agotado un ciclo histórico y así como el predominio de las corrientes anarquistas y socialistas se prolongó hasta los años '30 con sus modalidades y características; a las que luego continuó el populismo que se corporizó en movimientos nacionalistas policlasistas, de base obrera y popular y direcciones burguesas burocráticas, ahora la historia que no se ha terminado como desearían los ideólogos del capitalismo tiende a reconstituir las condiciones objetivas para reelaborar una concepción clasista y socialista en el mundo del trabajo. Pero no ha de ser el viejo clasismo el que ocupe el lugar del moribundo populismo.

Las nuevas condiciones no parecieran remitir a los orígenes del movimiento, ni tampoco al clasismo de los años 60' y 70'. La fuerte ofensiva del Capital sobre el Trabajo ha hecho ceder posiciones a los asalariados, han caído barreras defensivas tanto en la organización sindical como en la legislación social, la política y en el control de los procesos productivos. La clase misma es hoy mucho más heterogénea y ha cambiado la relación entre las clases. Es en estas nuevas condiciones de vida y existencia y a partir de ellas, que el movimiento debe reformular su política de clase, que deberá ser capaz de abarcar a otros sectores de la sociedad, para ocupar el centro de la escena política nacional.

La crisis, que también anuncia los nuevos tiempos por venir, ha dado un primer indicio al conmemorarse este 1º de Mayo de 1990 los cien años de aquel primer PRIMERO DE MAYO. La izquierda argentina por primera vez en su historia se adueñó —momentáneamente— de ese espacio geográfico cargado de simbolismos políticos que es la Plaza de Mayo, dando lugar a un acto multitudinario, democrático y pluralista, de claros contenidos antibernamentales.

Es un dato más que significativo de una situación social existente. La crisis del populismo y el derrumbe del estalinismo a escala mundial abren un espacio para que los trabajadores avancen en la construcción de su propia alternativa social y política. Los años noventa que empezamos a transitar y con los cuales concluye este siglo aparecen cargados de riesgos pero también de enormes posibilidades, para un futuro de transformación y esperanzas que estuvo presente en todas y cada una de las luchas obreras de estos últimos cien años.

E.L.
Buenos Aires, Mayo 1990



• A GARLAND FOR MAY DAY 1895 •

• DEDICATED TO THE WORKERS BY WALTER CRANE •

Corona del día de Mayo - Autor: Walter Crane - 1895. Inglaterra

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LAS CONDICIONES DEL CONOCIMIENTO DE LO SOCIAL A FINES DE LOS 80*.

*Inés Izaguirre***

Tengo la impresión de que la producción de conocimiento en ciencias sociales no está reflejando con claridad los procesos que están sufriendo nuestras sociedades, procesos que, en muchos casos, son antes detectados y desarrollados por la información periodística -que reelabora los mensajes de los círculos de poder- pero que carecen de entidad académica.

Esta ponencia trata de esos vacíos, de esas ausencias, y de las condiciones fundantes de la omisión.

Las ciencias humanas, o sociales, nacen precisamente con la constitución -económica, política, epistémica- del modo de producción capitalista, cuyas condiciones de producción fundan también las del modo de conocimiento de lo social. Y por ello expresan, desde el inicio *la tensión de una doble mirada*: 1 *la mirada del orden*, del equilibrio del conjunto, donde cada grupo tiene ya su función asignada, y que se corresponde con la realidad de los éxitos de las guerras napoleónicas y de su agente conciente, la burguesía. Es la mirada posrevolucionaria, cuyo clásico exponente es Augusto Comte, y 2 *la*

* Ponencia presentada en las Jornadas de Pensamiento Latinoamericano. Mendoza, Argentina, 15 al 18 de noviembre de 1989.

** Instituto de Sociología - Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires

mirada del cambio, del cambio revolucionario, contemporánea de la anterior, pero antagonica, porque expresa la perspectiva de los expropiados de plusvalía, que propone llevar a la práctica, realizar, los ideales igualitarios de los revolucionarios burgueses y extenderlos al conjunto de la sociedad. Su embrión: los socialistas utópicos; su consagración, esa obra gigante del pensamiento humano que produce una verdadera ruptura epistemológica con la producción anterior: *El Capital*, de Marx.

Esa confrontación entre dos perspectivas antagonicas recorre toda la historia de la ciencia social, y atraviesa toda la serie mayor de perspectivas intermedias. La articulación de todas esas parcialidades constituye *el sujeto epistémico*, las condiciones de verdad de que nos habla Piaget. Su génesis y transformación se produce por confrontaciones permanentes: entre teorías, entre teoría y realidad, entre teoría y conocimiento, entre teoría y práctica, entre sujetos portadores - expropiadores y expropiados- de plusvalía y de saber.

El conocimiento, señala Foucault (1980); "es una cierta relación estratégica en la que el hombre está situado". *Toda* forma de conocer o de saber es una relación de poder. *La investigación es la forma del poder-saber*, construida conjuntamente con las condiciones de la producción capitalista. Resulta obvio, entonces, señalar el peso de la teoría en la dialéctica del conocimiento. Quizás es menos obvio señalar que toda conceptualización remite a un sujeto social que la construye y la expresa.

Por eso, la tensión de la doble mirada de la que hablamos expresa el "estado" del poder, el estado del poder entre las clases. (Marion, 1981). Un indicador preciso de esa confrontación puede observarse, a mi juicio, en el desplazamiento del eje problemático de la investigación, en los últimos 30 años, en América Latina. Si hacemos el ejercicio de recorrer las temáticas dominantes en la producción en ciencias sociales latinoamericanas, a través, por ejemplo, de los Congresos y Jornadas, veremos que a comienzos de los 60, y a lo largo de la década, luego de las revoluciones argelina y cubana, los temas dominantes de nuestra producción eran el imperialismo, la dependencia y los movimientos de liberación. Ese interés se completa, hacia finales de la década, con la preocupación por el desarrollo, la modernización y la integración latinoamericana.

Pero, ya en los 70, a medida que las dictaduras militares iban acallando las luchas reales, y aniquilando a los rebeldes, también se van acallando los productos teóricos y empíricos que denuncian la situación.

Las derrotas populares se expresaron en los paneles como "crisis de los

paradigmas", y menos eufemísticamente como *crisis del marxismo*, cuando lo que en ellos se mostraba era la crisis de los marxistas, derrotados junto con los intentos de liberación de sus pueblos.

Las luchas populares "desaparecieron" de los Congresos, junto con los cuerpos de sus portadores, y las luchas sociales -con o sin guerrilla- fueron anatematizadas como terrorismo y subversión. Las oligarquías financieras de nuestros países, y sus ejércitos de ocupación, tenían gran claridad al respecto. Así lo expresaba en Argentina, en 1977, uno de los generales que accedió al poder del Estado: "La subversión es toda acción clandestina o abierta, insidiosa o violenta, que busca la alteración de los criterios morales y la forma de vida de un pueblo, con la finalidad de tomar el poder e imponer desde él una nueva forma, basada en una escala de valores diferentes. Es una forma de reacción de esencia político-ideológica dirigida a *vulnerar el orden político-administrativo existente*, que se apoya en la explotación de insatisfacciones, reales o figuradas, de orden político, social y económico... La naturaleza de esta agresión deriva de la filosofía política que la origina y alimenta, el marxismo. Esta agresión es total en el sentido absoluto de la palabra; su finalidad es la conquista de la población mundial partiendo del dominio de la psiquis del hombre(*)".

Las luchas de clases se transformarían así en "movimientos sociales", los problemas del Estado serían los de la "transición y "la alternancia" entre dictadura y democracias parlamentarias", junto con la eliminación de las "trabas" burocráticas a la acumulación. Los científicos sociales debían "aggiornarse". Puesto que las sociedades democráticas lograban resolver los conflictos mediante negociación, las herramientas conceptuales de la lucha de clases ya no eran útiles. Hasta se llegó a escribir sobre la "desaparición": de las clases, como resultado de la modernización.

Particularmente a partir de los 80, en que podemos considerar constituido en América latina el nuevo patrón de acumulación, se produce a mi juicio una disociación aún mayor entre las temáticas emergentes en la producción intelectual y los hechos políticos y sociales dominantes en nuestras sociedades. Señalaré las ausencias que considero más notorias, aunque seguramente no agotan la lista:

1) *La ausencia curricular de la temática de la guerra* (Marín, 1984), como problema teórico y empírico, cuando, como se señala en el último informe de

* De la conferencia de prensa pronunciada por el entonces Jefe de Estado Mayor Gral. Roberto Viola, publicada por el diario La Nación, del 20/4/77.

Naciones Unidas sobre "La situación social en el mundo", jamás en toda la historia de la humanidad existieron tantas guerras simultáneas como las que se están desarrollando en esta época, con tan devastadoras consecuencias para la población civil. En 1988 se libraron en todo el mundo 22 guerras con 1000 muertes al menos cada una, pero si se incluyen los conflictos con menos víctimas su número asciende a 36".

Esta ausencia es aún más preocupante si tenemos en cuenta que en varios de nuestros países se están llevando adelante varias guerras de las llamadas de "baja intensidad", nueva fórmula para designar a las extenuantes guerras contrarrevolucionarias, que han pasado de perseguir "delincuentes" subversivos a perseguir narcotraficantes, pero que en todos los casos implican la militarización de la vida política de nuestras sociedades, y el control policial permanente de la población.

2) Vinculado con lo anterior, *la ausencia de estudios propios sobre el gasto en armamentos realizado por nuestros países*, en una época de mundialización de la capacidad destructiva. Según el mismo informe mencionado en el párrafo anterior, el valor de las importaciones en armas de guerra, hechas por los países subdesarrollados, pasó de 1.000 millones de dólares, en valores constantes de 1970, a más de 25.000 millones en 1987. Si a ello se suman las consecuencias de las presiones para el pago de los servicios de las deudas externas, constituidas en su origen, en muchos casos, por el gasto en armamentos, unido a la brecha cada vez mayor en términos de crecimiento respecto del centro desarrollado no podemos menos de sorprendernos del vacío problemático.

3) *La ausencia de proyectos de integración de nuestros espacios económicos*, que tanto abundaron en los 60, en un momento en que se está produciendo la macroregionalización del mundo en grandes territorios supranacionales. América Latina no forma parte de ninguno de aquellos proyectos, mientras nuestros débiles estados nacionales están cada vez más subordinados al territorio hegemónico de la seguridad nacional norteamericana.

4) La mansa aceptación de la "moda ideológica" sobre la necesidad de achicamiento del Estado -transformado en parámetro de ineficiencia- construída deliberadamente, en la realidad y en la teoría. Moda de exportación para nuestros países, prácticamente inexistente en la realidad de ningún lugar del mundo, donde la implantación de las macroregiones político-económicas requiere, en cambio, de políticas de mediano plazo en las que el Estado juega un papel fundamental. En este mismo punto cabría reflexionar sobre el papel de nuestras Universidades nacionales, ante el avance de aquel modelo.

5) Finalmente, *la omisión conceptual e investigativa de los procesos de lucha de clases y de las clases mismas*, lo que dificulta la comprensión de los procesos sociales que ocurren todos los días en nuestras sociedades, al mismo tiempo que se produce lo que yo llamo *la naturalización de la pobreza*, endeble sustituto categorial acrítico, para estratificar a los expropiados, cuya existencia parece haber entrado a formar parte de los “hechos de la naturaleza”.

Deseo reiterar que no es que no se registren estos procesos, sino que su registro, su montaje y su decodificación son casi inexistentes en la producción intelectual de nuestros países. Estos quedan circunscriptos, limitados, a la cada vez menor producción periodística independiente, mientras que la producción misma de los hechos se gesta cotidianamente en los ámbitos “expertos” de la superestructura del poder financiero internacional (FMI, Banco Mundial), en las conferencias militares supranacionales o gubernativo-militares, como el grupo de Santa Fe, en Estados Unidos, cuyos documentos se han convertido en verdaderas guías estratégicas de los Gobiernos norteamericanos y de nuestras burguesías.

¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué es lo que nos ocurre?

Dijimos antes que las condiciones mismas del modo de producción y reproducción de la vida son fundantes del sujeto cognoscente, que los modos de apropiación y expropiación de las condiciones materiales incluyen modos de apropiación de las condiciones del saber, sin el cual no podría haber cuerpos disciplinados para la expropiación (Foucault, 1980, Piaget-García, 1984, Marín, 1982).

La mayoría de nosotros, como sujetos sociales, hemos sido contruidos por aquella porción de la sociedad que vive de la plusvalía, pero estamos atravesados también por aquellas relaciones sociales que nos ligan a los cuerpos expropiados.

Nuestra relación estratégica, particularmente en la Universidad, como sujetos cognoscentes, depende del lugar -teórico, empírico, político- desde el que libramos nuestros enfrentamientos. No somos ajenos al poder, nuestra profesión misma es un modo, una forma de poder. Pero eso no significa ser cómplices del poder establecido: nuestro obstáculo epistemológico son las ausencias, los cuerpos aniquilados, los cuerpos exiliados, el producto de la derrota de los cuerpos populares.

La omisión curricular de aquellos problemas no es entonces casual. Nuestro sujeto epistémico estás mutilado.

En el caso particular de los países del Cono Sur, la violencia brutal de las operaciones militares y sociales que han producido miles de bajas al interior de nuestras sociedades, ha tenido su efecto. No sólo se han desorganizado las resistencias populares, lentificando el proceso de las luchas sociales, sino que se ha producido un profundo *desarme intelectual* (Marín, 1984). Se trata de una construcción conceptual, no sólo de un vaciamiento, que tiene distintas consecuencias según sea la fracción social que la encarna:

- El *reduccionismo teórico* de izquierda, que implica la permanencia en un modelo clásico de enfrentamiento, correspondiente a un período histórico anterior, *como si este intelectual no pudiera crecer conceptualmente* al ritmo de los cambios que se operan en la realidad, ni desarrollar el perfil más preciso del enemigo de hoy, el real. Este obstáculo le impide conducir a las fracciones que lo escuchan a librar enfrentamientos o establecer alianzas sociales correctas.

- La segunda versión está formada por los *cuadros intelectuales que han sido cooptados por las nuevas fracciones financieras*, sustituyendo la autonomía crítica lograda en un período anterior por una *heteronomía activa*, conducida por aquellas, que los transforma en sus auxiliares domesticados, favorables a su proyecto hegemónico.

La parálisis del miedo, la ausencia de los cuerpos militantes, muchos de los cuales eran intelectuales universitarios, el exilio de los más, ha tomado difícil la recomposición de nuestras "condiciones de verdad", compuestas de muchas parcialidades, de muchas perspectivas sobre los mismos problemas, que hoy nos faltan. Es una de las formas de la destrucción de la memoria histórica.

Nuestro punto de partida es hoy intelectualmente pobre. Acudo entonces a la pregunta clásica, ¿Qué hacer?

Lo primero, tomar conciencia de la situación. Lo segundo, concentrar nuestra energía en reconstruir un estilo intelectual contrahegemónico. Con ambos sentidos he escrito este trabajo.

Buenos Aires, Octubre 1989

Bibliografía citada

Foucault, Michel: *La verdad y las formas jurídicas*. México, Gedisa, 1984, 1a. conferencia.
Piaget, Jean y García, Rolando: *Psicogénesis e historia de la ciencia*. México, Siglo XXI, 1984.

Marín, Juan Carlos: *La noción de polaridad en los procesos de formación y realización del poder*, Buenos Aires, Cuadernos de Cicso, Serie Teoría Nro. 8

Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados, un ejercicio posible*, Buenos Aires, ed. Cicso, 1984

LA REESTRUCTURACION INDUSTRIAL AUTORITARIA EN CHILE*

Alvaro Díaz

En los últimos quince años, la mayor parte de los estudios económicos y sociológicos concentraron su atención en los efectos destructivos del autoritarismo y el monetarismo que fueron impuestos al país después de 1973. Era natural que así fuera, dado que Chile vivió en un corto período dos profundas recesiones que sólo tienen parangón con lo sucedido a principios de la década de los treinta. Sin embargo, la memoria de la crisis ha perdurado más allá de lo conveniente, opacando los procesos de recuperación e incluso expansión que la economía chilena manifiesta, y que en 1989 logrará seis años consecutivos de fuerte crecimiento del PGB, con sorprendentes equilibrios macroeconómicos. Lo que afirmamos es que en la intelectualidad democrática sigue predominando un enfoque con sesgo estancacionista que ya no sirve para interpretar la realidad social chilena.

Si bien los actuales estudios reconocen el fenómeno, aún tienen un carácter marcadamente descriptivo y no logran reconceptualizar el tipo de economía que se fue constituyendo en Chile desde mediados de 1970 en adelante.

Nuestro texto se concentra en discutir esta problemática para el sector industrial. En la primera sección se plantea una crítica a dos ecuaciones muy extendidas en la oposición: dictadura = estancamiento y monetarismo = Estado "subsidiario". En la segunda se fundamenta la afirmación de que la desindustrialización ha terminado y la apertura extrema ya no tiene efectos an-

* Publicada en Cuadernos Políticos Nº 58 Octubre/Diciembre 1989 - México.

tiindustrializantes. En la tercera sección se identifican los rasgos principales de la reestructuración industrial y la modernización actualmente en curso en la industria. En la cuarta se analiza la situación del empleo y los salarios, y se plantea la existencia de una nueva configuración de la clase obrera chilena.

Finalmente, y a modo de conclusión, se exponen algunas consideraciones acerca de los límites de la reestructuración industrial, advirtiendo contra la tentación de asumir un pensamiento "pro-cíclico", que convierte fenómenos coyunturales en tendencias casi seculares. En efecto, el actual "boom" de la economía chilena no debiera marcar demasiado el análisis de perspectiva. Es posible que se esté avanzando rápidamente hacia una fase de agotamiento del actual dinamismo económico. Diversos factores comenzarán a operar, generando un nuevo contexto económico, social y político que hará entrar en crisis el actual modelo económico, sin que surja otro en forma automática ni tampoco natural. La consolidación del modelo exportador requiere de cambios estructurales en la regulación estatal de la economía y, por tanto, en el modelo político del actual régimen. Este es el desafío para el futuro.

1. La ruptura de dos ecuaciones tradicionales

En nuestra opinión, se ha producido una ruptura de dos viejas ecuaciones que durante mucho tiempo predominaron en el análisis de los economistas de oposición al gobierno actual. Las expondremos en forma detallada.

a) *¿Dictadura = estancamiento económico?*

Hasta hace pocos años, las evidencias permitían concluir que existía una estrecha asociación entre *régimen autoritario*, *monetarismo global* y *estancamiento económico*. Dos profundas recesiones (1975-76 y 1982-83) apuntalaron la idea de que la dictadura y el monetarismo no sólo generaban una mayor desigualdad social, sino también una verdadera regresión económica. En 1983, en medio de la recesión y la crisis política, el balance de diez años sustentaba claramente la tesis *dictadura = estancamiento*.

Pero, después de la crisis 1982-83, hubo un fuerte proceso de recuperación. Si las proyecciones para este año se confirman, entre 1984-89 el PGB habrá crecido a una media de 5,4 por ciento anual, la tasa de inversión se elevaría desde 12,9 por ciento hasta 18,0 por ciento del PGB, la tasa de desempleo disminuiría hasta 6,5 por ciento, las exportaciones de 1989 casi dupli-

carían las de 1983 y la deuda externa no habría crecido. Tal como van las cosas, este dinamismo se mantendrá en 1990, con lo que se acumularían siete años de crecimiento económico.

No es la primera vez que ocurre este fenómeno. Entre 1976 y 1981 la economía también presentó un fuerte crecimiento, cuyas fragilidades se manifestaron con la crisis 1982-83. ¿Estaríamos viviendo una situación similar en la actualidad? Los antecedentes indican que no. La expansión actual es ciertamente más sólida que la del período 1976-81.

En efecto, el liderazgo sectorial ya no recae en el sector de servicios, sino en la industria y el agro. No sólo han crecido las exportaciones, sino también la producción orientada al mercado interno. Por ello es que las importaciones de 1989 siguen siendo inferiores a las de 1981. La consecuencia es un crecimiento que ya no se sustenta en un déficit creciente de la balanza comercial, sino en un superávit. Es cierto que los superávits se diluyen en el pago del servicio de la deuda externa, pero esto no ha impedido—hasta 1989—un fuerte dinamismo en la recuperación económica, cuya fuerza se expresa en el ritmo inversionista: hay en marcha grandes proyectos que madurarán hacia 1992, y existen muchas evidencias de procesos de expansión y modernización de empresas.

Puede concluirse que la tesis dictadura = estancamiento ya no describe la realidad económica chilena. El capitalismo salvaje que impuso la dictadura generó desigualdad, pero no un estancamiento secular. Chile comenzó a vivir una experiencia ya conocida en el continente¹. Las recesiones fueron principalmente el resultado combinado de dos fenómenos: la crisis en la economía mundial y la radicalidad del intento refundacional que el neoliberalismo impulsó en Chile.

El tiempo ha evidenciado que el enfoque estancacionista era y es insuficiente. Al concentrarse en los impactos destructivos de la crisis y la reconversión del viejo modelo económico, opacó los procesos expansivos que atravesaron la economía chilena en los años setenta y ochenta. Subestimó el efecto multiplicador de los nuevos ejes de acumulación capitalista. Y, más importante aún, no entendió que las crisis, por más destructivas que fuesen, crearon las condiciones para la superación temporal en los entramamientos que el proceso de acumulación capitalista estaba sufriendo.

A pesar de todas estas evidencias, la memoria de la crisis sigue predominando en la oposición. Hasta 1987 se argumentaba que la recuperación era de escaso aliento, lo que hacía inevitable una nueva recesión. En 1988 ya era evidente que estos enfoques no tenían asidero. Sin embargo, los análisis

económicos de oposición sólo se han limitado a describir la recuperación, sin abandonar la teoría del estancamiento. Hay por lo tanto, un retraso teórico que debe ser superado. Y ello exige un balance crítico de aquellas tesis — marxistas o no — que sostenían la incapacidad estructural del capitalismo chileno para superar su crisis.

b) ¿Neoliberalismo = Estado "subsidiario"?

Una creencia muy difundida es la supuesta subsidiariedad del Estado. Analistas de la oposición sostienen que ello explica las profundas desigualdades y crisis económicas que han afectado la economía del país. Analistas del gobierno sostienen que ello explica la clave de la recuperación actual. Nuestra opinión es que ambos argumentos parten de una premisa falsa. No hay tal "subsidiariedad" del Estado. En realidad, tal imagen no ha sido más que un espejismo ideológico que ha opacado la importancia del Estado "realmente existente" en Chile. Desarrollaremos cuatro argumentos básicos que apoyan este enfoque no convencional.

Primero, durante los últimos quince años el Estado siguió siendo un factor económico clave para la reproducción del capitalismo chileno. Los indicadores tradicionales (gasto e ingreso fiscal como porcentaje del PGB) son incluso superiores a los del segundo período 1961-70.²

Segundo, si bien es cierto que hacia finales de 1973 el sector público era mayor que el actual, es innegable que cada aparato estatal estaba sometido a múltiples presiones sociales y políticas, que terminaban por entabrar un accionar coherente. Esta fue una de las principales dificultades de los gobiernos de Frei y Allende. Después de 1973 sucedió lo contrario: el Estado fue casi inmune a las presiones sociales y no han existido poderes que hagan un contrapeso efectivo al Poder Ejecutivo. Lo cierto es que el sector público se ha compactado, elevando el grado de jerarquización de sus relaciones internas, lo que potencia su capacidad de intervención en la sociedad y la economía.

Tercero, no debiera olvidarse que ha sido precisamente la propiedad pública sobre la gran minería lo que ha permitido al gobierno disponer de significativos ingresos fiscales, sin elevar su injerencia directa en el resto de la economía chilena.

Cuarto, a pesar de que la masa de precios controlados ha disminuído fuertemente desde 1973 en adelante, el Estado *mantuvo* el dominio estratégico de los precios relativos de la economía. En efecto, mediante la modificación

sistemática del tipo de cambio, la tasa de interés, las tarifas públicas, los precios agrícolas, el Estado incide en el conjunto de la estructura de precios y de ganancias de la economía. No menos significativa es la regulación estatal coercitiva de los salarios. Mediante el sencillo expediente de limitar la sindicalización y los espacios de negociación colectiva, se posibilita un control de salarios, especialmente el de aquellos amplios estratos de trabajadores con empleo precario³

Desde una perspectiva histórica, pareciera que el intento de llevar a la práctica la utopía neoliberal requirió, ante la resistencia de la sociedad civil y el impacto de las crisis, de un fortalecimiento extraordinario del Estado: curiosamente, la radicalidad del proyecto de Estado "subsidiario" requería para su realización de un *aumento* de la intervención estatal. En otras palabras, el Estado "subsidiario" no ha sido más que un mito que sólo pareció realizarse por un corto período (1979-80), en el contexto de endeudamiento indiscriminado.

Para clarificar este enfoque, conviene analizar el papel del Estado durante y después de la crisis 1982-83.

¿Qué explica la recuperación 1984-89? Es obvio que un factor central es el crecimiento de la economía mundial. Sin embargo, debiera evitarse un nuevo tipo de reduccionismo que explique la dinámica económica sólo por factores exógenos. Si con razón se argumentó que la crisis de 1981-83 no fue puramente "por causa de la recesión internacional", como lo afirmaba el gobierno, tampoco puede explicarse la actual recuperación por el solo crecimiento económico de los países desarrollados.

Cabe preguntarse si la recuperación entre 1984-89 obedeció a un patrón tradicional del ciclo económico. Nuestra opinión es que no. Es cierto que toda crisis contiene los elementos básicos de su propia resolución. Pero el proceso aquí estudiado no fue "natural" ni menos "automático". La explicación debiera encontrarse en dos ejes: por un lado, la racionalización estructural que operó en la década de 1970; y por otro, el ajuste significativo en la forma de regulación estatal de la economía.

Para quien tenga dudas, baste recordar que, en medio de la crisis, los monetaristas no titubearon en intervenir tal cantidad de bancos y empresas, que hacia 1985 el gobierno detentaba el control del 8,6 por ciento del PGB, una situación similar a la de 1971 (Foxley, 1987). Es imposible, por tanto, desestimar la importancia que tuvieron las drásticas modificaciones en la intervención del Estado en la economía.

Todo esto configura un *intervencionismo sistemático* en los mercados,

sea directo o indirecto: por ejemplo, el Estado aumentó el control de precios claves, dejando "libres" los que no necesitaba controlar. Si entre 1979-81 el manejo de los precios relativos se utilizó para administrar la acumulación financiera, después de 1983 el control de precios ha aumentado para favorecer un modelo exportador.

Otro indicador no menos importante es que durante el período 1985-88 la mitad de los ingresos de los sectores de "extrema pobreza" provinieron de subsidios y ayudas fiscales. Todos esos indicadores evidencian la importancia del peso fiscal y monetario del Estado que, después de la crisis 1981-83, ha sido acompañado por un aumento de la regulación estatal, cuyo propósito nunca fue "neutral", sino orientado a inducir un comportamiento específico en la economía.

Hoy en día, lejos de haberse reducido a un papel subsidiario, el Estado neoliberal "realmente existente" que emergió después de la crisis, refuerza su papel central para la reproducción del capitalismo chileno. De una política económica más bien pasiva se pasó a otra mucho más activa. Ello refleja cambios en la ideología de la tecnocracia, que rápidamente pasó de un monetarismo "ortodoxo", con un claro sesgo voluntarista, a un monetarismo de tipo "heterodoxo", más pragmático.

¿Cómo explicarse entonces el actual proceso de privatizaciones, que se aceleró después del plebiscito del 5 de octubre? Dos grandes objetivos parecen ser los más importantes: primero, aliviar los problemas financieros de corto plazo del sector público, sometido a un programa de ajuste tipo Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial; segundo, evitar la acumulación de poder en el futuro gobierno, que eventualmente será del centro político. Todo ello no hace sino reforzar la tesis de la importancia del Estado en la economía chilena.

Concluyendo, lo que emerge después de la crisis 1981-83 no es un Estado "benefactor", ni tampoco un Estado "empresario", pero sí un Estado "monetarista" que regula estrictamente la economía. Si a ello le sumamos el poder político que concentró en las manos del régimen, puede concluirse que, a pesar del discurso neoliberal, *nunca antes en la historia chilena el Estado había sido tan poderoso*. No hay tal Estado "subsidiario", sino un Estado neoliberal "intervencionista", término formalmente contradictorio, pero que en realidad no lo es, dada la naturaleza intrínseca de los fines y los medios con que se pretendió realizar la utopía neoliberal.

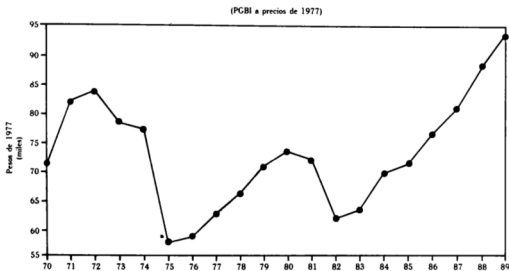
2. El fin de la desindustrialización.

En el actual contexto, las referencias del debate sobre la evolución industrial en Chile debieran cambiar: ahora es más adecuado pasar de la idea de "desindustrialización" a la idea de "reestructuración industrial" o "reconversión industrial" conceptos que obviamente pueden ser clarificados, ya que su sentido es muy distinto a la "reestructuración" de que se habla en Europa, o incluso en Brasil y Argentina.

a) La "desindustrialización" ha terminado.

Como puede visualizarse en la Gráfica 1, el concepto "desindustrialización" no se aplica a lo sucedido después de la crisis 1982-83. Primero, porque ya fue superada la fase donde predominaron los efectos destructivos del cambio del patrón de acumulación (1973-83); segundo, porque desde 1987 la industria ya completó en lo esencial su fase de recuperación respecto al nivel alcanzado en 1981, e incluso en 1972.⁴

Gráfica 1. Sector industrial 1970-1980



Fuente: 70 - 83 Meller et al, 83 - 89, Díaz

El concepto "desindustrialización" caracterizaría entonces el período 1973-83, siendo su manifestación más evidente lo ocurrido en la industria textil y metalmecánica. La idea subyacente es que más que una recesión coyuntural, se trataría de un desmantelamiento de capacidades productivas, e incluso de una pérdida del acervo de conocimientos y capacidades empresariales. El caso del sector metalmecánico ilustra bien este fenómeno.⁵ En efecto, Merino y Weinstein identifican varios productos que fueron discontinuados: "motores eléctricos; algunos tipos de bombas hidráulicas, algunos tipos de compresores' máquinas herramienta para metales y maderas; componentes de maquinaria agrícola; algunos tipos de máquinas para la minería; máquinas de coser; componentes automotrices; partes de carrocerías para vehículos; vagones ferroviarios; automóviles y compresores de refrigeración".⁶

Sin embargo, aun así el término "desindustrialización" presenta serias limitaciones. En efecto, la experiencia de las ramas metalmecánica, vestuario y textil, no es generalizable al conjunto de la industria de aquellos años. No se aplica a lo ocurrido en varias subramas de la industria alimentaria, química, madera y celulosa, así como a la industria relacionada con el cobre. En todos estos casos hubo procesos de expansión.

Más aún, la "desindustrialización" se refiere a los procesos de destrucción de empresas, pero poco dice de las que sobrevivieron al diluvio. Es decir, no da cuenta del proceso de *racionalización* prolongado ocurrido en la mayoría de las empresas chilenas, sometidas a los avatares de la crisis 1974-75, al "boom" importador de 1979-81 y a la crisis de 1982-83. Es ese proceso de racionalización, junto a los cambios ocurridos en la lógica empresarial, lo que explica la acelerada recuperación de la industria en los años de la poscrisis.

b) ¿Apertura externa = desindustrialización?

Durante muchos años se sostuvo que la apertura externa al estilo neoliberal sólo podía provocar desindustrialización. Los argumentos fueron básicamente dos: por un lado, la apertura externa generaba un proceso de sustitución de producción nacional por importaciones; por otro, la expansión exportadora provenía de sectores primarios, que sólo eran nuevos enclaves exportadores, sin articulaciones con el resto de la economía.

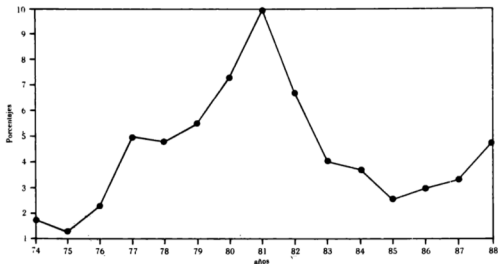
Como puede desprenderse de la Gráfica 2, la tesis arriba expuesta fue estrictamente cierta para el período 1976-81, pero no así para el período 1984-89.⁷

En la recuperación económica 1976-81, las importaciones de bienes de consumo tuvieron una expansión muy acelerada, llegando a constituir el 10 por ciento del PGB en 1981. El impacto fue destructivo para una industria que aún no se había racionalizado, especialmente en las ramas textil, vestuario y metalmecánica. El comportamiento dinámico se restringió a las ramas alimentos y madera-celulosa, crecientemente vinculadas al dinamismo exportador. Sin embargo, la estructura exportadora del país aún se concentraba en enclaves mineros preexistentes, con escaso impacto multiplicador hacia el resto de la economía.

En la recuperación económica 1984-89 disminuyó drásticamente el peso de las importaciones totales⁸, y también el de las importaciones de bienes de consumo, que en 1988 alcanzaron sólo el 4,8 por ciento del PGB. Esto significa que ellas fueron parcialmente sustituidas por la producción agrícola e industrial orientada hacia el mercado interno. Paralelamente, el ritmo de crecimiento de las exportaciones se elevó, con un grado mayor de diversificación. Esto determinó un dinamismo más difundido hacia el conjunto de la industria. Si en 1981 casi la mitad de las ramas del sector industrial aún no superaban los niveles de 1974, en 1988 esta situación afectaba sólo a tres ramas⁹.

Dos grandes factores explican las diferencias entre ambos procesos de recuperación industrial: primero, el cambio ya mencionado en la regulación estatal de la economía, que fomentó las exportaciones y elevó moderadamente el grado de protección efectiva al sector industrial; segundo, la maduración

Gráfica 2. *Importaciones de bienes de consumo*
(como porcentaje del PGB)



de procesos de racionalización en aquellas ramas anteriormente afectadas por la apertura externa (textil, vestuario, calzado y algunas subramas de las metalmecánica), así como los procesos de modernización y expansión de otras, articulada con complejos productivos orientados hacia el mercado externo (minero, forestal, pesquero y frutícola).

En el contexto arriba descrito, el desarrollo exportador favoreció la recuperación de una demanda solvente que estaba deprimida, y financió la importación de insumos y maquinaria que reactivaron el crecimiento industrial¹⁰. Paralelamente, las inversiones públicas en infraestructura también tuvieron efectos de reactivación industrial. Asimismo, los "eslabonamientos" hacia atrás y hacia adelante que directamente provienen de las ramas exportadoras, no debieran ser subestimados.¹¹

En conclusión, se ha producido una fuerte articulación entre desarrollo exportador e industrialización, fenómeno que podría durar hasta principios de la década de 1990, algo parecido a lo ocurrido entre 1890 y 1910.

3. Reestructuración Industrial y Modernización Autoritaria.

a) La reestructuración industrial en la poscrisis.

En el caso chileno, el término "reconversión" industrial debe utilizarse en forma distinta al sentido que usualmente tiene en otros países latinoamericanos. En efecto, este término se usa para describir procesos de orientación de la producción de empresas ya instaladas, hacia nuevos productos y nuevos mercados *externos*. Pero este proceso no ha ocurrido en Chile. Las empresas que se vieron confrontadas a la apertura externa no lograron consolidar un perfil exportador, y más bien se concentraron en sobrevivir en el mercado interno. Las exportaciones industriales provienen básicamente de empresas nuevas que surgieron con un propósito exportador. Adecuando la terminología, podría hablarse de una reconversión "interna" para referirnos a cambios de productos y mercados que efectivamente ocurrieron dentro de los límites del mercado interno. Es por ello que preferimos utilizar el término "reestructuración industrial",¹² con el que nos referimos a los diversos cambios que describimos a continuación.

i) *Nueva "arquitectura" industrial.* La nueva "arquitectura" industrial (Ominami, 1988) resulta de la combinación de procesos regresivos y progresivos. En primer lugar -como ya se dijo-, durante el período 1975-83 se operó un proceso de desmantelamiento de la industria productora de bienes de

capital¹³, cuya producción fue crecientemente sustituida por importaciones. Esta transformación regresiva ha sido duradera: la recuperación del sector ha sido inferior al de otras ramas y no parece haberse revertido lo sucedido hace una década; la demanda de bienes de capital sigue orientada al exterior, y ello es posible por el aumento de la disponibilidad de divisas y las facilidades de importación. Pero, a la par de este fenómeno regresivo, se han expandido las empresas orientadas o vinculadas a la actividad exportadora (celulosa, pesca, forestal, agroalimentaria),¹⁴. En el resto de las ramas industriales no se han producido transformaciones significativas.

En síntesis, no sólo hubo cambios en la estructura ramal, sino también en los procesos de relocalización industrial y en la cantidad de exportaciones industriales (no manufactureras), que entre 1979 y 1989 aumentaron por su participación en las exportaciones totales desde 31,9 por ciento a 35,8 por ciento (proyectado) en 1989.

ii) *Transnacionalización y cambios en los grupos económicos.* Durante los últimos veinte años, la industria chilena ha atravesado por tres grandes períodos de cambios de propiedad. Entre 1970-73 se estatizó o se intervino un grupo estratégico de empresas industriales. Después del golpe militar, entre 1973-80, se privatizaron aquellas empresas intervenidas durante el gobierno de Allende; ellas fueron crecientemente capturadas por grupos económicos de nuevo tipo, que pasaron a controlar parte importante de las grandes empresas del sector privado.

La última ola de cambios de propiedad se ha generado después de la crisis 1982-83. Su importancia relativa es mucho mayor que a cualquier proceso similar operado en la última década en Europa o Latinoamérica.¹⁵ Dos dinámicas han operado: por un lado, los cambios de propiedad de aquellas empresas privadas que habían quebrado durante los años de crisis; por otro, la privatización de treinta empresas estatales que tradicionalmente habían pertenecido al sector público. La resultante ha sido una profunda reestructuración de los grupos económicos nacionales y una creciente entrada de conglomerados transnacionales, cuyo peso en el sector industrial y de servicios es inédito en la historia del país.

La magnitud de los cambios y traspasos de propiedad se ve confirmada por el hecho de que, según el ranking de la revista *Estrategia*,¹⁶, cerca de la mitad de las primeras cincuenta empresas mayores del país han cambiado de propiedad en los últimos seis años. La importancia de este hecho se confirma al considerar que siete de las diez mayores han sido privatizadas o están en proceso de serlo.

iii) *Cambios en el tejido industrial.* Durante la última década, al generalizarse los procesos de subcontratación se ha estructurado un nuevo tipo de tejido en las relaciones inter-empresas, que altera el precedente. De manera esquemática, puede afirmarse que de una estructura industrial dualizada (grandes empresas vinculadas a mercados dinámicos, versus pequeñas y medianas empresas articuladas a mercados poco dinámicos), se estaría pasando a otra en que las grandes empresas están más estrechamente vinculadas con la mediana y pequeña empresa, las cuales han vuelto a cobrar importancia en los últimos años.

Comparando esta realidad con la situación de los años sesenta, puede decirse que la matriz insumo-producto tiene mayor cantidad de celdas vacías, pero se han densificado las relaciones entre empresas grandes y medianas. De allí que el análisis interrupal ya no sea tan útil para explicar las modificaciones ocurridas en la estructura industrial.

b) La modernización autoritaria

Es preciso comenzar desmitificando la palabra *modernización*. No toda modernización es buena ni tampoco eficiente¹⁷. Hay modernizaciones que significan depredación de recursos naturales, ineficiencias y deseconomías. Asimismo, es un equívoco suponer que toda modernización necesariamente implica un beneficio para todos, dado que son innumerables los ejemplos de cambios tecnológicos que van acompañados por aumentos en la intensidad de la jornada de trabajo, disminución del empleo u otros efectos económicos y sociales adversos.

Tampoco es cierto que una modernización sólo es eficiente cuando va acompañada por cambios democráticos y efectos socioeconómicos distributivos. Lamentablemente, esto no es así. Por ejemplo, en Brasil y Corea del Sur hubo dos décadas de industrialización y modernización capitalista, pero éstas se realizaron en condiciones de férreas dictaduras y profundas desigualdades en la distribución del ingreso (especialmente en el caso brasileño).

Por ello es que se hace necesario reapropiarse de la palabra *modernización*, hoy profusamente utilizada por la derecha y la tecnocracia. Lo importante es ejercer la crítica y ofrecer un modelo alternativo de modernización que sea compatible con la redistribución del ingreso, la democracia y la participación. Esto no significa negar que han existido grados de modernización impulsada por el régimen militar y los grupos económicos. Sin embargo, en

el caso chileno preferimos hablar de una modernización autoritaria¹⁸ cuyos rasgos son los siguientes:

i) *La racionalización capitalista ya se realizó.* Para entender esta tesis, es preciso diferenciar claramente “racionalización” y “modernización”. En el primer caso no hay innovación de producto o de proceso, ni tampoco innovación organizacional o informatización. Las empresas se liberan de todo lastre, simplificando el proceso productivo, eliminando secciones, despidiendo trabajadores, vendiendo maquinaria innecesaria u obsoleta y reduciendo drásticamente inventarios.¹⁹

La modernización, en cambio, involucra la adopción de nuevas tecnologías expresadas en automatización de la producción, informatización e innovación organizacional de la empresa, no importando si las tecnologías son o no son de “frontera”. Una modernización bien llevada tiene efectos racionalizadores, pero lo inverso no es cierto. Un proceso de racionalización puede conllevar cambio tecnológico y/u organizacional, teniendo por tanto una derivación modernizadora. Pero, en sentido estricto, la racionalización no significa la adopción de nuevos procesos tecnológicos, aunque puede precederlos.

Hecha la clarificación conceptual, presentamos nuestra tesis: a diferencia de Argentina, *en Chile ya se han completado en lo esencial los procesos de racionalización*, fenómeno contemporáneo a la desindustrialización. Dos crisis económicas (1974-75, 1981-83) y los cambios en el modo de regulación estatal de la economía, fueron los acicates. Ha surgido un nuevo tipo de gran o mediana empresa capitalista, fenómeno evidente en los sectores textil, metalmeccánico y construcción. Varias son las evidencias: disminuyó el grado de integración vertical de las empresas; se simplificaron procesos productivos; aumentó el control taylorista de la fuerza de trabajo; se racionalizó el uso de inventarios.

ii) *La modernización tecnológica.* A partir de finales de la década del setenta, comenzaron a desarrollarse procesos de modernización cuyas características básicas son las siguientes: primero, tienen un ritmo de difusión altamente desigual, lo que lleva a profundizar la heterogeneidad tecnológica del sistema productivo chileno;²⁰ segundo, hay un fuerte avance en la información de las empresas, asociado a requerimientos de la gestión empresarial;²¹ tercero, la innovación organizacional se está desarrollando rápidamente, y

ella se asocia a la computación;²² cuarto, las nuevas tecnologías, aunque poco difundidas, se hacen cada vez más centrales, en tanto inciden en la organización de los procesos productivos; quinto, si bien aún es pequeña la cantidad de trabajadores directamente vinculados a las nuevas tecnologías de base microelectrónica, son muchos los que se ven indirectamente afectados por el impacto que ellas tienen en las estructuras organizativas.

Cabe destacar que la reestructuración de la industria chilena contiene dinámicas que a la vez impulsan y retardan la modernización tecnológica. Por un lado, la apertura externa exige innovar en tecnología de producto y, por consiguiente, en la tecnología de proceso, así como en la planificación productiva. Por otro lado, los bajos salarios, las debilidades del sindicalismo y la legislación laboral, han favorecido una lógica empresarial que sobreexplota a los trabajadores. Ello retarda la modernización tecnológica. En consecuencia, el propio sistema político autoritario favorece esta lógica empresarial, que entraña la *profundización y difusión* del proceso de modernización tecnológica.

4. Empleo, salarios y clase obrera industrial.

Entre 1983 y 1989 hubo una importante recuperación del empleo industrial, que este año se estima alcanzará los 700 mil trabajadores; supera así holgadamente el nivel de 1973, aunque su participación relativa en el empleo total aún se mantiene por debajo del de esa fecha.

Esta nueva situación debe ser explicada, dado que obliga a modificar profundamente los enfoques tradicionales sobre el patrón de acumulación y la regulación estatal imperantes en Chile desde 1973, así como también los enfoques que aseguraban una tendencia secular a la reducción de la clase obrera industrial chilena.

a) Nueva evolución del empleo y los salarios

Tradicionalmente los análisis económicos se concentran en las crisis y recesiones. Nuestra intención es comparar dos recuperaciones (1975-80 y 1983-88) que presentan rasgos muy diferentes entre sí.

El Cuadro I evidencia que el dinamismo de la recuperación industrial 1983-88 fue muy fuerte: las tasas medias anuales de crecimiento del PGB y el empleo industrial fueron del 5.5 por ciento y 8.5 por ciento respectivamen-

CUADRO I
DOS RECUPERACIONES INDUSTRIALES
(Indicadores básicos)

<i>Conceptos</i>	<i>1975-80</i>	<i>1983-88</i>
1. Tasa Media crec. PGBI ^a	5.0%	5.5% ³ .
2. Tasa media crec. Empleo ^b	0.0%	8.5%
3. Variación product. media ^c	27.8%	-15.7%
4. Elast. empleo-producto ^d	0.06	1.59
5. Var. remun. media real ^e	18.6%	3.9%
6. Var. salario min. real ^f	42.3%	-22.1%
7. Var. tipo cambio real ^g	-37.9%	52.7%
8. Var. TCR/SMR ^h	-47.4%	47.0%

^a Tasa media anual, Marcel y Meller (1975-83), Díaz (1988)

^b Tasa media anual, Jadresic (1957-83), Díaz (1988).

Productividad media aparente.

^d $\ln(\text{empleo}) = a + b \times \ln(\text{PGBI})$; b = elasticidad bruta empleo-producto

^e Datos 1975-80 Banco Central y 1980-85 Cepal

^f Datos 1975-80 INE y 1980-85 Cepal

^g Tipo de cambio/IPC

^h Tipo de cambio real/salario medio real

te, lo que contrasta con lo sucedido entre 1975 y 1980. En este período, si bien la media de crecimiento industrial fue del 5.0 por ciento, el empleo del sector se mantuvo completamente estancado. El Cuadro I muestra también, para el período 1983-88, una caída de la productividad media aparente del sector industrial, situación significativamente diferente a la de 1975-81; y un cambio radical en la elasticidad empleo-producto del sector industrial: si entre 1975-80 fue prácticamente cero, entre 1983-89 es mayor que uno. Este cambio contrasta con lo sucedido en los sectores de servicios y comercio, cuyas elasticidades empleo-producto disminuyeron drásticamente entre ambos períodos. La Gráfica 3 permite visualizar la radical diferencia entre ambos períodos de recuperación industrial.

Lo anterior indica que hubo cambios estructurales que en parte ya han sido explicados²³ ¿Cuáles son las causas de este comportamiento tan diferente del empleo industrial?

Dos hipótesis explicativas: primero, el cambio en la política económica en 1984 aumentó la protección efectiva para aquellas ramas orientadas al mercado interno y que tienen una alta relación empleo/producto, dos rasgos que caracterizan a la pequeña y mediana empresa; segundo, dada la escasez de divisas y créditos, la política económica tuvo el propósito explícito de retrasar los salarios nominales en relación a la evolución media de los precios internos y al tipo de cambio (véase Cuadro I). Ello favoreció la utilización intensiva y flexible de una fuerza de trabajo ya debilitada por las altas tasas de desempleo, los bajos niveles de sindicalización y la represión.

Lo notable ha sido el aumento de la diferenciación salarial. El Cuadro I evidencia que el salario medio real creció en 52.7 por ciento, mientras que el salario mínimo real decayó en 22.1 por ciento. Ello constituye una situación completamente inversa a lo sucedido en la recuperación 1975-80. Diversas encuestas confirman que las remuneraciones de ejecutivos y profesionales aumentaron a un ritmo mayor que los salarios de trabajadores no calificados.

b) ¿Emergencia de una nueva clase obrera industrial?

De manera análoga a la ecuación dictadura = estancamiento, en Chile durante largo tiempo ha predominado la tesis que establece una estrecha asociación entre nuevo y viejo modelo económico, autoritarismo y reducción de la masa de trabajadores asalariados en tanto clase obrera y en tanto actor social relevante en la escena político-social chilena. Ello se confirmaba hasta hace un par de años al constatar la reducción absoluta del número de trabajadores industriales, el crecimiento del empleo en el sector servicios y el aumento del empleo por cuenta propia, especialmente informal. La conclusión no podía ser más clara: se había consolidado un violento cambio en la estructura social chilena, donde ganaban terreno la clase media propietaria y asalariada, así como el sub y/o semiproletariado, disminuyendo la importancia absoluta y relativa de la clase obrera industrial.

No discutiremos las consecuencias teóricas y políticas de tales análisis. En todo caso, conviene destacar que muy pronto se hizo evidente que no se podían establecer relaciones mecánicas entre reducción o crecimiento numérico del proletariado, y un mayor o menor protagonismo. Ciertamente hay alguna relación, pero ella está muy condicionada por una multiplicidad de circunstancias históricas.

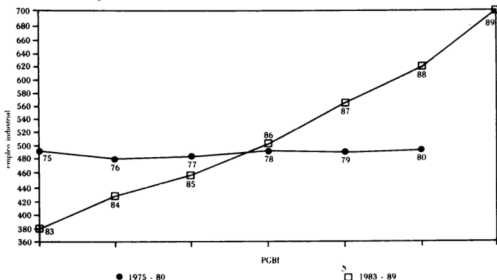
Por ahora, nuestro interés se concentrará en discutir los cambios en la estructura social del país, especialmente en los últimos seis años.

Como lo evidencia la Gráfica 4, entre 1983 y 1989 hubo un fuerte creci-

miento del empleo industrial. En un plazo de seis años, más de 300 mil trabajadores se integraron a la industria, superando desde 1987 el empleo industrial de 1973, aunque ¡sólo después de trece años de dictadura! Esto indica un fenómeno nuevo que debe ser estudiado.

La actual expansión capitalista obliga a revisar análisis hechos en plena dictadura y en plena crisis. Lo que parecía como tendencia secular a una desestructuración del proletariado y un debilitamiento del sindicalismo, ya no es tan cierto, dado que aparece una contratendencia, un fenómeno de reinversión de lo sucedido entre 1969-79 o 1973-83.

En efecto, entre 1969-79 o 1973-83 hubo un proceso de desestructuración *objetiva y subjetiva* del viejo proletariado industrial, que emergió en la década del treinta y terminó por conformarse hacia finales de los años sesenta. Como es sabido, el golpe militar y el intento de refundación capitalista que impulsó el régimen, no sólo destruyó partidos y organizaciones populares, sino que también liquidó las bases sociales del sindicalismo industrial en Chile. Ello no sólo se manifestó en altas tasas de desempleo y subempleo, sino también en cambios sustantivos del empleo según categoría y estructura ocupacional. El Cuadro II confirma lo anteriormente dicho: si entre 1973-83 el empleo "productivo" disminuyó en 18.2 por ciento, el empleo "improductivo" (comercio y servicios) aumentó en 63.4 por ciento. Ello se correlaciona con un fuerte aumento del desempleo abierto, una caída del empleo asalariado y un aumento de los trabajadores por cuenta propia, sean del sector



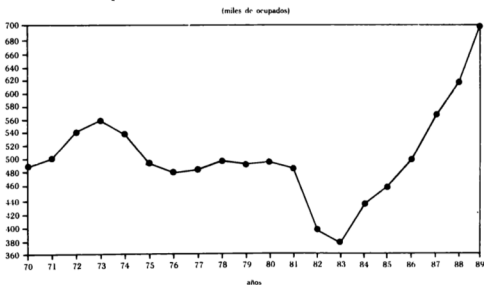
informal o formal. En particular; la caída del empleo industrial fue dramática: en 1983 había un tercio menos de ocupados en el sector industrial.

Sin embargo, a partir de 1983 la situación se revirtió. Entre 1979 y 1989 el empleo "productivo" aumentó en 48.5 por ciento, a un ritmo *mayor* que el empleo en servicios y comercio. El desempleo abierto cayó en términos absolutos y relativos. En particular; el empleo industrial creció en 42.9 por ciento, una expansión que va más allá de una mera recuperación. Hubo un fuerte crecimiento del empleo agrícola asalariado, especialmente temporal. También destaca el notable crecimiento del empleo en la construcción. Este grupo de indicadores se correlaciona con un aumento del empleo asalariado - sea formal o informal.

Lo anterior permite afirmar que actualmente hay en curso un proceso de reestructuración *objetiva* del proletariado industrial. La reducción absoluta y relativa de la clase obrera industrial se detuvo. Hay en curso un proceso de recomposición que aún no ha terminado.

¿Significa esto plantear que los cambios en la estructura social iniciados después del golpe serán revertidos? En absoluto. El Cuadro III evidencia los cambios ocurridos en los últimos veinte años. Si en el último quinquenio hubo una reversión respecto a las tendencias observadas entre 1979 y 1989, no se recuperará la estructura de 1969 y 1974 -y difícilmente podría hacerlo en

Gráfica 4. Empleo industrial 1970-89



CUADRO II

CRECIMIENTO DEL EMPLEO POR SECTORES 1969-1989

(Crecimiento acumulado, por sectores, en porcentajes)

Sectores	Desestr. 1973-83	Reestruc. 1979-89	Acum. 1969-89
Agropecuario	-2,6	28.8	25.8
Minería	-22.8	21.3	29.1
Industria	-32.0	42.9	45.9
E.G.A.	-22.7	32.7	47.3
Construcción	-30.6	161.5	111.4
Transp. y Com.	-16.2	56.7	52.4
Subtot. "productivo"	-18.2	48.5	45.0
Comercio	38.6	45.0	104.7
Servicios financieros	87.0	90.1	219.3
Otros servicios*	72.5	23.9	67.6
Subtot. "no-productivo"	63.4	33.6	84.9
Empleo total	15.8	41.0	61.5
Desempleo abierto	245.1	-32.9	68.7

Fuente:: 1969-1984, Jadresic; proyección 1989, Díaz

* Incluye PEM y POJH

el mediano plazo. El balance de veinte años (1969-1989) muestra que con la sola excepción del sector de la construcción, el resto de los sectores productivos presenta una caída en su peso relativo en la estructura ocupacional. Se hace evidente la caída del empleo agropecuario y minero. El caso peculiar es la industria, cuya participación porcentual aumentó notablemente entre 1984 y 1989, aunque sin recuperar los niveles de 1969, y menos de 1974.

Paralelamente, la expansión de los sectores comercio y servicios constituye una modificación más duradera. El caso más notable es el de los servicios financieros, que desde hace varios años agrupan una mayor cantidad de trabajadores que el sector minero.

Pero los cambios estructurales no contradicen la ocurrencia de un verdadero ciclo de desestructuración/reestructuración de clase, entre 1973 y 1989. Las tesis que señalaban la tendencia lineal a una reducción de la clase obre-

ra sólo habían tenido como base empírica una parte de la historia: aquella terrible fase en que el viejo régimen de acumulación capitalista era sustituido por otro más salvaje y autoritario, más dominado por el capital financiero. Y quizá por ello cometieron el mismo error de aquellos planteamientos más ortodoxos, que suponían un crecimiento lineal del proletariado a medida que se expandía el capitalismo.

En realidad, no es la primera vez que los trabajadores chilenos atraviesan por un ciclo de desestructuración/reestructuración como el que viven actualmente. Recuérdese que entre 1910 y 1930 sucedió algo similar con el núcleo central del proletariado minero, que había construido un protagonismo social pocas veces visto en la historia chilena. Las sucesivas crisis económicas, la represión estatal, las grandes masacres y la dictadura de Ibáñez del Campo, tuvieron un efecto desarticulador en la clase y en sus expresiones sociales. La situación se invirtió después de 1932, y especialmente después de 1936. A partir de entonces hubo un proceso de recomposición social y política, y surgió una nueva clase con una estructura y un perfil muy diferentes a los que prevalecían hacia principios de siglo.

Cuadro III
ESTRUCTURA OCUPACIONAL 1974-1989 (PORCENTAJES)

Sectores	1969	1974	1979	1984	1989
Agropecuario	23.9	22.3	20.4	19.2	18.6
Minería	2.8	3.2	2.6	2.3	2.2
Industria	17.9	19.5	16.0	12.8	16.2
Electricidad, gas, agua	0.8	1.0	0.8	0.7	0.7
Construcción	6.6	5.9	4.7	3.9	8.6
Subtotal "productivo"	52.0	51.9	44.3	39.0	46.4
Comercio	12.1	11.6	14.9	15.1	15.3
Transp. y comunicaciones	6.6	6.5	5.6	5.2	6.2
Servicios financieros	1.8	1.9	2.6	3.1	3.5
Otros servicios	27.6	28.1	32.5	37.7	28.6
Subtotal "no-productivo"	48.0	48.1	55.6	61.0	53.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.00	100.0

Fuente: 1969-84, Jadresic; proyección 1989, Díaz

Guardando las distancias y diferencias históricas, un proceso similar - más extenso y más trágico- tuvo lugar durante una década después del golpe de 1973. Actualmente ya se ha iniciado un proceso de recomposición obrera y sindical que puede tomar varios años antes de madurar.

Es nuestra impresión que la desestructuración objetiva llegó a su fin. Pero, tal como sucedió a partir de los años treinta, el actual crecimiento del proletariado no parece reconstruir ni el perfil ni tampoco las conductas del viejo proletariado. Parece que está surgiendo una nueva clase obrera que, a las puertas de la transición democrática, presenta grados muy elevados de diferenciación interna.

Diversos estudios han señalado que junto a los trabajadores de la gran industria oligopólica, la minería y la construcción, han emergido nuevos núcleos en sectores exportadores, vinculados a la actividad pesquera, madera-celulosa y agroindustrial. En los últimos años ha reemergido un importante núcleo de trabajadores vinculados a la pequeña y micro empresa. Asimismo, destaca la emergencia de una enorme masa de trabajadores asalariados del sector agrícola: los temporeros. En efecto, si entre 1964-65 y 1986-87 los trabajadores agrícolas se redujeron a la mitad (bajaron de 208 mil a 120 mil), los temporeros, en cambio, se duplicaron, pasando de 147 mil a 300 mil. Actualmente la demanda de trabajadores temporeros está creciendo al 10 por ciento anual. Ya no sólo vienen del campo, sino también de la ciudad: un 15 por ciento de la mano de obra empleada en el sector frutícola proviene de las ciudades. Gran parte de ella está conformada por mujeres.

Los temporeros son parte de una enorme masa emergente de trabajadores asalariados con empleo precario e inestable. Son los subcontratados, los que trabajan en la pequeña y mediana empresa, los que no disponen de contrato. Todos ellos son parte de un nuevo componente de la clase obrera, pero que vive una situación enteramente nueva y condiciones de trabajo muy lejanas de aquéllas de los núcleos tradicionales de la gran empresa. ~

Con la reconstitución de la CUT y el eventual desarrollo del sindicalismo en los primeros años del gobierno democrático, es muy posible que se acelere un proceso de reconstrucción social y política de la clase trabajadora y del movimiento sindical. El gran desafío es incorporar al sindicalismo a estos varios sectores arriba señalados. De no ser así, se estaría cristalizando una diferenciación que sólo podría debilitar a los trabajadores como actor social importante en la transición. Si, en cambio, el sindicalismo logra integrar en sus filas a estos nuevos núcleos de trabajadores, se estaría gestando una nueva configuración objetiva y subjetiva de clase, diferente a la de todas las épocas anteriores del capitalismo chileno.

A modo de conclusión

A lo largo de esta exposición hemos afirmado que después de la crisis 1982-83, se aceleró un proceso de reestructuración industrial limitada de tipo autoritario, conjuntamente con procesos de modernización tecnológica que progresivamente ha ido primando sobre los procesos de racionalización.

¿Quiere decir esto que la economía chilena ha entrado en una fase expansiva prolongada? Si bien hemos criticado las tesis estancacionistas, no pretendemos entregar una versión apologética del capitalismo chileno.

La reestructuración industrial en Chile es incompleta y tiene bases muy frágiles. En primer lugar, porque la industria no avanzó por la senda de Corea del Sur, ni tampoco creó un núcleo endógeno de dinamización tecnológica. Actualmente no se avanza a "completar" la estructura industrial, ni tampoco han disminuido los márgenes de dependencia. De hecho, el eje sigue siendo primario-exportador y la industria adoptó un perfil de alta especialización.

En segundo lugar, las bases del crecimiento industrial obtenido hasta ahora comenzarán a agotarse a partir de 1991-92. Las causas son diversas: un panorama externo menos favorable; el término de la fase "fácil" de expansión de exportaciones; un agotamiento en las capacidades instaladas disponibles, lo que exige elevar inversiones de expansión; un probable cambio en la legislación laboral, así como un aumento de la fuerza del sindicalismo.

Esta es la herencia estructural cuyo peso se hará sentir en forma creciente. Percibimos un agotamiento de los factores que operaron en los ochenta. Ello pondrá a prueba la fuerza de la reestructuración industrial hasta ahora realizada.

Chile está entrando en un punto de inflexión estructural en su evolución económica. Por un lado, porque se están agotando los factores dinámicos que impulsaron la economía en la segunda mitad de los ochenta. Por otro, porque se están modificando las relaciones de fuerzas sociales que hicieron posible el modelo económico que impulsó la dictadura.

Dado lo anterior, nos atrevemos a augurar un nuevo ciclo de mayor intervención estatal directa en la economía. En efecto, la vieja forma de regulación estatal ya no será viable: el monetarismo entrará en una fase de declinación, dado que no dispondrá del poder ni de las condiciones sociales para realizarse como lo hizo en los últimos quince años. La formación de los precios, la regulación salarial, los instrumentos de política económica, estarán determinados en forma creciente por la presencia de un conjunto de nuevas fuerzas sociales que presionarán por sus intereses.

En síntesis, diversos factores políticos y económicos modificarán inexorablemente la relación del Estado con la economía. Habrá una tendencia muy fuerte a que el Estado vuelva a jugar un papel para impulsar las modificaciones estructurales necesarias para desarrollar el país. Los factores que actúan en contra del intervencionismo estatal, tanto en Argentina como en Brasil, dejarán de operar en Chile a partir de los años noventa, dado que la racionalización y las privatizaciones ya se realizaron. El futuro gobierno no tiene que enfrentar esa tarea.

Chile no sólo está entrando en un período de transición política, sino también en uno de transición económica. Por ello es que es ineludible un proceso de sucesivas crisis económicas y políticas, que pueden durar poco o mucho tiempo. Es inevitable, y también indispensable, el fortalecimiento de la sociedad civil y los movimientos sociales. Pero también es muy probable que, en un mismo movimiento simultáneo, se operará un fortalecimiento del papel directo del Estado en la economía y en la sociedad. Esto implica transformaciones muy profundas, llenas de oportunidades y llenas de peligros.

Santiago, 1989

NOTAS

- 1 Las experiencias de Brasil (1964-1979, el Paraguay de Stroessner y la Nicaragua de Somoza, son ejemplos de que una dictadura no es incompatible con un crecimiento económico.
- 2 Para el período 1973-88, la media gasto fiscal/PGB fue 27.0% superior a la media del período 1961-70 (22.4%); la media ingresos tributarios/PGB fue 25.6%, superior a la media del período 1961-70 (22.4%). La indización de los ingresos fiscales—excepción de los impuestos a la renta salarial— incluso protege al Estado frente a eventuales *shocks* inflacionarios.
- 3 Hasta 1983 el gobierno imponía reajustes salariales automáticos. Actualmente la regulación coercitiva opera a través del Plan Laboral. Los salarios mínimos se siguen reajustando en forma espaciada, de tal forma que entre 1981-1989 se rezagaron respecto a los salarios medios.
- 4 Debido a las dudas que merece la metodología de empalme de Cuentas Nacionales del Banco Central, hemos optado por utilizar las estimaciones de Marcel y Meller (Empalme de las Cuentas Nacionales de Chile 1960-85; *Mos alternativos y resultados*", estudios CIEPLAN 20).
- 5 Sergio Merino y Jacqueline Weinstein ("*La industria metalmecánica*" en *La industria chilena: cuatro visiones sectoriales*, Santiago, CED, 1986), registran 62 quiebras de empresas metalmecánicas entre 1969 y 1983. Pero ya antes de la crisis de 1982-83 el número de establecimientos manufactureros había disminuído de 1.524 en 1969 a 1.371 en 1979. La causa estriba en el "boom" importador, que desplazó la producción del sector, que en su totalidad se destinaba al mercado interno.
- 6 Merino y Weinstein, op. cit. p. 179.
- 7 Para discutir este argumento es preciso separar analíticamente el impacto de las dos crisis (1974-75 y 1982-83), concentrando la atención en los períodos de recuperación (1976-81 y 1984-89).

- 8 Estas cayeron desde un 33.3% del PGB en 1981 hasta un 24.8% del PGB en 1988.
- 9 Son los siguientes: Material de Transporte, que corresponde a un desmantelamiento de las plantas ensambladoras, algunas de las cuales son actualmente maestranzas; Maquinaria No Eléctrica y Cuero.
- 10 El desarrollo de la infraestructura física y financiera de comercio exterior ha favorecido la rapidez con que la industria puede abastecerse de insumos y bienes de capital.
- 11 Por ejemplo, la expansión pesquera generó efectos hacia atrás vía producción de barcos pesqueros, redes y actividades de maestranza; y hacia adelante vía producción de harina de pescado y, en menor medida, de conservas.
- 12 Oscar Muñoz ha utilizado el concepto: reorganización: industrial. Véase *Crisis y reorganización industrial en Chile*, Notas Técnicas CIEPLAN 123.
- 13 Nos referimos a las ramas CIUU 381, 382 y 383 (exceptuando bienes de consumo duraderos con componentes eléctricos o electrónicos).
- 14 Considerando la naturaleza de los procesos productivos, se observa un aumento de la importancia de grandes industrias de proceso continuo.
- 15 Por ejemplo, Mario Marcel señala que la importancia relativa de las privatizaciones en Chile es mucho mayor que en Gran Bretaña. No sólo en términos de porcentaje del PGB, sino también porcentajes de ingreso fiscal y del valor total de acciones transadas en la Bolsa. Véase "La privatización de Empresas Públicas en Chile 1985-88", *Notas Técnicas CIEPLAN* 125.
- 16 *Estrategia*, 537, Ranking de sociedades anónimas del primer trimestre de 1989.
- 17 Véase, por ejemplo, el artículo "Una análise translog sobre mudança tecnológica e efeitos de escala: um caso de modernização ineficiente" de Marcos Cintra C. de Albuquerque (en *Pesquisa e Planejamento Economico* 17, I, abril de 1987, IPEA, RJ-Brasil). Analizando el caso de la actividad lechera en Brasil, el autor señala que "si bien el sector sufrió una gran modernización, se constata que hubo un retroceso tecnológico (o pérdida de eficiencia en la producción), un proceso que denominamos "modernización ineficiente".
- 18 Para el autoritarismo, la modernización ya no es superar el atraso, disminuir la dependencia, ni terminar con las desigualdades. La razón histórica se subordina a una razón instrumental (Quijano, 1988). La modernización es lo útil, lo eficaz, lo que significa adecuar medios y fines. La modernización no es liberación sino productividad, eficacia del dinero, consumismo. La tecnología al servicio del poder.
- 19 Hay dos tipos de racionalización: *temporal*, limitada a los períodos recesivos y *estructural*, que supone cambios más permanentes. En el caso chileno, hubo una racionalización estructural por la vía de sucesivos ajustes a las recesiones.
- 20 Avanza más rápidamente en el sector servicios (bancos y telecomunicaciones) que en el sector industrial; se concentra en empresas grandes y medianas; es más avanzada en empresas vinculadas a la exportación; es más relevante en industrias de proceso continuo que discontinuo.
- 21 Según algunos estudios, el mercado computacional se ha expandido en 237% entre 1983 y 1987, y está aumentando la utilización de software para programación y control de procesos productivos (control de inventarios, diseño y control de calidad de productos, etcétera).
- 22 Pareciera que en muchas empresas avanza más rápidamente la innovación organizacional que la innovación técnica. Podría afirmarse que en el caso chileno, históricamente la primera precede a la segunda. El desarrollo de software tiene un impacto directo en la organización del trabajo de las empresas. Hace cuatro años, una encuesta reveló que 59% de las empresas de servicios y 49% de las empresas industriales habían hecho modificaciones organizacionales como consecuencia de la introducción de tecnología computacional (Marambio, 1985).
- 23 Véase sección 3, b.

PANAMA Y LA REVOLUCION DEMOCRATICA EN AMERICA LATINA

Adolfo Gilly

1.- La invasión de Estados Unidos a la República de Panamá en diciembre de 1989, la destrucción de su ejército, el establecimiento de un gobierno títere y el mantenimiento de la ocupación militar, se ubican dentro de los grandes cambios en las relaciones de fuerzas internacionales desencadenados a partir de la segunda mitad de 1989.

La lucha contra el tráfico de drogas como motivo principal de la operación es sólo un pretexto de importancia secundaria, destinado al consumo interno de una opinión pública manipulada por medios de comunicación de masas estrechamente subordinados a la política exterior del Departamento de Estado, como ha sido demostrado exhaustivamente en la prensa internacional y en los reducidos espacios de prensa independiente del sistema en Estados Unidos.

El mismo nulo valor tienen los argumentos que atribuyen la operación a una búsqueda de consenso interno por parte del presidente Bush. Si bien este elemento existe, es solamente un subproducto secundario de un diseño mucho más vasto: *el reacomodo de la forma de dominación de Estados Unidos sobre la región (y sobre América Latina) en un mundo turbulento y cambiante en el cual las grandes naciones están buscando disputar, recuperar y afirmar las viejas y nuevas zonas y formas de influencia.*

En la caída estrepitosa del orden mundial surgido de la crisis de los años 30 y de la Segunda Guerra Mundial y sancionado en Yalta por los jefes de las potencias vencedoras, Estados Unidos se prepara para una nueva -en la forma y en el fondo- disputa de hegemonía, no sólo frente a la Unión Soviética

ca en crisis sino sobre todo en la reestructuración colosal del mundo capitalista, recuperando el dominio pleno sobre su plataforma geopolítica continental, aquella que va desde Alaska al canal de Panamá.

En esta recuperación, la potencia imperial busca restablecer, bajo formas modernizadas, la cadena de "protectorados" con que consolidó desde principios de siglo su dominación sobre su *mare nostrum*: Puerto Rico, Cuba, Haití, Dominicana, Panamá, Nicaragua, cerrando así su control sobre la región centroamericana y poniendo un cerco material invisible sobre México y el nacionalismo mexicano. Las revoluciones y los movimientos nacionales y antiimperialistas habían debilitado o abierto brechas en esa cadena, desde la Cuba de Fidel Castro, la Granada de Maurice Bishop y la Nicaragua de los sandinistas hasta Panamá de Torrijos (con los tratados del Canal de 1977) y la prolongada guerra revolucionaria salvadoreña a partir de 1979. La invasión y ocupación militar de Panamá es un eslabón más en el proyecto de restablecimiento, así sea bajo formas modificadas, de la cadena de la dominación imperial en la región.

Por otra parte, en la competencia creciente con las potencias financiera, industriales y comerciales de Japón en el Pacífico y de Alemania y la Comunidad Económica Europea en el Atlántico (y quien dice ese tipo de potencia, está diciendo posibilidad segura de potencia militar), aumenta para Estados Unidos la importancia de la Zona del Canal como plataforma financiera, como vía de mar entre ambos océanos y como zona militar. ¿Por qué iba a quedar Panamá bajo el gobierno de un ahora rebelde ex agente y cómplice de la CIA y de su corrompido aparato burocrático-militar-policial?

En este aparente y fantástico resurgimiento de los equilibrios entre grandes potencias de principios del siglo, en este nuevo proyecto de expansión sin límites del capitalismo de las finanzas, de las transnacionales y de la informática, en esta especie de *Belle Époque* de pesadilla, recobran una extraña actualidad las palabras con que Woodrow Wilson definió en Columbia University, en 1907, los designios de la expansión imperial que entonces estaba iniciando su ciclo secular, antes de que la pertubaran y amenazaran las grandes revoluciones y las crisis:

Dado que el comercio ignora las fronteras nacionales y que el empresario insiste en tener al mundo como mercado, la bandera de esta nación debe seguirlo, y las puertas de las naciones hoy cerradas deben ser derribadas. Las concesiones obtenidas por los financistas deben ser protegidas por los ministros de estado, aún cuando la soberanía de las naciones que se oponen tenga

que ser ultrajada en este proceso. Se deben obtener o establecer colonias, para que ningún rincón útil del mundo pueda pasar inadvertido o quedar no utilizado.*

La caída del muro de Berlín como hecho simbólico de la apertura de los potenciales mercados del Este para los capitales del Oeste provoca un curioso retorno del contexto que rodeó a esas palabras. Las revoluciones democráticas de 1989 en los países del Este, del mismo modo como abrieron las compuertas a todos los conflictos internos congelados durante décadas por los acuerdos de Yalta y el reparto de zonas de influencia entre las dos superpotencias, también las han abierto para todos los conflictos intercapitalistas incubados, postergados o atenuados a lo largo de esas décadas por el anterior equilibrio político y militar global entre los países de la NATO y los del Pacto de Varsovia.

Panamá no ha sido ocupado para contener a la Unión Soviética, al comunismo o a la revolución, sino para afirmar la plataforma continental militar y financiera de Estados Unidos frente al nuevo desafío a la declinante hegemonía estadounidense planteado por las grandes potencias capitalistas con sus zonas de influencia económica, política, cultural y militar, en los marcos del repliegue de la influencia soviética y de las hipótesis de guerra que daban sustento ideológico a aquella hegemonía.

Como en los primeros años de este siglo, cuando Wilson enunciaba aquella doctrina, Estados Unidos vuelve a reinar sin disimulos sobre Panamá. Lo hace en el tramo descendente de la curva, lejos ya del glorioso cenit de los años 50, frente a un nuevo ciclo de la competencia y la confrontación internacionales. Los efectos serán diferentes e impredecibles.

2.- Este nuevo ciclo fue precedido y anunciado, en los años 80, por el retroceso, el cedimiento o la caída de las posiciones del trabajo asalariado y de sus organizaciones en todos los países capitalistas industrializados y semindustrializados y por la ruptura generalizada del "pacto social" encarnado en los Welfare States.

Frente a las nuevas formas de existencia y de producción del capital internacionalizado en la era de la electrónica, la computación y la informática, han caído barreras defensivas erigidas por el trabajo durante el período pre-

* Citado en Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico. 1916-1932*, University of Chicago Press, 1972, ps. 23-24.

cedente en la organización sindical, la legislación, la política y el control de los procesos productivos, mientras el trabajo mismo atraviesa una profunda y turbulenta recomposición también en sus formas de existencia y de conciencia y en su relación con el capital. Tanto en número como en peso económico y en poder de contratación sus formas organizativas se han retraído y están en crisis. Con relación a las nuevas figuras del mundo del trabajo y a sus demandas, las organizaciones sindicales poderosas hasta inicios de los años 70 atraviesan una profunda crisis de programa y de representatividad, cuando no han sido directamente marginalizadas por los nuevos procesos productivos y las nuevas formas de contratación con las empresas y de competencia individual o por grupos en el interior de la moderna fuerza de trabajo.

Al ceder las posiciones históricas del trabajo asalariado en los centros mundiales del capitalismo, al crecer en la misma medida la agresividad dinámica del capital en sus nuevas formas de organización y de producción, todas las limitaciones, los retrasos, las deformaciones económicas, sociales y políticas de los países postcapitalistas quedaron expuestas bajo la cruda luz y el inapelable juicio de la competencia a nivel mundial, cuya expresión más concentrada es la competencia en la productividad del trabajo. No fue la confrontación militar sino la económica la que determinó el desplome desde adentro de esos regímenes.

La existencia de éstos no estaba asociada solamente a la división del mundo en bloques de influencia política y militar establecida en Yalta, sino también a determinado equilibrio de fuerzas entre capital y trabajo encarnado en Occidente en los Welfare States y en el "pacto fordista". Existe una relación entre la pérdida de sustento de los grandes sindicatos industriales en Occidente y la disgregación de los equilibrios sociales internos -los "pactos sociales"- en los países postcapitalistas. El crecimiento de ambos es complementario, sucesivo y acumulativo.

Fue en ese mundo surgido de la Segunda Guerra Mundial y de los acuerdos de Yalta donde se desarrolló la revolución colonial o la revolución nacionalista tanto en las colonias como en los países dependientes o semicoloniales. A su manera, ese equilibrio mundial protegió a esas revoluciones o les permitió espacios de movimiento y fuentes de apoyo y recursos materiales, desde Africa hasta Cuba y desde Vietnam hasta Nicaragua. Esas revoluciones, a su vez, reforzaron aquel equilibrio.

La crisis, la reestructuración capitalista internacional y la ofensiva generalizada del capital desde la segunda mitad de los años 70 debilitaron o arra-

saron las economías de esos países, a comenzar por la de sus trabajadores urbanos y rurales y sus pobres urbanos. El peso abrumador de la deuda externa es sólo la expresión de esos nuevos desequilibrios y el instrumento para terminar de imponer a esos países su propia versión salvaje de la reestructuración capitalista y para subordinarlos a la división internacional del trabajo que surge de la incontenible internacionalización del capital y de los procesos productivos.

La expansión capitalista posterior a la Segunda Guerra Mundial se asentó sobre esos tres equilibrios conflictivos: con el trabajo asalariado, con los países postcapitalistas, con los nuevos nacionalismos surgidos de la descolonización o de la industrialización de países en vías de desarrollo. Los lados de este triángulo en cierto modo se protegían entre sí. Esos equilibrios se convirtieron en obstáculos para una ulterior expansión del capital. Ahora, esas tres barreras defensivas han cedido y el cedimiento de cada una de ellas debilita a su turno a las otras.

El capital parece haber llegado a su día de victoria y ver abrirse ante él un horizonte ilimitado, como lo afirman en sus escritos algunos de los ideólogos de Washington. La mercancía pasa por todas partes, en un mundo sin barreras para el capital internacionalizado, en un mercado que no conoce límites ni fronteras. Las palabras de Wilson suenan a profecía cumplida.

Es en este mundo donde Estados Unidos realiza la operación típicamente colonial de invadir la República de Panamá y establecer un regimen de ocupación, un protectorado, como solución estable de duración indefinida. Como nunca antes, a fines de 1989 Washington tuvo las manos libres para su empresa militar. No había peligro de respuesta soviética en otro escenario ni de verdadera resistencia de un regimen dictatorial panameño cuyas cabezas estaban desde hace años corrompidas por su colaboración en las operaciones de los servicios secretos de Estados Unidos. Pero el objetivo no era cortar esas cabezas, sino destruir la independencia panameña, desarticular su estado y sus fuerzas armadas y volver a toda la República de Panamá al status de una gran Zona del Canal (algo así como el proyecto de convertir a Cuba en una extensión de la base de Guantánamo y una sucursal de las finanzas y los negocios cubanos de Miami).

3.- La guerra fría ha concluído. El desafío de Jruschov al mundo capitalista en 1960 se ha cumplido en forma paradójica. En la competencia "pacífica" (esto es, sin guerra nuclear efectiva pero con su hipótesis siempre presente en la competencia del armamentismo nuclear), el capitalismo ha gana-

do la batalla de la eficiencia y la productividad frente a los regímenes estatal-burocráticos del Este*. La caída del muro de Berlín (y la unificación alemana) es el símbolo de la caída de un modo de la confrontación y del conflicto mundiales, aquel en que la lucha entre capital y trabajo y los movimientos de independencia nacional parecían subordinarse a, y subsumirse en la lucha entre dos "campos" de estados, unos "capitalistas" y los otros "socialistas".

Esa subsunción daba -da todavía, porque las ideologías persisten más allá de las realidades que las engendran- una visión distorsionada y esencialmente falsa, en la cual el socialismo resultaba asimilado a un sistema de estados postcapitalistas y a sus regímenes políticos burocráticos, que a su vez reproducían sus rasgos en la estructura centralizada, estatal-burocrática, de los Partidos Comunistas y de muchos movimientos de liberación nacional. Esta degeneración del programa y del ideal socialistas fue teorizada bajo el nombre de "marxismo-leninismo", y creció en forma paralela a la burocratización de la socialdemocracia integrada en los regímenes estatales de los grandes países capitalistas industrializados.**

Aquel sistema de estados ofrecía apoyo y protección a las revoluciones nacionalistas y antimperialistas en el "campo" opuesto (mientras sometía o suprimía despiadadamente los nacionalismos en el propio). Egipto en 1956, Cuba desde 1960 y la revolución de Vietnam son ejemplos clásicos. Pero, a cambio, desviaba o ahogaba las potencialidades de desarrollo democrático y socialista de esas revoluciones al fortalecer sus deformaciones burocráticas

En su discurso del 5 de febrero de 1990 ante el Comité Central del PCUS para presentar el nuevo proyecto de programa del partido, Gorbachov declaró que el descuido hacia "mundo espiritual de la gente", la educación y la cultura, a cambio de contar sólo "las cifras del crecimiento industrial"... "lo hemos tenido que pagar al precio de un fuerte atraso y lo seguiremos pagando durante mucho tiempo. Estuvimos entre los últimos en comprender que en el siglo de la informática el capital más valioso son los conocimientos, la amplitud de visiones y la imaginación productiva". ¡Singular reconocimiento, sin tocar las raíces, de los resultados de la dictadura burocrática del partido de Estado!

** Significativo de la fuerza de las ideologías y de los intereses sociales e individuales que las engendran y sostienen es que quienes ahora comprueban y declaran esa crisis, olviden sistemáticamente las ideas, las luchas, los sufrimientos y la tenacidad individuales y colectivas de marxistas, socialistas, libertarios, pacifistas y otras corrientes de izquierda que desde los años 20 y 30 y la guerra de España defendieron en teoría y práctica, muchas veces a costa de su libertad y de su vida, una visión democrática e igualitaria del socialismo que hoy todos reclaman como propia, evitando empero hacer las cuentas con el propio pasado.

transmitiéndole las propias y al favorecer los rasgos y prácticas antidemocráticos existentes en las direcciones burguesas o pequeñoburguesas de esa revolución de base campesina.

El escenario de la guerra fría permitía a Estados Unidos presentar a cualquier movimiento de independencia nacional en América Latina, desde Guatemala en 1954 y Chile en 1973 hasta la Izquierda Unida del Perú o la revolución de El Salvador, como resultado de la influencia y la penetración del "campo" comunista. Debe recordarse que el Tratado de Río de Janeiro de 1948 y la Doctrina de Seguridad Nacional, bajo la cual organizaron y justificaron los ejércitos latinoamericanos su represión social contra los movimientos de obreros y campesinos, son corolarios de la confrontación mundial entre dos "campos". El fin de Yalta es también el de Río de Janeiro; la caída del muro de Berlín arrastra consigo a la Doctrina de Seguridad Nacional como justificación ideológica de la represión; la crisis terminal de los Partidos Comunistas es también la del anticomunismo como ideología de estado; y el desvanecimiento del Imperio del Mal disuelve en aire la materialidad de su antagonista, el "mundo libre".

Siguen presentes, sin embargo, con la tenacidad de la realidad, las confrontaciones y disputas entre grandes naciones; la competencia nacional e internacional entre los diferentes capitales; la lucha entre las clases y segmentos de clases dentro de cada nación por el control y el reparto del producto nacional; los movimientos de independencia o de autonomía nacional allí donde una u otra nación política o económica de una nación sufre otras; los movimientos étnicos, religiosos, sexuales, pacifistas, ambientales, comunitarios y culturales autónomos y no asimilables a las luchas entre los capitales, las naciones o las clases.

En este contexto en acelerado cambio la invasión de Panamá, aunque parezca repetir viejas tendencias, se presenta más bien como el inicio, todavía incierto, de una nueva relación entre Estados Unidos y los países latinoamericanos. Es la búsqueda de una nueva forma de la subordinación, diferente de las sucesivas políticas de las intervenciones y las cañoneras (hasta los años 30), de la Política del Buen Vecino (entre los 30 y el fin de la Segunda Guerra Mundial) y de Río de Janeiro (desde 1948 en adelante); y adecuada al nuevo escenario de confrontaciones abierto con el cierre de la guerra fría. El "comunismo" y las "potencias extracontinentales" ya no amenazan la seguridad del Canal de Panamá. La droga es una justificación débil. La nueva ideología de la dominación todavía está por formularse. Pero, como siempre, la precede la acción.

4.- Los movimientos de independencia nacional, la descolonización, los regímenes postcapitalistas cumplieron una tarea que complementó la expansión del capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial: extendieron en todas partes las relaciones salariales, incorporaron nuevas regiones al mercado mundial a través de la consolidación de estados nacionales, extendieron la industrialización y la urbanización en sociedades antes predominantemente agrarias.

La dominación colonial y semicolonial y la dominación de las viejas clases y oligarquías agrarias eran obstáculos relativos para esta expansión de aquellas condiciones sociales que permiten y aceleran la circulación mercantil y la penetración del capital con la transformación creciente de todo trabajo en mercancía con la urbanización acelerada y salvaje de grandes masas campesinas desarraigadas de su mundo tradicional y sus economías cerradas y autosuficientes.

El nuevo ciclo de internacionalización del capital y de los procesos productivos encuentra ahora en esos países, dentro de las nuevas relaciones globales, condiciones receptivas para su penetración, gracias a transformaciones de esas sociedades que, paradójicamente, fueron realizadas por movimientos nacionalistas, antiimperialistas o anticapitalistas que se proponían alzar barreras estatales, políticas y sociales contra esa penetración, y que efectivamente las alzaron.

Sería apresurado, sin embargo, concluir que esos movimientos estuvieron trabajando exclusivamente para el rey de Prusia. No tiene la nueva expansión capitalista el terreno libre y allanado. A cambio de nuevas masas de trabajo educado en la disciplina salarial, tiene también un trabajo educado en una conciencia y en una red de solidaridades nacionales y sociales, no una masa campesina atomizada por la destrucción de la sociedad tradicional y su abrupta incorporación al mundo urbano. Tiene sociedades instruídas, con una arraigada conciencia social igualitaria y democrática, en unos casos, y un arraigado orgullo nacional organizado, en otros. Tiene ante sí, entonces, condiciones de organización social que son premisas de futuras trabas, mayores que los regímenes estatales, para la dominación sin límites del capital.

Esa organización social requiere precisamente aquello que los ideólogos del capital están proclamando como su bandera política: *democracia*. La democracia y su significado se convertirán así en uno de los terrenos de organización y de lucha entre el nuevo mundo del trabajo y de los oprimidos y las fuerzas financieras y estatales del capital. Superados o en crisis los regímenes autoritarios que hablaban en nombre del socialismo, la democracia en to-

das sus acepciones y articulaciones irá volviendo a ser, como a principios de este siglo pero en sociedades donde el mundo del trabajo asalariado es ampliamente mayoritario y enormemente diversificado y sofisticado, una consigna central de ese mundo contra los regímenes estatales, sociales y laborales del capital.

En Panamá, país ocupado por un ejército extranjero y gobernado por un régimen títere, la independencia, la república y la democracia son hoy las consignas más actuales y radicales, como lo eran en la Checoslovaquia invadida y controlada por el ejército soviético. Si Panamá es el terreno de prueba de una nueva forma de la subordinación latinoamericana, también puede serlo de nuevas formas de organización de la resistencia de los países oprimidos en el mundo de estos años, que no es el mismo de los regímenes militares brasileño, chileno o argentino: Pinochet quedó atrás.

5.- Sobre los equilibrios mundiales anteriores encuentra explicación la posibilidad de existencia de regímenes nacionalistas autoritarios como el de Omar Torrijos, que no dependía solamente del apoyo social interno con que contaba. El régimen panameño gozaba de lo que puede llamarse una renta de posición dentro de esos equilibrios.

Siendo un régimen militar y estatal que subordinaba a las organizaciones populares y, en definitiva, escapaba a su control y al de la ciudadanía, era previsible una degeneración como la sufrida con Manuel Noriega. El enfrentamiento nacional limitado de Torrijos, eliminado éste, se convirtió en el chantaje desclasado de Noriega y su camarilla. Pero Noriega utilizó para sus propósitos las mismas ventajas de posición que su predecesor. Estados Unidos llegó a la conclusión de que no bastaba eliminar al hombre, sino que había que dismantelar al régimen y al ejército que daban esos productos. Por eso los golpistas militares panameños de octubre no tuvieron apoyo de Washington para su empresa y fueron sacrificados.

Las condiciones para la invasión también fueron facilitadas por la difícil situación de Nicaragua, el empaquetamiento de la revolución salvadoreña y el profundo retroceso de la iniciativa mexicana en la región a partir de 1981/1982 y sobre todo en los años más recientes.

Estados Unidos siempre ha tenido que contar, como un factor histórico, con la oposición mexicana a su dominación imperial sobre la región, desde Porfirio Díaz con Nicaragua en 1909, el apoyo de Calles y del gobierno mexicano a Sandino desde 1926, la oposición al golpe contra Arbenz en Guatemala en 1954, el mantenimiento de relaciones de México con Cuba contra

4.- Los movimientos de independencia nacional, la descolonización, los regímenes postcapitalistas cumplieron una tarea que complementó la expansión del capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial: extendieron en todas partes las relaciones salariales, incorporaron nuevas regiones al mercado mundial a través de la consolidación de estados nacionales, extendieron la industrialización y la urbanización en sociedades antes predominantemente agrarias.

La dominación colonial y semicolonial y la dominación de las viejas clases y oligarquías agrarias eran obstáculos relativos para esta expansión de aquellas condiciones sociales que permiten y aceleran la circulación mercantil y la penetración del capital con la transformación creciente de todo trabajo en mercancía con la urbanización acelerada y salvaje de grandes masas campesinas desarraigadas de su mundo tradicional y sus economías cerradas y autosuficientes.

El nuevo ciclo de internacionalización del capital y de los procesos productivos encuentra ahora en esos países, dentro de las nuevas relaciones globales, condiciones receptivas para su penetración, gracias a transformaciones de esas sociedades que, paradójicamente, fueron realizadas por movimientos nacionalistas, antiimperialistas o anticapitalistas que se proponían alzar barreras estatales, políticas y sociales contra esa penetración, y que efectivamente las alzaron.

Sería apresurado, sin embargo, concluir que esos movimientos estuvieron trabajando exclusivamente para el rey de Prusia. No tiene la nueva expansión capitalista el terreno libre y allanado. A cambio de nuevas masas de trabajo educado en la disciplina salarial, tiene también un trabajo educado en una conciencia y en una red de solidaridades nacionales y sociales, no una masa campesina atomizada por la destrucción de la sociedad tradicional y su abrupta incorporación al mundo urbano. Tiene sociedades instruídas, con una arraigada conciencia social igualitaria y democrática, en unos casos, y un arraigado orgullo nacional organizado, en otros. Tiene ante sí, entonces, condiciones de organización social que son premisas de futuras trabas, mayores que los regímenes estatales, para la dominación sin límites del capital.

Esa organización social requiere precisamente aquello que los ideólogos del capital están proclamando como su bandera política: *democracia*. La democracia y su significado se convertirán así en uno de los terrenos de organización y de lucha entre el nuevo mundo del trabajo y de los oprimidos y las fuerzas financieras y estatales del capital. Superados o en crisis los regímenes autoritarios que hablaban en nombre del socialismo, la democracia en to-

das sus acepciones y articulaciones irá volviendo a ser, como a principios de este siglo pero en sociedades donde el mundo del trabajo asalariado es ampliamente mayoritario y enormemente diversificado y sofisticado, una consigna central de ese mundo contra los regímenes estatales, sociales y laborales del capital.

En Panamá, país ocupado por un ejército extranjero y gobernado por un régimen títere, la independencia, la república y la democracia son hoy las consignas más actuales y radicales, como lo eran en la Checoslovaquia invadida y controlada por el ejército soviético. Si Panamá es el terreno de prueba de una nueva forma de la subordinación latinoamericana, también puede serlo de nuevas formas de organización de la resistencia de los países oprimidos en el mundo de estos años, que no es el mismo de los regímenes militares brasileño, chileno o argentino: Pinochet quedó atrás.

5.- Sobre los equilibrios mundiales anteriores encuentra explicación la posibilidad de existencia de regímenes nacionalistas autoritarios como el de Omar Torrijos, que no dependía solamente del apoyo social interno con que contaba. El régimen panameño gozaba de lo que puede llamarse una renta de posición dentro de esos equilibrios.

Siendo un régimen militar y estatal que subordinaba a las organizaciones populares y, en definitiva, escapaba a su control y al de la ciudadanía, era previsible una degeneración como la sufrida con Manuel Noriega. El enfrentamiento nacional limitado de Torrijos, eliminado éste, se convirtió en el chantaje desclasado de Noriega y su camarilla. Pero Noriega utilizó para sus propósitos las mismas ventajas de posición que su predecesor. Estados Unidos llegó a la conclusión de que no bastaba eliminar al hombre, sino que había que dismantelar al régimen y al ejército que daban esos productos. Por eso los golpistas militares panameños de octubre no tuvieron apoyo de Washington para su empresa y fueron sacrificados.

Las condiciones para la invasión también fueron facilitadas por la difícil situación de Nicaragua, el empaquetamiento de la revolución salvadoreña y el profundo retroceso de la iniciativa mexicana en la región a partir de 1981/1982 y sobre todo en los años más recientes.

Estados Unidos siempre ha tenido que contar, como un factor histórico, con la oposición mexicana a su dominación imperial sobre la región, desde Porfirio Díaz con Nicaragua en 1909, el apoyo de Calles y del gobierno mexicano a Sandino desde 1926, la oposición al golpe contra Arbenz en Guatemala en 1954, el mantenimiento de relaciones de México con Cuba contra

las resoluciones de la OEA en Montevideo, el apoyo al gobierno sandinista en 1979, la declaración franco-mexicana sobre El Salvador en 1981, para citar algunos de los ejemplos más conocidos.

Por un lado, la política regional del estado mexicano está en conflicto objetivo con la misma política del otro gran país de la región, Estados Unidos, y este conflicto es por definición irreductible. Por otro lado, la cuestión más concreta del canal interoceánico, construido en Panamá, pero discutido también en torno a Nicaragua, toca directamente los intereses actuales o potenciales mexicanos, que tiene en el istmo de Tehuantepec la otra zona de posible comunicación directa entre los dos océanos.

A su modo, esta oposición de intereses geopolíticos entre Estados Unidos y México favoreció a los movimientos nacionalistas de la región, tanto como éstos fortalecieron objetivamente la posición de México, el contendiente más débil en esa disputa entre los dos grandes países. Pero la política del estado mexicano en Centroamérica y el Caribe se encuentra hoy atrapada en las tenazas de la deuda externa y de la integración creciente con Estados Unidos propugnada por el actual gobierno mexicano y por los grandes intereses capitalistas nacionales e internacionales. En consecuencia, es notorio el debilitamiento de la presencia regional del estado mexicano y previsible su débil reacción frente a la nueva agresividad de la política regional de Estados Unidos. Este no puede menos que aprovechar esas condiciones, que se suman a la situación mundial ya analizada. A su vez, la ocupación de Panamá, el retroceso del sandinismo en Nicaragua y el cada día más peligroso aislamiento de Cuba contribuyen a debilitar aún más la posición de México (y, efecto no buscado por la diplomacia mexicana pero alcanzado por la estadounidense, a debilitar sus posibilidades negociadoras en el proceso de integración económica con Estados Unidos).

El desmantelamiento de los objetivos y hasta de los integrantes del Grupo de Contadora -Isla panameña, conviene recordarlo- simbolizan la derrota a que ha sido llevada la política internacional del estado mexicano después del viraje de 1982.

La invasión y la ocupación militar de Panamá por el ejército de Estados Unidos se inscribe, entonces, no como resultado pero sí en el contexto de tres retrocesos frente a la ofensiva global del capital: el de los estados postcapitalistas, el de las organizaciones de los trabajadores asalariados en Estados Unidos y en los países capitalistas y el de los regímenes nacionalistas en América Latina.

A diferencia de los ataques del pasado contra los gobiernos de Guatemala-

la, Cuba, Chile, Granada y Nicaragua, en Panamá el pretexto invocado no es el comunismo. En realidad, los pretextos son tan débiles -droga, protección de vidas estadounidenses y fraude electoral- que puede decirse que no existen y de hecho han sido abandonados después de las primeras semanas. La potencia ocupante se preocupa poco de cubrir la ilegitimidad de su posición. Le bastan las relaciones de fuerzas regionales y mundiales que, a su criterio, no han cesado de evolucionar a su favor.

6.- El paso de Estados Unidos a la Política del Buen Vecino a comienzos de los años 30, y al Tratado de Río de Janeiro en los inicios de la guerra fría, no cambiaron la esencia de su política de dominación sobre América Latina, pero sí sus formas específicas en cada período. Plantearon entonces nuevos problemas y desafíos a los países latinoamericanos, tanto a sus clases dominantes y sus capas gobernantes como a sus clases subalternas y a sus organizaciones políticas y sociales. Del mismo modo, la sustitución de un gobierno por otro en la República de Panamá a través de la intervención y la ocupación militar directa del ejército de Estados Unidos, en este mundo de la última década del siglo, inaugura un período nuevo en esa política de dominación. Sus formas están apenas en bosquejo, aún para sus promotores.

No quiere decir esto que el medio empleado será siempre militar, sino que este empleo directo de lo militar -tal vez excepcional en la forma- disipa muchas mediaciones ideológicas de la dominación y pone en primer plano, al menos para la región latinoamericana en torno al Caribe y al norte del Canal, una doctrina no expresada de limitación de la soberanía nacional dentro de los límites aceptables para aquella dominación. Con esta doctrina tendrán que hacer las cuentas las fuerzas nacionalistas, democráticas y socialistas de América Latina y de la región, los gobiernos nacionales y en particular -aunque ahora prefiera mirar para otro lado- el gobierno de México, cualquiera sea su color político presente o futuro, pues el país se encuentra directamente aludido por este nuevo giro de los acontecimientos.

La política imperial de Estados Unidos no se dará paz mientras no subordine o integre totalmente a México. La nación mexicana sólo puede existir en la resistencia y el rechazo de esa política que la niega y, en consecuencia, en la alianza con la independencia y la soberanía de los países centroamericanos y caribeños. En estos tiempos de grandes reacomodos en las relaciones entre las naciones, este es el oculto y poderoso conflicto que rige la política internacional en la región.

Para las fuerzas nacionalistas, democráticas y socialistas también se pre-

senta una situación inédita. La independencia nacional, y por lo tanto la lucha contra la dominación imperialista, era uno de los objetivos que las unificaban por encima de sus diferencias en otros terrenos. Pero, para algunas de esas fuerzas políticas, ese objetivo dejaba en segundo plano a la democracia representativa, cuando no la borraba del todo. Por definición, no puede existir democracia política sin independencia nacional. Pero las revoluciones democráticas de este fin de siglo están mostrando la fragilidad, hoy, de la independencia nacional y aún de las conquistas sociales sin democracia política y sin soberanía ciudadana.

Esto quiere decir que está llegando a su fin -no que haya concluido del todo- el ciclo del *nacionalismo antiimperialista autoritario* y de la idea de que un estado fuerte frente al extranjero debe ser un estado fuerte frente a sus ciudadanos. Por el contrario, una ciudadanía fuerte y movilizadora en apoyo de un gobierno al cual el voto, y sólo el voto en condiciones de pluralidad, puede otorgar legitimidad, es condición para un estado capaz de enfrentar a la dominación imperial.

El desplome sin gloria del régimen de Noriega marca el ocaso de la amalgama, no inusual en el pasado, entre nacionalismo, autoritarismo y corrupción administrativa. Independencia nacional y democracia son hoy condiciones simultáneas, no sucesivas, de cualquier política nacionalista de izquierda o socialista en los países latinoamericanos. Esto no resulta tan obvio mientras en la política, la práctica y la propia organización la mayor parte de esas tendencias no superen sus propias tradiciones autoritarias -es decir, no atraviesen una recomposición y una renovación radicales que sólo los hechos pueden probar.

7.- Para derribar a Noriega no era necesario arrasar los barrios populares de El Chorrillo y San Miguelito ni provocar miles de muertos panameños de los cuales las cuidadosas estadísticas del Pentágono todavía no han dado cuentas a la opinión pública*. Esta masacre es una clásica acción terrorista para paralizar toda eventual tentativa de resistencia a la invasión en esos sectores y asentar sobre el miedo la dominación del ocupante. No es a los par-

* Las investigaciones realizadas por organismos humanitarios, grupos de la sociedad civil y religiosos tanto de Panamá como del extranjero, principalmente de Estados Unidos, revelan que el operativo Causa Justa iniciado el 20 de diciembre de 1989 por órdenes del presidente George Bush arroja a la fecha un saldo de entre 3500 y 5000 muertes de civiles y militares panameños, y un millar de soldados norteamericanos", dice Carmen Lira en su reportaje desde Panamá en La Jornada, México, 28 de marzo 1990.

tidos, los políticos y los intelectuales que han promovido, aceptado o silenciado ese terror a quienes deben brindar pruebas de su vocación democrática quienes se oponen a esa dominación en Panamá y en América Latina. La demanda y el ejercicio de los derechos y garantías democráticas es, al contrario, una necesidad actual para oponerse a ese terror y al autoritarismo elitista de la derecha neoliberal que lo apoya o lo condena en nombre de la "democracia".

La crisis del nacionalismo autoritario y de las corrientes nacionalpopulistas en América Latina va acompañada por la crisis del movimiento sindical ligado a esas tendencias e integrado corporativamente en el estado. En una primera etapa, esa crisis deja desprotegidos y sin organización a grandes sectores de trabajadores urbanos y rurales frente a la ofensiva neoliberal y conservadora portadora de las nuevas formas políticas y económicas de subordinación a la dominación imperial. Pero, inevitablemente, también termina por dejar en libertad a grandes fuerzas sociales antes presas del corporativismo estatal de los gobiernos nacionalpopulistas.

Esas son fuerzas sociales de la resistencia y de la independencia. En diversos países de América Latina aparecen signos y síntomas del proceso de su reorganización independiente en nuevas tendencias y movimientos políticos. Esas tendencias postulan la democracia republicana y los derechos y garantías individuales, la independencia nacional, la independencia sindical frente al estado y a los partidos, la reorganización de los movimientos sociales frente a la ofensiva neoliberal del capital, la solidaridad y la igualdad como valores inseparables de la democracia, la extensión de los derechos a la educación, a la información, al conocimiento, a la protección del ambiente, a la salud, a la vivienda, al salario y al trabajo, a la tierra, al respeto a las diferencias (sexual, religiosa, étnica, cultural), a la paz y el desarme, al tiempo libre y a la vida.

Las revoluciones democráticas en los países del Este están terminando de liberar a esas tendencias, a través de una experiencia histórica, de la creencia o la esperanza en las virtudes de un "socialismo estatal" o de un antiimperialismo autoritario. El antiguo triángulo defensivo está roto. Los movimientos democráticos radicales y socialistas en América Latina no pueden esperar apoyos o solidaridades de los "socialismos estatales". Pero la influencia perversa de esa alianza con las burocracias dirigentes del Este sobre las ideas y las concepciones de esos movimientos, cuando no sobre la composición misma de sus direcciones y sobre su libertad de acción, está también rota.

El cambio no será instantáneo, pero está en camino: una de las fuentes de

las visiones estatistas desde la izquierda ha entrado en crisis y nuevas ideas, propuestas y alianzas se hacen posibles. Y con ellas nuevos apoyos internos y externos en los cuales la democracia desde abajo de los movimientos, y no el poder desde arriba de los estados, sea el elemento fundamental para contener y hacer retroceder a los enemigos. Si bien se mira la historia, no otros fueron los apoyos fundamentales que permitieron las victorias de las grandes revoluciones liberadoras de nuestro siglo, momento en cada caso diferente de la ulterior consolidación de sus estados.

Estos nuevos movimientos democráticos latinoamericanos están en formación o en crecimiento y son diversos del nacionalpopulismo, el foquismo guerrillero o el socialismo estatista de períodos anteriores. En ellos convergen corrientes nacionalistas de izquierda, socialistas, democráticas y autogestionarias de diverso tipo, que al mismo tiempo se influyen entre sí y viven juntas una experiencia inédita. Sus definiciones programáticas carecen todavía de la nitidez de las corrientes anteriores, sus propuestas van apareciendo casi por reacción frente a los cambios universales de los cuales estos mismos movimientos forman parte. Su perfil organizativo no está definido y lo viejo y lo nuevo de todas esas corrientes se mezclan en sus filas, que crecen o se adelgazan mucho más al ritmo de los movimientos de la sociedad que al de los calendarios de la política institucional. Su perfil político definitivo es todavía cosa del futuro y de la lucha a campo abierto en la sociedad.

La ofensiva del capital nacional e internacional y de la derecha política neoliberal en toda América Latina, que ha arrasado las antiguas barreras defensivas estatales y corporativas, no solamente ha contribuido a crear las condiciones para la ocupación militar estadounidense de la República de Panamá sin mayores protestas. También ha puesto en libertad y en movimiento a las fuerzas sociales y políticas independientes que pueden crear una alternativa democrática radical a este estado de cosas.

El punto de partida es nítido y sencillo. Pero la reorganización será complicada y sus definiciones programáticas más elaboradas se darán en la experiencia, en la lucha, en la confrontación social y política y en las pruebas de la realidad.

Un movimiento de esta magnitud y envergadura no sólo se construye por también se construye *contra*. Panamá es uno de sus puntos de definición. La demanda latinoamericana común es el retiro de las tropas de ocupación, elecciones democráticas en la República de Panamá para establecer un gobierno legítimo e indemnización de la potencia ocupante a la población y al estado panameños por los daños causados por la invasión y la ocupación. A

esa demanda debe agregarse la exigencia de soberanía completa de la República de Panamá sobre la Zona del Canal, del mismo modo como corresponde a Egipto la soberanía y la administración del Canal de Suez. El control de la seguridad del canal, por otra parte, no necesita de bases militares estadounidenses y puede estar a cargo, mientras se hace efectiva la soberanía panameña, de una fuerza internacional de las Naciones Unidas que no significa una amenaza o una hipoteca sobre esa soberanía.

Después serán los panameños en pleno ejercicio de su independencia y su democracia quienes podrán decidir sobre el destino de su república y del canal y cómo y con quienes se unirán para comenzar a reparar los inmensos e ininterrumpidos daños que desde los años de Theodore Roosevelt han causado al país la dominación, la política y el ejército de Estados Unidos. Ejercerán así el mismo derecho que hoy están ejerciendo los alemanes, los polacos, los checoslovacos, los húngaros, los lituanos o los namibios, y que los panameños tienen negado.

La independencia y la soberanía de la República de Panamá sobre todo su territorio y sobre sus futuros destinos es parte sustancial e inseparable de la revolución democrática latinoamericana.

México, D.F., marzo 1990.

JUSTICIA SOCIAL

La revista del CeDEL



Federación

ORGANO DE LA FEDERACION OBREROS Y EMPLEADOS TELEFONICOS
ADHERIDA A LA CONFEDERACION G. DEL TRABAJO

BOSSO
AVALIADO
FRANQUEO PERMISOS
EJEMPLAR REDUCCION
CONTINENTE 1936

AÑO VII — N.º 78

BUENOS AIRES, ABRIL DE 1936.

Calificación 977 — U. T. 40, Loria. A. 14



1º de Mayo - Autor: Fornes. 1936 - Argentina.

EL FUTURO DEL SOCIALISMO EN AMERICA LATINA*

James Petras

Cinco hechos históricos mundiales condicionan la discusión del socialismo y la democracia en América Latina:

1. El colapso del modelo capitalista de mercado libre en América Latina, evidenciado en una década de indicadores socioeconómicos regresivos (lo que universalmente se denomina la "Década Perdida"), crisis crónicas y falta de perspectivas para los años noventa.

2. La desintegración del modelo estalinista en Europa Oriental y la Unión soviética y la emergencia de una nueva clase de gobernantes neoliberales orientadas hacia la integración capitalista occidental.

3. La intensificación de la competencia entre Estados Unidos, Japón y Alemania por la supremacía global y la creciente primacía de los recursos económicos sobre los militares e ideológicos en el desenlace de la contienda hegemónica.

4. La declinación de la potencia industrial de Estados Unidos y el aumento de la capacidad para desplazar adversarios y su incapacidad económica para sostener nuevos regímenes clientes.

5. El fin de la "Guerra Fría" (entendida como conflicto de bloques en Europa) acompañado por un retiro asimétrico de fuerzas hegemónicas. El creciente aislacionismo soviético es acompañado por la intensificación del intervencionismo americano y europeo, con lo que se abre un nuevo ciclo de conflictos políticos y sociales dentro del bloque oriental y entre el Occidente y el Tercer Mundo.

* Publicado en Brecha Nº 229, abril 1990, Uruguay traducción: Hugo Rocha

Estos cambios históricos mundiales plantean una serie de nuevos desafíos a la izquierda latinoamericana, y obligan a repensar las fórmulas políticas tradicionales y ubicar el examen del socialismo y la democracia en un nuevo contexto. La nueva situación histórica del mundo contiene restricciones y oportunidades que tienen que analizarse y evaluarse como condición previa a cualquier pronunciamiento acerca del retroceso o el avance del socialismo. Por otra parte, es menester que estos factores globales sean analizados en el contexto de los profundos cambios sociales y políticos que han ocurrido en América Latina durante los últimos veinte años y a la luz de las nuevas estrategias hegemónicas que Washington ha aplicado en la última década. La relación entre hechos históricos mundiales, cambios sociopolíticos, estrategia de Estados Unidos y problemas del socialismo y la democracia en América Latina es un vasto tema que sólo puede tratarse someramente en este ensayo.

Hechos históricos mundiales.

El fracaso del capitalismo librecambista en América Latina es un hecho tan significativo en la historia contemporánea mundial como el colapso de los regímenes estalinistas en Europa Oriental. Por razones obvias, los medios masivos del mundo capitalista sólo han puesto de relieve el segundo de esos fenómenos. Sin embargo, la crisis socioeconómica del capitalismo latinoamericano es aún más profunda, cualquiera sea el indicador que se elija: descenso de los niveles de vida, estancamiento económico, tasas astronómicas de inflación, fuga de capitales, insoportables niveles de la relación deuda/exportaciones, migraciones masivas, etc. Si bien es cierto que las crisis y los cambios políticos en Europa Oriental están ensanchando el campo de influencia del capitalismo occidental, las crisis en América Latina plantean, como mínimo, algunas serias preguntas acerca del futuro del capitalismo y, como máximo, han echado las bases para la emergencia de regímenes políticos anticapitalistas.

En el plano político, la crisis del capitalismo latinoamericano ha continuado y se ha ahondado, a pesar de que los regímenes electos han sucedido a los militares y los socialdemócratas de la Segunda Internacional a los conservadores librecambistas. No se trata de una crisis de la "superestructura", ni de determinadas políticas económicas. Nacionalizaciones o privatizaciones, pagos de la deuda externa o limitaciones de la misma, devaluaciones y programas de austeridad, nuevas unidades monetarias o nuevos ministros de

Hacienda, todo ha sido inútil para detener la tendencia descendente del capitalismo. Si algo es cierto es que cuanto más "puro" ha sido el modelo capitalista aplicado, cuanto menos se han regulado o restringido los flujos del capital, mayores y más profundos han sido los efectos negativos, vale decir, la fuga de capitales, el saqueo de recursos internos y el desplazamiento del capital hacia los sectores especulativos, como lo ilustra el ejemplo argentino. Objetivamente, la izquierda latinoamericana no ha enfrentado nunca una situación socioeconómica de alcance continental tan "madura" para soluciones socialistas como la presente. Los complejos y arduos problemas que plantea el estudio de la brecha entre las condiciones objetivas y subjetivas serán examinados más adelante.

La desintegración del modelo estalinista en Europa Oriental y la Unión Soviética y el surgimiento de políticos capitalistas es un gran triunfo histórico para el imperio occidental, pero puede ser de valor estratégico positivo para el movimiento socialista en América Latina. Para la izquierda latinoamericana, incluidos los Estados revolucionarios que recibían ayuda económica, ideológica y logística, estos cambios seguramente acrecentarán su vulnerabilidad a las presiones capitalistas occidentales. Y lo que es más importante, esos cambios probablemente han de intensificar la dependencia y subordinación de Europa Oriental respecto de las inversiones y los mercados occidentales, reduciendo sus vínculos comerciales con el Tercer Mundo. Además, a medida que el capital europeo occidental se aplique a financiar la explotación de los mercados y la mano de obra del Este, se limitará la disponibilidad de fondos para los socialdemócratas latinoamericanos.

Con todo, deben señalarse algunos puntos en contra.

Europa Oriental y la Unión Soviética seguirán dependiendo de los mercados latinoamericanos de exportación e importación, aunque los créditos fáciles resulten menos accesibles. En segundo lugar, las medidas de austeridad y libertad económica aplicados actualmente en Polonia y Hungría están destruyendo antiguos programas de bienestar social sin promover el crecimiento. Tarde o temprano eso provocará una nueva serie de conflictos sociales y los dirigentes políticos cuentan con un apoyo organizado muy frágil. De modo que los triunfos de Occidente tal vez resulten efímeros. Importa señalar que el modelo estalinista fue un factor negativo para la actividad política de la izquierda latinoamericana al socavar su capacidad para crear organizaciones de base dinámicas y democráticas. Por lo demás a los trabajadores e intelectuales que tenían conciencia social no les seducía tener que elegir entre liberalismo con hambre y seguridad social con estado policial. La derrota del

estalinismo es una ventaja estratégica porque abre la posibilidad de construir un modelo alternativo de socialismo que refleje las profundas prácticas democráticas y solidarias que ofrecen los movimientos sociales de los países latinoamericanos.

La competencia entre Estados Unidos, Alemania y Japón por la hegemonía refleja la decadencia del monopolio mundial de poder que ha ejercido Estados Unidos durante el pasado medio siglo. Las implicaciones de la lucha hegemónica mundial para la izquierda latinoamericana son contradictorias. Por una parte significa una apertura potencial de nuevos mercados, asociados comerciales y oportunidades para balancear las influencias hegemónicas. Por la otra, la acción combinada de las potencias hegemónicas ha sido un factor importante en la perpetuación del saqueo y el endeudamiento de América Latina. Las potencias competidoras tienden a "especializarse" en regiones diferentes: Japón en Asia, Estados Unidos en el hemisferio occidental, Alemania en Europa (Oriental, Central, Occidental y Meridional). El crecimiento y la diversificación de las inversiones y los mercados japoneses y alemanes puede proporcionar ciertas ventajas y oportunidades políticas a los regímenes progresistas de América Latina. Sin embargo, en regiones que Estados Unidos considera estratégicas o gobernadas por regímenes adversarios (América Central/Nicaragua), Europa y Japón se han abstenido de entrar para sustituir los vínculos económicos con Estados Unidos. En el caso de que la competencia se agrave hasta convertirse en guerra económica abierta, la izquierda latinoamericana podría mejorar su posición negociadora mucho más que hasta el presente.

Una de las grandes paradojas de nuestro tiempo ha sido el aumento de la influencia ideológica de Estados Unidos mientras disminuye su poderío económico. Esto refleja el creciente dualismo del Estado norteamericano: el superdesarrollo de sus aparatos de medios masivos, estatales y militares y la relativa declinación de sus estructuras productivas, industriales y comerciales. El resultado ha sido la tendencia cada vez más fuerte de la política norteamericana a concentrarse en la destrucción o el debilitamiento de movimientos económicos o políticos rivales sin ser capaz de financiar y promover alternativas dinámicas. El más acabado ejemplo es el de Granada, con el 50% de desempleo después de la invasión.

El ascenso de Reagan y Bush promovió el dogma económico del mercado libre en Europa Occidental y Oriental y en muchas partes del Tercer Mundo. Lo mismo puede decirse del éxito con que se ha difundido el mensaje de los medios masivos norteamericanos de comunicación y entretenimiento. La

difusión de las doctrinas económicas del capitalismo irrestricto en la cumbre y de tontas distracciones masivas en la base ha contribuido a debilitar el atractivo de los programas de bienestar social de la izquierda y ha fomentado el crecimiento de la política de "imagen" y de los líderes creados por los medios (Collor en Brasil, Belmont en Perú, etc.). La influencia cultural de Estados Unidos ha sido efectiva porque responde a las necesidades de las clases dominantes y los gobernantes locales: los productos culturales norteamericanos transforman a públicos críticos en masas maleables.

Sin embargo, la influencia ideológica de Estados Unidos no depende únicamente de cómo "calza" con los intereses de las clases dominantes locales, sino que también depende de la medida en que hayan surgido movimientos antihegemónicos y se hayan creado esferas autónomas de acción política. La globalización de la influencia cultural de Estados Unidos no es omnisciente, aun cuando sea omnipresente. Una influencia ideológica que no está respaldada por un crecimiento económico se deteriora con el paso del tiempo, sobre todo donde la izquierda logra poner en evidencia el abismo entre la imaginería ideológica y las realidades económicas. Es precisamente en este abismo histórico entre la hegemonía ideológica de Estados Unidos y su decadencia económica e incapacidad para mantener su dominio donde la izquierda latinoamericana encuentra su oportunidad estratégica.

La reducción de la Guerra Fría ha sido acompañada por retiros no recíprocos de fuerzas hegemónicas. Mientras las fuerzas soviéticas y aliadas se han retirado de Afganistán, Camboya y Angola, Estados Unidos ha intensificado su colaboración con Pol Pot en Camboya, los rebeldes tribales en Afganistán y la UNITA y Savimbi en Angola, ha invadido Panamá, establecido bases de sus fuerzas especiales en Perú y Bolivia e intervenido masivamente antes y después de las elecciones en Nicaragua. La disminución de la influencia soviética en el Tercer Mundo no ha sido reciprocada por Occidente. Por el contrario, ha estimulado la expansión agresiva de Europa Occidental en el Este, revitalizando al mismo tiempo los impulsos hegemónicos de Washington. Es posible que los acuerdos globales sobre desarme celebrados entre Gorbachov y Occidente mitiguen las amenazas nucleares en el Norte. No obstante eso, el aumento del intervencionismo occidental en el Tercer Mundo y, especialmente, en América Latina, significa la reanudación de las guerras antiimperialistas y de clases. Aquellos sectores de la izquierda que se orienten hacia el nacionalismo y la política de clases estarán mejor situadas para intervenir en esta situación que los proponentes de la interdependencia y los pactos sociales. La izquierda que fundaba sus análisis y prácticas en

las alianzas de "bloques globales" será cada vez más irrelevante. En suma, el final de la Guerra Fría intensificará la intervención de Estados Unidos en América Latina, desorientará a la izquierda tradicional, socavará a los reformistas que imaginan un mundo sin bloques como un mundo de paz y desarrollo, y ofrecerá mayores espacios y oportunidades a la izquierda orientada hacia el nacionalismo, la lucha de clases y el antiimperialismo.

Los cinco "hechos históricos mundiales" que definen las nuevas configuraciones de poder no impactan directamente sobre América Latina ni determinan las condiciones de la lucha por el socialismo. Están mediatizados por el Estado, la estructura de clases y los vínculos entre las fuerzas políticas y sociales de la región.

Transformación de las estructuras políticas y sociales

El impacto social de estos contradictorios cambios históricos mundiales depende del vigor y la debilidad relativos de las fuerzas sociopolíticas conflictivas que actúan en América Latina y de las condiciones en que operan. El problema de analizar las relaciones entre los cambios globales y las estructuras sociopolíticas latinoamericanas se complica a causa de las transformaciones estructurales que han ocurrido en la región durante las dos últimas décadas. El problema, para los socialistas, consiste en tomar en cuenta esas transformaciones y sus ramificaciones externas y vincularlas a una estrategia efectiva.

Cuatro son los cambios estructurales que forman el terreno para la estrategia política y económica latinoamericana.

1. El factor más notable que define la economía de la región es el surgimiento de capitalistas transnacionales latinoamericanos con su cohorte de asociados. Desde la cima hasta la base de la estructura social, con distintos grados de importancia, América Latina ha avanzado hacia un modelo de acumulación controlada y dirigida por inversionistas, especuladores, mercaderes y exportadores nacionales vinculados con los bancos, los mercados y las finanzas internacionales interconectados en la cima, esos capitalistas transnacionales son seguidos por un estrato intermedio que incluye a depositantes foráneos de dólares, pequeños especuladores, profesionales pagados en dólares, intelectuales financiados desde el exterior y, en la base, familias de bajos ingresos atadas a la economía del dólar por las remesas de ultramar.

En la interfase con esta configuración socioeconómica formal se encuentra la dinámica económica ilícita—drogas, especulación, lavado de dinero—que se vincula con la economía de exportación y recorre verticalmente todo

el sistema social. La economía formal y la informal son a la vez productos y promotores de una economía cada vez más “desregulada” que ha encontrado expresión política en el ascenso de líderes derechistas y en la conversión de populistas (Menem) y socialdemócratas (Carlos Andrés Pérez) en partidarios del mercado libre. La correa de transmisión para la influencia ideológica norteamericana y el principal factor generador de las crisis socioeconómicas de la región es el auge de los capitalistas transnacionales latinoamericanos y de los políticos que elaboran las normativas económicas adecuadas a sus necesidades (estrategias de exportación, programas de austeridad, capitalizaciones de deuda). Si la desregulación de la economía genera la crisis, la solución política es bloqueada por los numerosos agentes subalternos, vinculados al capital transnacional, que operan en el mercado no regulado. Para que la izquierda llegue a controlar las palancas del poder económico, será preciso que haga frente decididamente a los capitalistas que conforman las “redes transnacionales”. Los regímenes socialistas o progresistas dependientes del capital transnacional se verán sujetos a las presiones y a la extorsión ejercidas por aquellos en torno a quienes se organiza el modelo de acumulación. La transición latinoamericana hacia el capitalismo transnacional no se ajustó a la pauta seguida por Europa o Estados Unidos ni tuvo las mismas consecuencias. La transformación del capital latinoamericano de “nacional” en “transnacional” no significó la ampliación sino el saqueo del mercado local. No condujo al perfeccionamiento tecnológico de la industria nacional sino a la transferencia de las utilidades de la industria al sector financiero. La desregulación de la economía dió lugar, en un principio, al ingreso y luego al égreso masivo del capital. El socialismo tendrá la difícil tarea de desarrigar ese modelo pero no podrá socializar lo que no está en la esfera del poder nacional; tampoco podrá aplicar el modelo actual a un programa de bienestar social, en vista de los fuertes antagonismos de clase y de la gran facilidad con que el capital transnacional puede eludir la regulación estatal.

2. El segundo cambio operado en las estructuras sociales se relaciona con el primero. La desregulación de la economía y la masiva “informalización” del trabajo significan que todo el mecanismo de seguridad social y legislación protectora de los trabajadores, montado durante el siglo pasado, ha sufrido un profundo deterioro. El crecimiento masivo del trabajo temporal, del empleo múltiple, de remuneraciones que no son salarios, ha dado origen a una categoría de mano de obra que es una cruz entre los obreros asalariados y los independientes, y a los que denominaremos “pueblo trabajador”. El pueblo trabajador es un protagonista clave de todo movimiento vivo en fa-

vor de la transformación social. Esos trabajadores son los que sufren las consecuencias de la desregulación del mercado y del desarrollo de la "economía informal": inflación, inseguridad laboral, alza de precios. Su inserción en el proceso político crea un nuevo contexto para organizar la propuesta socialista en dos ámbitos interconectados: la fábrica y el mercado. Los socialistas deberán idear estrategias que tomen en cuenta el mercado, imponiendo restricciones sobre las utilidades del comercio e impidiendo que los asalariados se perjudiquen con el aumento de los costos. La existencia de nuevos vínculos económicos (la economía paralela) entre los trabajadores, tanto en sus actividades informales como formales, es una necesaria condición previa al poder político. La economía paralela se convertirá en la base para unificar los grupos heterogéneos del pueblo trabajador y constituir una organización política común para el poder estatal.

3. El tercer cambio estructural ha sido la rutinización del terror de Estado y la continuidad de sus instituciones antes, durante y después de la inauguración de los regímenes electos. El advenimiento del capitalismo no regulado, con sus prolongados períodos de crisis, ha sido acompañado por la creciente importancia de los aparatos represivos y el consiguiente debilitamiento de los regímenes políticos. Las instituciones permanentes del Estado son las que, cada vez más, definen las "reglas del juego político" y limitan el alcance de la acción legislativa de los partidos opositores. El ciclo de cambio de los regímenes civiles y militares va acompañado por la continuidad de la estructura estatal subyacente. La brecha entre el control burgués de Estado y el insuficiente dominio de la sociedad civil ha sido colmada por el recurso cada vez más frecuente al terror del Estado. El impacto combinado de las crisis económicas, cada vez más profundas, y la expansión del terror del Estado sobre la conciencia popular es problemático. Las respuestas que dan son muy variadas: hay quienes echan la culpa a la clase política y buscan "políticos apolíticos" de derecha; otros emprenden acciones defensivas (por lo común, huelgas); otros intensifican la militancia izquierdista y otros, en fin, se apartan de la política e ingresan en la delincuencia o en la actividad "informal". La izquierda enfrenta una difícil situación: por una parte, las condiciones socioeconómicas objetivas son favorables al proyecto socialista y, por otra, la creciente represión política limita su capacidad de movilización. Por su parte, la represión estatal tiene efectos contradictorios sobre los grupos explotados. Los más organizados y politizados endurecen su militancia contra el Estado represor o el agresor externo; los demás tienden a culpar de la violencia a quienes proponen cambios y abrazar a las autoridades en procura de un alivio inmediato.

4. El cuarto y último cambio en América Latina, tal vez el más significativo, es el vigoroso crecimiento de la democracia en los movimientos sociales de base. La nueva opción frente al autoritarismo del socialismo estalinista y las depredaciones del modelo electoral librecambista se encuentra en la organización y proliferación de movimientos sociopolíticos. Estos movimientos han dado una organización común a la fuerza de trabajo heterogénea a través de sus asociaciones de vecindad. Han creado una estructura política en la que el pueblo trabajador está representado directamente y a través de la cual puede formular sus reclamaciones. Han creado redes de solidaridad para asegurar la supervivencia económica. Han organizado la lucha en los casos en que sus representantes políticos no han sido capaces de instrumentar los cambios prometidos. El crecimiento y la proliferación de movimientos cívicos, vecinales y laborales refleja el ascenso de la capacidad política del pueblo trabajador, de su capacidad para resistir al Estado y para existir como una opción frente a las actuales formas de representación política. Si la clase trasnacional en la cima constituye el mayor obstáculo a la transformación socialista, los numerosos movimientos sociopolíticos de base son la fuerza más poderosa para transformar la sociedad. Prácticamente todos los cambios positivos ocurridos en América Latina durante los últimos veinte años —reformas agrarias, derrocamientos de regímenes militares, revoluciones sociales— fueron iniciados o consumados por movimientos sociopolíticos. Productos de esa actividad, por ejemplo, fueron el Movimiento 26 de Julio en Cuba, el FSLN en Nicaragua, los cordones industriales en Chile durante la época de Allende y la reforma agraria en los años sesenta en Perú. La relación entre los movimientos sociopolíticos y otros fenómenos políticos es problemática, como lo es la relación entre los movimientos y las transformaciones del Estado. Pero es obvio que, en América Latina, los “movimientos” han sido la estructura más eficaz para movilizar y expresar la energía, el entusiasmo y la inteligencia del pueblo trabajador. El debate sobre socialismo y democracia deberá extraer sus enseñanzas negativas de la experiencia estalinista europea y las positivas de lo que están haciendo los movimientos sociopolíticos latinoamericanos.

El cambio de estrategia de Estados Unidos.

Para elaborar una estrategia socialista en América Latina durante el decenio de los noventa es indispensable comprender la estrategia de Estados Unidos, que se basa en la distinción entre cambios de regímenes y cambios

de Estado. Para los estrategas norteamericanos, los regímenes representan los intereses transitorios de alianzas políticas cambiantes entre funcionarios civiles electos o militares no electos. Los Estados, en cambio, representan los intereses de la hegemonía, la economía y la seguridad, a través de las instituciones permanentes: los militares, la Policía, el Banco Central y otros organismos económicos no electos. Las alianzas de Washington con las instituciones son a largo plazo; con los regímenes políticos, transitorias.

Este marco diferencial ha servido para guiar (y explicar) la política de Estados Unidos respecto del cambio político en América Latina, que se basa en un enfoque a tres puntas:

1. Apoyo a los cambios de régimen cuando los gobiernos clientes han perdido poder y/o legitimidad o son amenazados por movimientos populares de masa. El objetivo, en este caso, es conservar el Estado. Esta política es evidente en el apoyo dado por Washington a la transición negociada de los regímenes militares a los civiles en América Latina durante los años ochenta, que dejó intacta la apoyatura institucional de los intereses estratégicos norteamericanos. Esta cohabitación de gobiernos electos y poder estatal autoritario es lo que Washington denomina "el proceso de democratización".

2. La segunda punta de la política de Estados Unidos hacia América Latina ha sido su oposición a los movimientos que no sólo se proponen cambiar el régimen sino también las instituciones del Estado. Durante los años ochenta Washington promovió, ayudó y financió, en todo el hemisferio, los esfuerzos tendientes a aislar, reprimir o derrotar electoralmente a los movimientos sociopolíticos cuyo concepto de la democracia incluía la transformación del Estado. En Centroamérica, Washington financió la represión de partidos políticos y organizaciones que buscaban cambiar el Estado, apoyando al mismo tiempo a los partidos socialdemócratas que colaboraban con sus Estados clientes. Una pauta similar se reprodujo en Sudamérica, donde Washington, diferenciando entre los partidos antirrégimen y antisistema (Estado), favoreció electoralmente a los primeros y se opuso a los segundos.

3. La tercera punta de la estrategia norteamericana es el apoyo al cambio de Estado cuando el adversario es un Estado revolucionario. El mejor ejemplo de esto es la estrategia de Washington hacia Nicaragua que incluyó la organización y el financiamiento de un ejército y una fuerza electoral contrarrevolucionaria para dismantelar un Estado popular revolucionario. Washington combinó la violencia militar destructora de la economía con una fuerza electoral explotadora del descontento interno. La misma política de desestabilización militar y elecciones se ensayó en Cuba pero fue bloquea-

da por la negativa de Castro a permitir una oposición electoral. En este enfoque, la agresión militar y económica y la dislocación social son los requisitos previos para apoyar la celebración de elecciones.

La política de Washington se funda en un concepto muy claro del significado social de los cambios políticos y democráticos. Se da apoyo estratégico a los proponentes del cambio de régimen en los Estados capitalistas y a los partidarios del cambio de Estado (ya sean mercenarios armados o partidos políticos) en los Estados no capitalistas. Mientras que los propagandistas norteamericanos y europeos y sus intelectuales financiados por fundaciones extranjeras hablan de "democracia sin adjetivos", los estrategas de Washington se guían en la práctica por los criterios del interés hegemónico.

En este contexto, Washington ha usado los procesos electorales contra la democracia. Al apoyar la yuxtaposición de regímenes electos y Estados autoritarios, los dirigentes políticos de Estados Unidos han perpetuado las masivas violaciones de derechos humanos en El Salvador, Guatemala y Honduras. La misma política ha servido para perpetuar los pagos de la deuda externa, los programas de austeridad impuestos por el Fondo Monetario Internacional y la adquisición de empresas nacionales productivas por transnacionales. La estrategia electoral ha dotado a Washington de una ideología favorable a un sector de la clase política al servicio del nuevo modelo exportador, el Estado represivo y la banca internacional.

La preeminencia de las instituciones estatales no electivas y del poder económico (incluido el de Estados Unidos) en la elaboración de las "reglas del juego político", que fijan las fronteras de la legislación admisible, significa que el régimen surgido de las elecciones deberá seguir una política de desmovilización de grupos populares, formular estrategias de desarrollo favorables al capital transnacional latinoamericano y a la banca extranjera, y reconocer el poder y las prerrogativas de los militares, la Policía y otras instituciones del Estado.

A consecuencia de estas restricciones se ha debilitado el componente democrático de la vida latinoamericana. Si utilizamos el calificativo de "democrático" para describir algo más que los procedimientos electorales, como son la presencia de las mayorías y su influencia en la sociedad civil, la asignación de recursos presupuestarios según las necesidades populares, la respuesta de los funcionarios públicos a las demandas y presiones públicas, y la reducción del control de la economía nacional por élites nacionales y extranjeras, es evidente que la democracia ha retrocedido bajo los regímenes electos durante los últimos diez años. Estos regímenes han tratado de desmante-

lar los movimientos populares y de concentrar las decisiones en las manos de funcionarios no elegidos, entre los cuales figuran banqueros extranjeros y representantes del FMI. Han recortado hasta niveles sin precedentes los rubros presupuestales destinados a la salud pública y la educación y han reforzado el papel de las instituciones represivas.

Los regímenes electos no han creado condiciones para el avance democrático; por el contrario, han anidado la división entre el Estado burgués autoritario y la sociedad civil, creando condiciones propicias para el retorno de los regímenes no electos siempre y cuando el descontento popular rebasa las fronteras marcadas por el Estado. La política de Estados Unidos en favor de la cohabitación de gobiernos electos y Estados autoritarios se mantiene porque facilita la aprobación por el Congreso de las partidas necesarias para financiar los clientes del Imperio. El desafío para la izquierda latinoamericana es el de redefinir el terreno de la democracia. Esto requiere una concepción más amplia, que vaya más allá de la competencia electoral para el cambio de régimen y enfoque la democratización como la transformación del Estado y la reestructuración del modelo económico basado en el dominio del capital transnacional.

Los socialistas latinoamericanos pueden aprender de los movimientos antiestalinistas de Europa Oriental pero también tienen algo que enseñarles. Pueden aprender que el colectivismo burocrático y el Estado policial sofocan las iniciativas populares y traban el desarrollo de las fuerzas productivas. También pueden aprender que las transformaciones de fondo demandan ir más allá del derrocamiento de los regímenes represores y hacer cambios en los aparatos estatales y en las relaciones con las antiguas potencias hegemónicas. (Es interesante contrastar cómo las democracias occidentales definen los procesos de democratización en Europa Oriental y en América Latina; en el primer caso, favorecen la reforma total del Estado, en el otro, el cambio limitado de régimen). Por otra parte, los europeos orientales y los antiestalinistas podrían aprender de la experiencia latinoamericana que la aplicación del modelo librecambista trae consigo graves problemas socioeconómicos: desempleo, desigualdades masivas, endeudamiento, dependencia y represión.

Conclusión

Las dos crisis, la del estalinismo en Europa Oriental y la del capitalismo en América Latina, forman parte de la reestructuración de la economía mun-

dial. De las dos cabe deducir que los movimientos por la democracia y la dirección social de la economía son respuestas socialistas pertinentes. Los propagandistas occidentales que afirman la existencia de una relación entre democracia y mercado libre son, obviamente, analfabetos económicos cuando se trata de interpretar la experiencia latinoamericana. Las estructuras y las políticas de mercado libre aplicadas por las élites han sido el agente disolvente de las instituciones y prácticas democráticas de la sociedad latinoamericana, han facilitado la evasión de capitales y han destruido la estabilidad social de los trabajadores. Hoy en día, el socialismo debe ser, ante todo, auténticamente conservador: debe conservar o restaurar los mercados nacionales, reconstruir las empresas públicas, estabilizar los ingresos familiares, defender los valores tradicionales de la clase trabajadora contra el extremismo libre-cambista. Los regímenes socialistas no pueden acceder a los mercados mundiales por medio de la actual configuración de empresas transnacionales privadas o estatales, ni operar a través de sus circuitos. Será preciso reordenar la economía de exportación y desplazar a sus protagonistas, fortalecer el mercado y las fuerzas y clases productivas nacionales. El cambio de régimen debe ir acompañado por la transformación del Estado. Siempre que existan regímenes y Estados basados en intereses sociales incompatibles, primero habrá un impasse político y luego vendrá el derrocamiento del régimen por el Estado. Lo más probable será que, para evitar esto, el régimen sacrifique su base social a fin de buscar un acomodo con el Estado.

Los regímenes socialistas tienen que evitar la competencia electoral con una oposición apoyada por el imperio en el terreno político delimitado por sus enemigos. No tienen que dejarse atrapar por la "maniobra de pinzas" de la presión militar y económica desde afuera y el ataque político desde adentro. Para los regímenes socialistas, las elecciones deben ser el producto de la paz y la reconstrucción económica en lugar de condiciones para alcanzar esos fines. Los interlocutores electorales de un régimen socialista democrático deberían incluir únicamente a las fuerzas políticas que acepten los principios básicos de la soberanía nacional y rechazar a los partidos que sean el brazo político de las fuerzas mercenarias pagadas por el imperio. Estas son reflexiones políticas derivadas de la experiencia electoral sandinista.

La declinación del poderío económico de Estados Unidos y la difusión de su influencia ideológica en América Latina obliga a los socialistas a profundizar la lucha cultural e intelectual. Podrían concentrarse en la incapacidad económica de Washington para sostener a sus gobiernos clientes y hacer efectiva su visión de la buena vida.

Las recientes transformaciones históricas del mundo repercuten en América Latina a través de los cambios estructurales que están ocurriendo y de los renovados esfuerzos de Estados Unidos para reafirmar su hegemonía. Los socialistas latinoamericanos deberían, en primer término, desenmascarar y enfrentar la estrategia militar-electoral basada en las nuevas fuerzas transnacionales surgidas durante los últimos veinte años. Para sacudir el dominio imperial habrá que desplazar el aparato de poder transnacional latinoamericano—capital, Estado, inteligentsia— a través del cual se ejerce la hegemonía. Los socialistas tendrán que reconstruir desde abajo el espacio político-económico propio de América Latina a fin de afrontar con éxito las transformaciones que están ocurriendo en la economía mundial: las crecientes rivalidades intercapitalistas y la ascendencia de la hegemonía económica (Japón y Alemania) sobre el imperialismo militar-ideológico (Estados Unidos).

Las tareas y oportunidades que tienen ante sí los socialistas latinoamericanos son formidables: las crisis económicas del capitalismo son a la vez una fortaleza y una debilidad. Siembran el descontento entre las masas y privan de recursos a la economía. Fuera de la izquierda democrática, sin embargo, no existen otras fuerzas políticas que sean capaces de atender las necesidades básicas del pueblo, reconstruir la estabilidad de la economía familiar, reorganizar la economía nacional y transformar las relaciones sociales de producción. Es esta combinación de mirar hacia adentro y abajo a fin de volverse hacia afuera y arriba lo que define en parte el proyecto socialista. La conservación o reconstrucción de la solidaridad y estabilidad en el trabajo, la familia y la comunidad del pueblo trabajador en un contexto de transformación básica del poder social define al socialismo contemporáneo en América Latina como profundamente conservador y, al mismo tiempo, radicalmente transformador. Contra los estragos del mercado libre irrestricto, conservará la solidaridad económica de los trabajadores y las unidades familiares. Al construir un nuevo Estado y un nuevo régimen político arraigado en las tradiciones y prácticas de los movimientos sociales desarrollará programas socialistas y democráticos.

Los históricos cambios mundiales y las transformaciones de la sociedad latinoamericana afectan de modo contradictorio a la izquierda socialista de la región. Algunos de esos cambios fortalecen a los enemigos del socialismo y otros abren oportunidades para el progreso. El que las oportunidades ofrecidas por esas transformaciones pueda constituirse en una ventaja y realce la presencia y la autonomía de la izquierda dependerá de la capacidad creativa de ésta para elaborar estrategias y programas que vinculen sus luchas con los florecientes movimientos populares.

EN DEFENSA DEL SOCIALISMO

Alberto J. Pla

1. Al filo del Centenario de Marx.

Hace poco, en 1983, se cumplía el Centenario de Marx. Centenario de su muerte que fue conmemorado en casi todo el mundo. Hubo conferencias, congresos, jornadas y en algunos casos actividades múltiples que en realidad abarcaron algo más que el año del Centenario. Su resultado quedó simbolizado en diversas publicaciones que recogieron parte de los debates que tuvieron lugar.¹

En todas esas jornadas hubo, aparte de los consabidos elogios y críticas convencionales, una intención prolífica de discutir los aportes de Marx a la luz de un siglo de historia. En esos momentos se estaba gestando en la Unión Soviética un proceso que culminó casi enseguida con lo que conocemos como Perestroika y Glasnost. Son dos cosas distintas pero que de alguna manera marcan la época que estamos transitando: el ejercicio de la crítica para la recuperación de un auténtico Marx y el agotamiento del modelo estalinista autoritario, dando paso a la reflexión por un socialismo auténtico, democrático y participativo.

Y allí adquiere nueva actualidad algo escrito por Rosa Luxemburgo: "Lejos de ser una serie de prescripciones totalmente acabadas, que sólo bastaría con aplicarlas, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico, es algo que entra en las nieblas del futuro. Lo que poseemos en nuestro programa son solo algunos grandes postes indicadores que señalan la dirección en la que las medidas a tomar deben ser buscadas".

Y sigue: "Esto no es un defecto sino por el contrario, la ventaja del socialismo científico sobre el socialismo utópico; el sistema social socialista sólo puede y debe ser un producto histórico, nacido de la escuela misma de la experiencia, en el momento de las realizaciones, de la marcha de la historia viva"²

Hoy vivimos una época semejante a la de los años alrededor de 1918: todo se replantea. La revolución rusa significó la crisis de la socialdemocracia ya que no hay que olvidar que Lenin y los bolcheviques rusos eran socialdemócratas y como tales tomaron el poder en 1917. Es obvio que los bolcheviques eran sólo un sector de la socialdemocracia, pero fue después de tomar el poder que se diferenciaron y cambiaron su nombre.

Pero 1918 no fue solamente la crisis de la socialdemocracia, sino que la guerra mundial mostró los límites de funcionamiento del sistema internacional del capital monopólico, el imperialismo. Hoy también se vive una realidad capitalista nueva, donde la internacionalización del capital muestra el agotamiento del modelo imperialista mismo. Los conflictos del capital, con la revolución tecnológica producida en las últimas décadas (robótica, informática, etc.) son ahora distintos a los de la época clásica imperialista. Y así como "economía de mercado" significaba una cosa hacia 1918 y otra distinta en la actualidad -precisamente por la transnacionalización del capital- "comunismo" significa algo distinto en 1918 de lo que es ahora.

En 1918 "comunismo" era asumido como "revolución socialista". Hoy "comunismo" es asimilado al totalitarismo estalinista. Entonces, así como Lenin se desembarazó de rótulos como el de socialdemocracia, hoy cuando para quienes surgen del terror estalinista comunismo es sinónimo de totalitarismo- es necesario desembarazarse de la palabra comunismo. Por otra parte lo mismo hizo Marx, cuando al Manifiesto de 1848 lo llamó comunista para dejar de lado la palabra socialismo, que por su época identificaba a los utopistas, de quienes quería diferenciarse. Por el contrario la misma palabra "socialismo" hoy adquiere de nuevo su significación original pero con la aclaración de que se trata de un socialismo democrático, participativo y de base autogestionaria.

Entonces, es necesaria una actitud política coherente con la recuperación de Marx, por la que lucharon muchos marxistas no-estalinistas en estas décadas de dominio de Stalin, pero que aparecían como marginales y por supuesto no sólo acérrimamente combatidos por el estalinismo y sus aparatos, sino también por todo el sistema del capital y sus aparatos de coherción y dominación ideológica.

Retomar la interpretación de Rosa Luxemburgo, luego del Centenario de Marx y limpiar el camino a la luz de la experiencia histórica se convierte ya no en una tarea de “disidentes”, sino en una obligación perentoria y cada vez más amplia. Podemos salir de las catacumbas y proclamar la vigencia del Marx crítico, reflexivo y socialista, que reivindica un mundo sin explotación humana y en donde los actores sean los beneficiarios de su actividad creadora.

El uso de la terminología no es un ejercicio inocente y la intencionalidad subyacente hace que debemos ser precisos, y más aún, celosos de las formas de expresión, ya que éste no es un problema semántico, sino político.

Hoy, al capitalismo salvaje lo llaman “modernización”, lo mismo que llaman “izquierda radical” en el Este europeo y la URSS, a quienes quieren restaurar el capitalismo, en pleno.

De la misma manera que a Lenin y a Trotsky se los calificaba como el sector de derecha de la Internacional Comunista cuando en los años veinte proponían la política de Frente Unico, las terminologías las publicitan quienes dominan los aparatos y hoy más que nunca quienes controlan los medios de comunicación masiva.

Ni Lenin era “derechista” al proponer el Frente Unico, ni es una modernización el capitalismo del capital transnacional, ni es izquierdista una política pro-capitalista en la URSS, aún cuando la designan con el eufemismo de “economía de mercado”.

Para quienes se olvidan de la historia real, sustituyéndola por el manipuleo de las palabras, habría que recordarles que lean *La revolución traicionada* de Trotsky, para entender lo que pasa en la URSS y lo que ha sido y es la burocracia soviética, siendo un libro escrito en 1936. Habría que volver a proclamar otra vez lo que ya hemos dicho infinidad de veces: que la regeneración del proyecto socialista hace mucho que sabemos que pasa por el estallido del estalinismo y todo su sistema burocrático y totalitario.

No obstante, ahora que el estalinismo se rompe en mil pedazos, cuando se destapa la podredumbre burocrática que siempre hemos denunciado, su estallido hace inevitable que los fragmentos podridos alcancen todos los rincones de la tierra. Es el precio a pagar por lo prolongado y extendido del sistema y su monopolio de lo que significó el comunismo en este siglo. Nos alcanza, a pesar de estar preparados para enfrentarlo, y mucho más alcanza al conjunto de la sociedad. La maniobra actual es simple: se identifica a socialismo con estalinismo y se concluye que se acabó el socialismo, cuando lo que ha sido liquidado es el estalinismo. Si por nuestra parte, hemos calificado a

la perestroika como una revolución de nuestro tiempo, se debe a que la visualizamos como el acta de defunción del estalinismo, aún cuando no se trata de verdad ni de lejos de la revolución política necesaria en la URSS.

2. La transición.

El problema de la transición del capitalismo al socialismo está indisolublemente ligado al del poder y el estado. Y no es casual que Stalin y el estalinismo desecharan la problemática de la transición, calificándola de falso problema. En este sentido, y ante la apelación de los clásicos se impone señalar que ni Marx ni Engels conocieron otra experiencia revolucionaria que pudiera compararse con la Revolución Francesa. Los movimientos revolucionarios del '48 en Europa, al igual que otro tipo de movilizaciones y reivindicaciones sociales, nunca llegaron a adquirir la profundidad de la revolución de 1789. En la época en que Marx escribió sus textos más importantes esta era la situación y luego vendrá la Comuna de París. De tal manera que el patrón revolucionario y de ejercicio del poder del cual partían, era el modelo jacobino.

El estado centralizado en Marx, necesario incluso como dictadura del proletariado, era el modelo jacobino traspuesto a la revolución socialista y ahora en manos de la clase obrera. Esto en realidad fue una reacción contra los socialistas utópicos y los anarquistas que menospreciaban la importancia del papel del estado luego de la revolución o directamente la ignoraban. Pero como ese modelo no se puede poner en práctica después de la revolución rusa, los bolcheviques terminaron por estereotiparlo. Lenin fue el más consciente de los peligros que significaba semejante modelo (lo que aparece claramente en sus vacilaciones en *"El estado y la revolución"*, con todas las aco-taciones que se formulan para intentar garantizar la democracia, a pesar de la centralización), llegado el momento de ejercer el poder cree, que estando ellos en su ejercicio, podrán garantizar a esa democracia. Para algo se trata de revolucionarios sin intereses personales ni egoístas, que se han jugado la vida por una idea, por un ideal. En estas condiciones, Trotsky, que después será víctima de ese mismo estado escribió un texto para justificar el terrorismo de clase contra la burguesía, su *"Terrorismo y Comunismo"* contra Kautsky. Stalin, por su parte, le dará un giro al asunto y aplicará ese terror contra la clase obrera, para afianzar el poder de la burocracia a la que va a darle su propio nombre. Nació así el modelo estalinista, como transfiguración de un modelo jacobino que se convirtió en su contrario; que se intentó aplicar

en un sentido y terminó haciendo de sus supuestos beneficiarios, las más dolorosas víctimas.

Lenin, que elaboró el modelo creía, según lo manifiesta en *"El estado y la Revolución"* que la esencia de la democracia proletaria, frente al parlamentarismo burgués que se merecía todo tipo de críticas, se garantizaba con : 1) la abolición de los privilegios burocráticos; 2) la fusión de las funciones ejecutivas y legislativas en un solo cuerpo (el soviét); 3) la revocación de los mandatos de los diputados al soviét en cualquier momento, por parte de sus representados; y 4) la sustitución del ejército permanente por la milicia popular (el pueblo armado) esta fórmula resumía el Poder Soviético. La historia ha mostrado claramente que ninguna de estas cuatro condiciones funcionaron en el sistema soviético en ningún momento. Quizá lo referido a los dos primeros puntos fue lo que más se intentó durante los primeros años del "comunismo de guerra", pero luego se puede afirmar que ninguna de las cuatro condiciones de Lenin para garantizar la democracia proletaria se pudieron hacer realidad, y al fracasar en su implementación se fueron convirtiendo en su contrario, dialécticamente expresado.

Es evidente que se podría argumentar extensamente en cuanto a por qué no se pudieron implementar, cuáles son las razones que explican que habiendo sido asumidas como esenciales, no pudieron hacerse realidad. Pero lo cierto es que allí fracasó Lenin y poco después Trotsky, que trataron de avanzar en esas líneas de acción. Es decir, que los soviets nunca funcionaron como fueran previstos en el modelo leninista, al margen de la discusión que suscita el modelo mismo. El jacobinismo proletario se convirtió enseguida en los epígonos, en el terrorismo de estado contra la clase obrera. El famoso Thermidor Soviético.

Sostiene Michel Raptis que la acción revolucionaria lleva inevitablemente a métodos de acción política conocidos como "terror jacobino". Y ello es inevitable -afirma- porque es necesario, porque ninguna clase dominante renuncia a sus privilegios o se suicida. Pero las direcciones obreras y socialistas, sigue diciendo Raptis, las "vanguardias" o como se las quiera designar, deben aceptar, deben seguir, deben respetar la voluntad de las masas expresadas democráticamente, aunque no se esté de acuerdo con ellas.

Suprimir bajo cualquier pretexto, el respeto a la decisión democrática de las masas lleva al desplazamiento del poder revolucionario hacia el poder de una burocracia, que se sitúa por encima de la voluntad de esas masas, (sus supuestos representados) y se convierte en la negación misma de toda actitud política socialista³

Argumenta también Raptis que la revolución francesa necesitó un siglo para decantarse y la revolución rusa puede también necesitar un siglo para hacerlo.

Así, cada una dentro de sus objetivos específicos, cumplen un ciclo necesario, pasando la prueba de la historia de la que hablaba Rosa Luxemburgo. Es obvio que podrían haberse evitado muchos dolores -lo mismo con la revolución francesa- pero, la historia no es voluntarismo, sino un proceso social condicionado de manera múltiple.

El sistema más democrático no es el sistema electoral de estilo parlamentarista, conocido como democracia "formal" sino la democracia "directa" que no sólo actúa desde la base sino que es no-delegable. La democracia tipifica a un régimen político y no a un tipo de sociedad. En otro lugar hemos escrito que "La democracia socialista no se limita a la libertad electoral, al pluralismo partidista, a la libertad de opinión y manifestación propias de la democracia burguesa, sino que se ejerce también sobre el trabajo, la riqueza, la economía y sobre la forma de gobierno".⁴

La idea clave de la "transición" fue abandonada por Stalin y sus seguidores en beneficio de la concepción de la posibilidad de construir el "socialismo en un solo país". Y este abandono es un punto determinante, pues se da por hecho lo que debe ser conquistado, lo que se debe conseguir. El automatismo de construir el socialismo en forma aislada, llevó a esa deformación monstruosa que fue la creación de estos "socialismos reales" o realmente existentes, que estereotiparon el modelo estalinista de dictadura burocrática haciéndola pasar por socialismo ya adquirido.

La base de la transición en la sociedad se basa en el proceso histórico de socialización o de colectivización, por medio de la aplicación de la democracia directa. No hay otro camino, aunque éste sea lento, y el mismo se asienta en la universalización de lo particular, y no en la individualización de la personalidad humana. El individuo se enriquece en lo colectivo, y no por la vía unilineal individualista. La sociedad lo enriquece y dialécticamente ese enriquecimiento individual por la colectivización de su ser total, enriquecerá a su vez al individuo, sin diluirlo en lo universal.

Marx no escribió sobre la transición al socialismo, sino como mención, ya que en su época este planteo era solo teoría. Cuando se produjo la Comuna de París pensó que por ahí se estaba dando una experiencia esencial de ejercicio directo del poder, pero aún así sus consideraciones son de tipo general, ampliadas en su "*Crítica al Programa de Gotha*"

Algunos autores estalinistas intentaron utilizar la idea de "transición", pero su mecanicismo antidialéctico anuló lo que de positivo pudieron haber aportado. Y como ejemplo lo mejor es tomar a Althusser que plantea la necesidad de una "teoría de la transición". Esto es afín con su ya conocida desviación teoricista, como si "teorizar" fuera la solución mágica; pero lo más nocivo de su formulación es que esa supuesta teoría de la transición, en su planteo, anula la transición misma en beneficio de "saltos y rupturas" de forma mesiánica.

La palabra sugiere fuertemente la idea de un corte violento: por ejemplo, la revolución rusa es una ruptura con respecto al régimen zarista. La conclusión althusseriana y de su escuela es inmediata: el nuevo estado es socialista. El mecanicismo del planteo anuló la capacidad crítica y la transición, de hecho, desaparece.

En la URSS no solamente no existió nunca "el socialismo" por más que ideológicamente pueda haber sido postulado, sino que confundir el acto revolucionario de la toma del poder con el proceso de un largo contenido histórico que sólo una transición estructural puede plantear, es típico de un análisis no sólo antimarxista por antidialéctico, sino típico también del modo de pensar y asumir los problemas por parte del estalinismo. La versión althusseriana es la versión inteligente de justificación de Stalin y de sus etapas mecánicas y formales en la concepción de la historia.

Lenin afirmaba cuando los bolcheviques ya estaban en el poder: "... el socialismo existirá cuando no haya clases, cuando todos los medios de producción se encuentren en manos de los trabajadores... en nuestro país quedan todavía clases, su supresión requerirá largos años y quién prometa hacerlo a corto plazo es un charlatán". Hoy lo que ha entrado en crisis irreversible es la charlatanería estalinista de muchos años. Y entonces, las convulsiones de la transición al socialismo adquieren una nueva dimensión, enmascarada en una nueva coyuntura mundial.

3. La N.E.P.

Para discutir hoy los problemas de la transición es imprescindible partir de la experiencia histórica, aparte de las consideraciones ideológicas o teóricas. Y en este sentido, la historia de la Unión Soviética es la que permite avanzar más en el estudio crítico, no sólo por lo prolongado de la experiencia soviética, sino por la condición de referencia fundante que se le asignó durante mucho tiempo.

Cuando en Rusia se pasó de la fase del "comunismo de guerra" a la fase de la Nueva Política Económica (NEP), o después incluso con las distintas políticas que se aplicaron cuando se fomentó el enriquecimiento de los Kulaks, o cuando dando un viraje total se pasó burocrática y autoritariamente a la llamada "colectivización forzosa", lo que en realidad se hacía era buscar el camino de la transición. Aún Stalin y la burocracia lo buscaban, y la crítica a sus métodos no debe ocultar ni engañar en cuanto a que ninguno de ellos buscaba concientemente un retorno al capitalismo. De la misma manera que ahora no lo busca Gorbachov.

Entonces surge como un elemento central de la discusión, que tiene hoy una vigencia primordial, la cuestión de la NEP. Si consideramos que ésta era un retroceso o una retirada ordenada, es obvio que no se la consideró (en 1921/22) como el camino al socialismo. O sea no era la ansiada "transición" sino por el contrario, era un rodeo necesario, e impuesto, producto de las circunstancias. Aquí se trata de no hacer de la necesidad, virtud.

La NEP, en realidad, desaparecido Lenin en 1924, se convirtió en la puerta abierta para dos posibles alternativas: 1) la vuelta al capitalismo (el paso atrás necesario se convierte en irreversible) o 2) el totalitarismo de estado (al cual se negó Trotsky cuando tomó conciencia del proceso de degeneración burocrática en curso). Y si se estuvo cerca de la alternativa primera durante el período de "kulaks enriquecidos", (1926/28) se impuso al final la segunda alternativa con la "colectivización forzosa" de principios de los años '30. Después del fracaso de la anterior política stalinista-bujarinista, que dió paso directamente a la consolidación del equipo de Stalin, simbolizando el triunfo de la mediocridad y expresión de la crisis generalizada que recorría a las tendencias socialistas revolucionarias en todo el mundo.

Burocráticamente se encontró una alternativa "forzada" para un supuesto socialismo que lo que produjo fue la consolidación del estado burocrático totalitario, única manera de imponer aquella colectivización y enseguida también la industrialización, a marcha reforzada, a costa de toda la sociedad.

Para explicar la NEP en 1921, Lenin la califica de "retirada", de "retroceso", de "repliegue". Porque si antes se pensó (en la etapa del comunismo de guerra) que la economía podía basarse directamente en el intercambio de mercancías, en la nacionalización total de la tierra, en la abolición del sistema de salario, etc., ahora se plantea ese repliegue como una necesidad, sin embellecerlo con teorizaciones absurdas como si tal retroceso fuese un avance superador. En 1925 los kulaks (entre el 3% y el 4% de la población) tenían el 50% de las tierras sembradas y el 60% de la maquinaria, abasteciendo ellos a las dos terceras partes del mercado soviético. Al mismo

tiempo se desarrollaba la acumulación privada en las ciudades, y el capital privado dominaba el mercado interno. Esta era la tendencia de la aplicación estalinista -bujarinista del momento, o dicho de otro modo, la manera como ellos entienden a la NEP.

Trotsky había planteado la necesidad de un alto a la fase de "comunismo de guerra" ya antes que Lenin, y en 1921 esto es asumido por Lenin y claramente formulado. Pero desde 1922 la tendencia que impone la NEP se realimenta en la dirección que estamos señalando, y en 1925 el registro nos muestra el peligroso nivel de "retroceso" a que se había llegado. Stalin no controló a la NEP que se "desbocó" y el libre juego del mercado llevó al sistema a los umbrales de la restauración capitalista.

Ante este peligro, Stalin y la burocracia de estado, que ya están consolidando sus propios intereses, al mismo tiempo que liquidan a toda la oposición con la represión generalizada, reaccionan de la misma manera burocrática y entonces el giro total lleva a la fase de la "colectivización forzosa". No es un dato de poca importancia recordar que ya en 1929 se prohibió a los sindicatos que intervinieran en los problemas de la dirección de las empresas.

Se acabó drásticamente la NEP, pero este curso forzoso sólo consolidó la dictadura y el totalitarismo de estado, ya que tampoco fue una solución económica. Basta decir que habrá que esperar hasta los años cincuenta para que el campo soviético produzca a los niveles de 1928, y lo mismo en cuanto a la cantidad de ganado y otros productos.

No obstante hay transformaciones importantes: en la década del treinta más de 30 millones de campesinos emigraron a las ciudades y la URSS pasó a ser un país básicamente de población urbana, la misma saltó de 26 millones en 1926 a 125 millones en 1968.

En lo que se refiere a la industria, se generó entonces la polémica en lo que se refiere al "esfuerzo máximo", con lo que Stalin y la burocracia pensaron que solucionaban el "atraso", y el criterio del llamado "esfuerzo óptimo" que defendieron Trotsky y la Oposición de Izquierda, explicando el fenómeno de las "tijeras" y la necesidad de armonizar la producción en los rubros agropecuarios e industrial, para contemplar metas de crecimiento al mismo tiempo que necesidad de consumo y de calidad de vida de la población soviética. Este punto fue esencial en la disputa entre estalinistas y trotskistas, lo mismo que desde 1924 lo era la contraposición entre la concepción del "socialismo en un solo país" o el de la "revolución permanente".

Es de destacar que autores que han efectuado aportes importantes en otros temas, como Maurice Dobb, justificaron, aún en épocas recientes, la acumu-

lación por parte de los campesinos ricos en la URSS en 1928 como "base de una acumulación socialista". Paul Baran también al defender a la URSS, la identificó con el estalinismo y sostuvo que el "esfuerzo máximo" fue correcto", a pesar de la evidencia de sus nefastos resultados.

Creemos pertinente insistir en esta discusión ya que esta críticas al estalinismo no son recientes, sino que la polémica se desenvolvió por espacio de diez años en la URSS (1921-1930), hasta que allí quedó consolidado el triunfo de la burocracia y de Stalin y la eliminación de sus adversarios, ya que a la eliminación política le siguió la eliminación física con los Procesos de Moscú, especialmente entre 1934/38, lo que no es ajeno a la adopción del estalinismo totalitario como la teoría del estado soviético que hoy estalla y sus fragmentos golpean a toda la humanidad.

Con la implementación burocrática del Primer Plan Quinquenal se obtuvo el siguiente resultado: en 1928 había 3,1 millones de obreros y se preveían en el Plan 4,1 millones para cumplir sus metas. El resultado del "esfuerzo máximo" no puede ser más ilustrativo: se necesitaron 6,7 millones de obreros y no se alcanzó la meta. O sea que la productividad per cápita fue de alrededor de un 50% más baja de lo previsto.

Y si la historia probó lo incorrecto de la concepción del "esfuerzo máximo", que llevó a un fracaso completo en el desarrollo industrial de la URSS, aún no se ha encontrado la fórmula del "esfuerzo óptimo" ya que la misma sólo puede experimentarse en su aplicación concreta.

El "esfuerzo óptimo" es una fórmula de carácter algebraico que debe ajustarse constantemente en función de los cambios en las variables, que hacen a la armonización de la producción en los distintos sectores. En la actualidad esta concepción implica encontrar, durante la transición, la adecuada relación entre planificación y mercado, garantizando, como mínimo, un nivel de vida aceptable para la población.

4. La burocracia soviética: Mercado y Plan.

La burocracia obtiene sus privilegios del acaparamiento de los valores de uso acumulados por el estado, pues la planificación genera una plusvalía centralmente acumulada que no se reinvierte en capital de manera total, sino que una parte de esos valores acumulados, son extraídos como "beneficios" por la casta dirigente.

En la transición como camino necesario en dirección al socialismo, la tasa de crecimiento óptimo se deduce de combinar y armonizar la necesidad de crecimiento económico, con un aumento (aunque sea a ritmo lento, pero

aumento al fin) de la calidad de vida colectiva de la sociedad.

Del producto total interno se derivan: 1) el consumo de los productores; 2) el consumo improductivo; 3) el fondo de inversión. Este es la reinversión de Capital para el crecimiento. El consumo improductivo es en esta sociedad el gasto de lujo, lo que acaparan los burócratas y el enriquecimiento personal de esa burocracia (generalmente traducido en todo tipo de privilegios y en los servicios a los que puede acceder) en lo que el consumo de los productores es el nivel de vida (calidad de vida) de la gran masa de trabajadores.

Las "soluciones" que se intentaron en el curso de la historia de la URSS abarcan mucho más que las primeras que ya mencionamos del "comunismo de guerra" y de la NEP y su degeneración en las oscilaciones de "campesinos enriquecidos" y luego "colectivización forzosa" de comienzos de los años 30. En fecha mucho más reciente y defendiendo otra vez principios pro-capitalistas para la URSS, decía Liberman en 1966: "La productividad soviética, asfixiada por una planificación lenta, paquidérmica, y sobre todo antieconómica, va a ser desplazada gradualmente por una relativa descentralización. En cierta medida, las empresas van a gozar de relativa autonomía. Y también, en cierta medida, se acepta el también concepto revolucionario de la competencia"⁶. Y Liberman intentó implementar concientemente un modelo que significaba un giro profundo, en ese entonces ya concientemente orientado hacia una vuelta al capitalismo y a las leyes del mercado en la URSS. La burocracia, afectada en sus privilegios por tal intento de cambio, terminó por reaccionar y se defendió como tal, terminando por liquidar la experiencia Liberman. En realidad toda la época de Kossighin está saturada de intentos "reformistas" de este calibre, a lo cual hay que agregar el otro principio avanzado por Liberman: la racionalización de la mano de obra. Y si menciono el ejemplo de Liberman, es para mostrar que la Perestroika actual, no tiene nada de original como tal, sí en cuanto a implementación, especialmente de la manera en que lo entienden sus principales economistas Albakin y Aganbegian. Y tampoco es novedosa la reacción del aparato más conservador de la burocracia, a cuya cabeza figura Ligachov, aunque las relaciones de fuerza hayan cambiado y junto con la época distinta, hay que tener en cuenta los matices ideológicos. Asimismo es pertinente señalar que varias tendencias desprendidas de la URSS en diversos momentos (y en primer lugar la tradición de Trotsky y los trostkistas) criticaron estos argumentos en su momento, en su época, fuera en 1928 o en 1966, y por ello lo novedoso del gorbachovismo es la amplitud que adquiere en la propia URSS y el estallido histórico del estalinismo. Esta es la maduración de la

historia, como diría Rosa Luxemburgo, que en la actualidad afecta al mundo entero, ya que no es solamente en la URSS que impacta esta situación, sino también en el mundo occidental.

Si Preobrazhenski sostenía tempranamente, al considerar a la NEP, que el Plan y el Mercado son antagónicos y no meramente elementos opuestos, también afirmaba que es necesario tener en cuenta que el capitalismo de los monopolios lleva a implementar un cierto plan. Allí los factores “planificados” están puestos al servicio de una “lucha más eficaz en el mercado” — sostenía— y es éste el que determina los elementos de la planificación. La historia ha mostrado ya lo acertado del planteo, especialmente visible hoy con la transnacionalización del capital.

A su vez el Plan, en una economía que se colectiviza, puede utilizar al mercado, pero a condición de que las prioridades se inviertan. Si esto pretendió la NEP en su momento, la burocracia estalinista lo bastardeó, y terminó en la caricatura de colectivismo que ahora salta en mil pedazos. Y nuevamente es pertinente destacar que Trotsky, hasta su asesinato en agosto de 1940, defendió la necesidad de una NEP en la URSS durante la transición.

Cuando en los años sesenta el proyecto Liberman de mercado y privatizaciones se hizo política oficial del Estado, Leontief afirmaba en la Pravda que “la ley del valor y el plan no son antípodas, sino aliados”, con lo que al aceptar la vigencia de la ley del valor (que obviamente existía en la economía soviética) se lo hacía presentándola como una conquista del socialismo al armonizar Plan-Mercado, negando el antagonismo entre ambos, en mérito a una apelación a la crisis de su época. Y también afirmaba que “el cálculo económico exacto presupone la ley del valor”, con lo que a la plusvalía se le daba carta de ciudadanía socialista.

Aquí se trata de distinguir entre el “beneficio” que deja el mercado y que siempre existió en la URSS, y el hecho de asumirlo como deseable y utilizar la ley del valor para el cálculo económico. Y si bien esto puede ser coherente en una economía de transición donde persiste el mercado y hay elementos de planificación social, lo que no es coherente, desde el punto de vista socialista, es querer basar ese cálculo en lo que todos ellos (Liberman, Leontief, Oskar Lange, etc.) llamaban la “rentabilidad de cada empresa”, ya que el problema no es de “cada” empresa, sino de la economía global. Caso contrario prima el criterio de beneficio, frente al de necesidad social.

Y el objetivo de estos “reformistas” de los años sesenta, cuando a Liberman se lo mencionaba como el “zar de la economía soviética”, era introducir con el Mercado este criterio de rentabilidad por empresa, con lo que las medidas

que se empezaron a aplicar lo único que consiguieron fue agudizar las diferencias salariales y la desigualdad social, sin perspectivas de poder armonizar mercado y plan, ya que el énfasis fue puesto en el mercado, como tabla de salvación de un sector de la burocracia.

Aún así es interesante constatar que Leontief al igual que Oskar Lange y otros ideólogos de esta corriente incurrieran en una contradicción no asumida: por un lado aceptaban la vigencia de la teoría del valor en la URSS (salarios, capital, beneficios, etc.) pero por el otro la calificaban como de socialista. Si teóricamente esto es una aberración, con el poder en la mano se comenzaron a introducir medidas típicamente capitalistas, aunque esta aventura duró poco, ya que el resto de la propia burocracia sintió que peligraban sus beneficios y terminó con la misma.

Lo que en realidad sucede es que en el período trasicional, siguen vigentes las categorías de la teoría del valor (valor, plusvalía, beneficios, salarios, etc.) pero es el Plan el que las regula y privilegia a las variables. Cuando los trabajadores son los que participan en la ponderación de las variables, se garantiza una decisión más acotada a los intereses comunes de la calidad de vida. Cuando lo hace la burocracia jerarquiza antes que nada sus propios privilegios. No es de extrañar entonces, que Liberman atacara a la planificación pero no a la burocracia, en cuyo nombre actuaba, o por lo menos, en nombre de una fracción de la misma.

Por otra parte, la controversia entre poner énfasis en el Plan o en el Mercado, se corresponde con la actitud de priorizar el Trabajo o el Capital. Así como el "socialismo real" estalinista no tiene nada de socialista, de la misma manera "la democracia realmente existente" en el mundo occidental está alejada del ideal de democracia que se pueda plantear a nivel teórico. La discusión se ideologiza, pero la base de sus contenidos permanecen.

Y conviene volver un poco a Marx. Afirmaba éste que: "la implantación de una economía colectiva se basa en el desarrollo de la maquinaria, de la utilización de los recursos naturales y de muchas otras fuerzas productivas... En ausencia de tales condiciones la economía colectiva no constituirá por sí misma una fuerza productiva, pues carecerá de todo fundamento material y se apoyará en simples bases teóricas. Es decir, no representaría sino un capricho parecido al de "la administración de un monasterio".

Una de las grandes carencias de la URSS fue la mano de obra, que era descalificada y heredada del zarismo. El crecimiento urbano, al que nos hemos referido antes, se acompañó de hecho, con una calificación del trabajo. Incluso K.S. Karol sostiene que los obreros en la URSS, no sólo la

mayoría de la Población Económicamente Activa (PEA) sino que "tienen un nivel de instrucción muy superior a sus homólogos de occidente"⁷, aunque algunos autores soviéticos son más críticos sobre este tema debido al aislamiento de la URSS y el peso del aparato administrativo.

Entonces, si bien el atraso tecnológico de la URSS comparado con Occidente es notable considerado globalmente, ya no se trata de la situación de 1928 cuando se implantó el primer plan quinquenal, y ahora es determinante del estancamiento el peso de la burocracia, ya que no es achacable al atraso de la mano de obra. Los autores estalinistas siempre bloquearon el estudio crítico de este período y por ejemplo Maurice Dobb sostenía en 1953 que la "planificación soviética ha decidido centralmente todas las cuestiones...", confundiendo el "esfuerzo óptimo en la producción" con lo que llama el "esfuerzo óptimo del bienestar", y entonces rechaza que un plan deba formularse "desde el punto de vista de la maximización del bienestar", que no era lo que estaba planteado en la polémica. Confusión en Dobb que no es aséptica y que nos llevaría a la discusión filosófica sobre si existe un "óptimo" de bienestar, que se pueda decidir administrativamente.

La URSS mantiene una ocupación alta en la manufactura como parte de su política de que, a través del Plan, no exista desocupación. Legalmente aún existe "el derecho al trabajo" y el Plan lo garantiza. Lo que no se garantiza de esta forma, es la calidad y la mejor utilización de esa mano de obra. Por eso allí se esconde una ocupación que disfraza la desocupación y en términos generales se expresa en una baja productividad del trabajo. Pero en el sistema de "economía de mercado" donde la racionalización constante lleva a la desocupación como un factor de presencia permanente, el subsidio a los desocupados cubre parte de la injusticia social y mantiene la reserva de mano de obra disponible. Hoy en la URSS se discute eliminar aquel "derecho al trabajo", con lo que habrá entonces desocupación directa y el resultado será una situación aún peor de la actualmente existente. De todas maneras este ataque al derecho al trabajo aún no está resuelto y será un eje de conflictos a corto plazo donde se replanteará la cuestión del socialismo y el plan. Porque si ahora no se visualiza la diferencia entre una empresa estatal dentro de la planificación, y una privada en una economía de mercado, medidas como la comentada la pondrán al descubierto.

5. La Perestroika soviética.

Uno de los principales asesores y mentores de la "perestroika" en la URSS,

Abel Aganbeguian escribe: "El sentido de esta perestroika es pasar de los métodos administrativos a una gestión esencialmente económica. Desde esta óptica los eslabones esenciales de la producción -la empresa y la unión de empresas- deben tener completa autonomía contable y tener autogestión. Se impulsará así la democracia económica: los trabajadores se asocian a la administración, los dirigentes económicos son elegidos"⁸.

Y agrega: "Necesitamos pasar de una economía en donde los recursos están destinados al aparato, a una economía social, hecha para el hombre, que desarrolle prioritariamente toda industria de bienestar y que ponga el acento en los aspectos sociales".

La pregunta surge de inmediato: ¿es que se pretende conseguir tal objetivo con una reintroducción acelerada de normas capitalistas de funcionamiento de la economía? Lo que sucede es que a las manifestaciones e intenciones originales se las ha ido sustituyendo en un proceso acelerado de cambios en todos los niveles en la URSS, y paulatinamente el discurso que justifica la vuelta al capitalismo a través de la priorización del mercado, deja atrás las intenciones primeras. Los sectores llamados de izquierda radical están a la vanguardia de este cambio de orientación, con lo que la confusión de los rótulos se generaliza.

Las intenciones de Aganbeguian pueden aparecer inobjectables en 1988, cuando dice: "La *reforma radical* de la sociedad soviética y de la economía es la continuación de la Gran Revolución de Octubre. No sólo porque la perestroika en curso es una obra revolucionaria que tiene por objetivo mejorar la calidad de vida, sino porque busca la renovación y la transformación de nuestra sociedad de acuerdo a los principios socialistas consecuentes. Más aún, mostrará el triunfo del socialismo, y que las relaciones socialistas rigen sin duda en nuestra sociedad". Y enseguida agrega: "El socialismo es un sistema más perfecto que el capitalismo, pero debe pasar la prueba de su eficacia económica y social para revelar sus ventajas. Lenin decía que el socialismo debe asegurar una mejor productividad del trabajo en comparación a la del capitalismo. Y ahora no es este el caso."

¿En dónde quedó esta manifestación de objetivos, con las transformaciones en curso en la URSS y los partidarios de la perestroika? La misma ha revertido hasta convertirse en el modelo de recomposición *moderada* del capitalismo en la URSS, a pesar de lo que puedan opinar algunos de sus teóricos. El proceso marcha a contramano de lo manifestado por Aganbeguian.

Ya Peter Uhl, checoslovaco que fue liberado de prisión recién en noviembre de 1989 luego de casi 21 años de prisión, y que ha sido descripto como

el primer detenido político después de la Primavera de Praga y el último en ser liberado sostiene que en la URSS "no existen pruebas de que existan allí incluso fenómenos pre-revolucionarios", porque sin apoyo de masas el fracaso es ineludible, y afirma: "Estoy convencido que el sistema soviético no es posible reformarlo desde adentro. Este sistema excluye el pluralismo y la democracia"⁹. Es que el sentido de las reformas económicas en curso, la perestroika, tiene como objetivo la conservación de lo esencial del sistema, depurándolo de sus elementos más recalcitrantes y obsoletos.

Y aquí aparece la contradicción entre la perestroika y el glasnost. Bien dice Mandel que ambas "lejos de reforzarse mutuamente o ser elementos constitutivos de un proyecto único, se oponen cada vez más. La lógica del conflicto de intereses sociales llevará a los trabajadores a aferrarse a las posibilidades abiertas por el glasnost... Cuanto más se amplíen las libertades de expresión y de manifestación, más la acción obrera penetrará a través de las brechas abiertas en la fortaleza caduca de la dictadura"¹⁰. No en vano, Gorbachov se resistió hasta marzo de 1990 a aceptar el principio de la pluralidad de partidos, lo que no garantiza que este principio se aplique, ya que los cambios en las posiciones de la cúpula dirigente son imprevisibles, de la misma manera que es imprevisible -para nosotros- la cuota de razón que aparece en el planteo de la alternativa de un golpe de estado en la URSS, a manos de los militares, el aparato represivo (KGB) y el sector más sólidamente estalinista que no solamente está presente en los organismos dirigentes, sino que sigue siendo mayoría. Lo que sucede es que las votaciones favorables a Gorbachov reúnen un espectro de voluntades, ya que el temor a la crisis alimenta a todos los sectores presentes tanto en el Congreso del PCUS como en el Kremlin.

Dice Catherine Samary: "En ausencia de la democracia económica como *reguladora*, la introducción de mecanismos de mercado parciales, en un sistema burocratizado, lo único que hace es alimentar a una burocracia descentralizada y dividir a la clase obrera, incorporando al sistema todos los defectos habituales al mercado"¹¹.

Y Alla Nazimova, en la misma revista, identifica a tres grupos de "obres o clase obrera" en la URSS. Ellos son: a) tipo preindustrial (30%) en la construcción, agricultura y otras, cuyas modalidades siguen siendo las anteriores a 1917; b) tipo científico-industrial (15%); c) tipo tradicional (55%) obrero de fábrica metalúrgica, mecánica, minería, etc. Es el segundo grupo el que está interesado en la perestroika. Y constata que frente a la posibilidad de constituir cooperativas, en lugar de las formas actuales de funcionamien-

to, las dos terceras partes de los obreros las rechazan¹². No nos aclara el grado de conciencia y de toma de posición de esa mayoría de obreros que rechazan las cooperativas, pero la resistencia al cambio debe combinar otras cosas: por un lado *actitudes* conservadoras frente al cambio y por el otro la resistencia a abandonar la planificación, que por lo menos garantiza el trabajo, elemento esencial, frente a las “reformas” que se intentan implementar para “racionalizar” el trabajo y legislar sobre las huelgas.

6. El debate necesario.

El capitalismo actual está realimentado por las transformaciones tecnoproductivas y la crisis de recomposición de los años ochenta. A falta de una respuesta obrera y socialista alternativa, la crisis de recomposición del capital termina por darle nuevas fuerzas para cumplir otro ciclo y se recompone de esta forma una nueva rutina de funcionamiento y crecimiento del Capital, a la manera transnacionalizada.

Ninguna crisis económica por sí misma puede hacer alentar perspectivas socialistas espontáneas, por el contrario la crisis del estalinismo y su descomposición ayuda a darle un nuevo tiempo al Capital. No hay automatismo en la sociedad, y el marxismo o el socialismo no aceptó nunca una visión economicista basada en la fatalidad determinista. Sin construir las alternativas posibles, el socialismo sigue y seguirá siendo un proyecto, que debe cambiar en la misma medida que cambia el conjunto de la sociedad y especialmente con el cambio en el funcionamiento y la composición del capital. La URSS y el estalinismo imperante allí en este siglo, han desperdiciado una oportunidad histórica, pero así se ha dado el proceso de la transición del capitalismo al socialismo, y su crisis hace necesario hoy dos cosas: 1) asumir el contenido profundo de la crisis internacional generalizada; y 2) construir un nuevo proyecto en función de las nuevas condiciones.

Y decimos “proyecto nuevo” porque abrevando en las fuentes clásicas, la adecuación a la época actual del robot, la informática y el estallido de los diversos “comunismos” (sea en la URSS, China, etc.) se muestra como una realidad y no como simplemente una posibilidad teórica, el agudizarse la crisis del Capital.

Del fordismo a la robótica es pasar de la producción para un mercado de masas, a la producción para un mercado que se restringe inevitablemente, ya que la desocupación que provocan las nuevas tecnologías reduce el mercado. Las relaciones sociales de producción ya han entrado en conflicto estruc-

tural y mirar al futuro es prever, proyectar y actuar, para construir la alternativa socialista que se centre en el hombre y no en la acumulación de la ganancia.

Dice Almeyra: "El capitalismo ha vencido al estalinismo, enterrador de la revolución rusa y mundial, pero no ha vencido a sus propias contradicciones que son las que engendran a la revolución y la necesidad del socialismo. Y este es hoy el problema central, otra vez"¹³.

Ya la URSS no aparece como el enemigo principal para el imperialismo, que elogia a Gorbachov, y por eso mismo se agudizarán las contradicciones internas en el capitalismo de Occidente. Ya en lugar de la mirada dirigida a la URSS, aparecen más claramente las preocupaciones interiores al sistema y a la controversia intercapitalista (Estados Unidos y América; Europa; Japón, como los grandes bloques en formación), y a ello se une la crisis permanente del llamado "tercer mundo" al cual les resulta imposible integrar. El enemigo del capital transnacional ahora está aquí, dentro mismo del sistema y no en un estalinismo derrotado. Los conflictos de clase tenderán así a agudizarse, a pesar de las ilusiones neoconservadoras que hablan del fin de la historia.

Boris Kagarlitsky escribió en la URSS acertadamente: "¿Qué es el marxismo para nosotros, la izquierda soviética, cuando el siglo XX se termina? ¿Una teoría? ¿Una filosofía? Es eso y más. Ante todo es una visión del mundo y un modo de vida"¹⁴.

Rosario, julio de 1990.

BIBLIOGRAFIA

1. Mencionamos a título de ejemplo las siguientes recopilaciones de trabajos correspondientes a diversas Jornadas o Congresos: Bernard Chavance (ed.) *Marx en Perspective*, Ed. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 1983; Román Reyes (ed.) *Cien años después de Marx*, Akal, Madrid, 1986; René Gallisot (ed.), *Les aventures du marxisme*, Syros, Paris, 1984; Georges Labica (ed.), *1883-1983 l'Ouvre de Marx, un siècle après*, P.U.F., Paris, 1985; G. KBaratta, E. Giansotti y L. Piccioni, *Attualità di Marx?* Ed. Unicopli, Milano, 1986; *Etudes et Documentation Internationales* (ed.) *Marx, où pas? Réflexions sur un centenaire*, Paris, 1986; *Revista Actuel Marx*, *L'état du marxisme*, L'Harmattan, Paris, 1987.
2. Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa. La Rosa Blindada*, Bs. Aires, 1969.
3. Michel Raptis, "Revolución française, révolution russe: une comparaison". En *Revista Sous le drapeau du socialisme*, nº 112-113, Paris, nov-dic. 1989.
4. Alberto J. Pla, "Estado, democracia y socialismo", Rosario, 1990 (inédito).
5. Reportaje a Liberman: "Capitalismo que no osa decir su nombre", *Análisis*, Bs. Aires, nº 297, 21 de noviembre de 1966.

6. Leontief. Pravda, Moscú, 7 de marzo de 1965.
7. K. S. Karol en Les temps modernes, Paris, julio-sept., 1987.
8. Abel G. Aganbeguian, Perestroika: le double défi soviétique? Economica, Paris, 1987.
9. En Revista Sous le drapeau du Socialisme. Paris, enero de 1988.
10. Ernest Mandel. Où va l'URSS de Gorbachov?, La Brèche, Paris, 1989.
11. Catharine Samary, "Efficacité économique et justice sociale. Les enjeux des débats économiques en URSS", en Revista actuel Marx, Nº 6, Paris, 2º semestre, 1989.
12. Alla Nazimova. "Classe ouvrière et opinion publique en URSS", en Revista Actuel Marx, op. cit.
13. Guillermo Almeyra. "La URSS: la eclosión nacionalista", en este mismo número.
14. Boris Kagarlitsky. "Ser marxista en la Unión Soviética", reproducido en Sur Buenos Aires, 17 de julio de 1990.



aguafuerte

Revista de Ciencias Sociales
Editada por Alumnos, Docentes
y Graduados de las Facultades
de Filosofía y Letras
y Ciencias Sociales de la UBA

SETIEMBRE 1990

LA CULTURA ES LA CORNISA

Siete años recorriéndole las curvas al país, descubriendo sus zonas ocultas y paladeando sus regiones erógenas. Experimentando estilos y velocidades sin caerse al abismo. Siete años saltando semáforos. Inventando rutas. Saliendo a contramano emocionando al público.

**MEDIOS / VIDA COTIDIANA / PROVOCACIONES / TERRITORIOS /
EXPLORACIONES / POLÍTICA / MARGINALES / POSMODERNOS /
PSICOBOLCHES / SENTIMIENTOS / ILUSIONES / SUFRIMIENTOS**

Revista Mensual

EL PORTEÑO

COOPERATIVA

Rutas argentinas hasta el fin

La Glasnost y la crisis de los Partidos Comunistas

Ernest Mandel

El pretendido "movimiento comunista internacional" está hoy mas profundamente dividido de lo que estuvo en cualquier otro momento de su historia. La crisis de las Sociedades del Este ha dado origen a una grave crisis ideológica y moral, pero es sobre todo la actitud de los partidos comunistas frente a la glasnost lo que revela con más claridad esta crisis.

Definimos la glasnost como el proceso de cambios políticos en curso en la URSS que amplía el campo del ejercicio de las libertades democráticas. Este proceso combina los efectos de las reformas políticas "por arriba", con restos de represión e intimidación, con la tolerancia de hecho de actividades e iniciativas autónomas "por la base", inclusive aquellas que no están contenidas en la legislación vigente.

Tres tendencias.

Simplificando, se podría decir que hay tres tendencias internacionales que se reclaman del comunismo por cualquier razón: la tendencia pro-Gorbachov, que dice sí a la glasnost, sí a la perestroika y sí a los "acuerdos regionales" en colaboración con el imperialismo; la tendencia conservadora, que dice no a la glasnost, sí a la perestroika y sí a los "acuerdos regionales"; y la tendencia marxista revolucionaria que dice sí a la glasnost, no a la perestroika y no a los "acuerdos regionales".

El hecho es que antes que nada la glasnost que divide tan profundamente al llamado "movimiento comunista internacional" tiene raíces más profun-

* Versión abreviada, texto completo publicado en "Inprecor para América Latina", N° 0, París, Noviembre 1989.

das. Las sociedades post-capitalistas burocratizadas (los Estados obreros burocratizados) atraviesan una crisis social de una gravedad excepcional. Todo mundo está consciente de ello, tanto en estos países como en el extranjero. La quiebra de "la economía y la política de mando", es decir, de la dictadura burocrática bajo todas sus variantes es manifiesta. Y se acompaña de una crisis ideológico-moral no menos profunda. Todo mundo se plantea, entonces, esta cuestión: ¿cómo se ha podido llegar a ella?, ¿cómo enderezar el timón?, ¿cómo se puede salir de ella?, ¿es el socialismo el que ha determinado esta quiebra?, si no, ¿qué la ha causado?

La glasnost es el comienzo de un debate franco y abierto alrededor de estas cuestiones clave. Es una pre-condición absoluta para la búsqueda y el encuentro de una salida adecuada. En la medida en que este debate cuestiona inevitablemente la naturaleza misma de la burocracia, su poder, sus privilegios y sus principales resortes ideológicos, todas las fracciones de la burocracia se oponen a una glasnost integral. Las divergencias en torno a sus límites se imponen al debate sobre las causas y los remedios de la crisis.

Pero justamente el sistema sociopolítico de dictadura burocrática tal y como funciona en los hechos en la URSS y en sociedades similares y su identificación con el socialismo han sido desde hace más de 60 años la base de la identidad de todos los PCs en el mundo. Ciertamente, esta "unidad de hierro" fue puesta a prueba a partir de la victoria de nuevas revoluciones socialistas (Yugoslavia, China, Cuba, Vietnam, Nicaragua), que dieron a los PCs de estos países y a los sandinistas una base material y política independiente del Kremlin. Es cierto también que el desarrollo del "eurocomunismo" y fenómenos análogos, después del aplastamiento de la Primavera de Praga, quebrantó igualmente esta identidad. Sin embargo, en líneas generales, con la posible excepción del PC Italiano (y quizás ni éste), la URSS, el "socialismo realmente existente" y el "campo socialista" siguieron siendo un elemento de referencia para la gran mayoría de cuadros de los PCs, aún cuando el juramento de fidelidad ya no estaba exento de críticas algunas veces acerbas. Pero incluso los críticos más duros no dejaron de repetir que, con todo, Kruchov (el XX congreso) y Gorbachov (la glasnost, la perestroika) habían salido de las filas del PCUS.

Ahora bien, las revelaciones y la dinámica de la glasnost afectan a esta referencia y a esta identidad en lo que tenía de más sagrado. Existen terribles injusticias, desigualdades y miserias sociales, así como graves fenómenos de opresión en la URSS. Crímenes no menos terribles se cometieron ahí. Esto es lo que la glasnost ha permitido revelar, denunciar y combatir. Este es un

que ver esencialmente con la manera de asimilar este golpe.

Unos han puesto buena cara al mal tiempo. Esperan que la rectificación que, gracias a Gorbachov, podría operarse en la URSS los libere de sus apremios. La vieja legitimidad perdida del "socialismo realmente existente" podría ser reemplazada por una nueva legitimidad debido a un "socialismo de rostro humano en vías de construcción"

Otros se esfuerzan, por el contrario, en negar o minimizar la crisis a fin de evitar las repercusiones en sus propios países y/o partidos derivados de su revelación y los esfuerzos por superarla. Insisten, por esta razón, sobre todo en "los logros positivos" de las eras de Stalin y Brezhnev. Se oponen encarnizadamente a las revelaciones dañinas. Continúan defendiendo contra viento y marea los mitos del "socialismo realmente existente" y del "partido infalible". De aquí proviene su salvaje hostilidad a la glasnost.

Pero negar la gravedad de la crisis del sistema que ha afectado a la URSS, Europa del Este y la República Popular China es negar lo evidente. Oponerse a su revelación es oponerse a una discusión franca sobre sus orígenes, sus causas profundas y los medios para remontarla. Es una batalla de retaguardia históricamente condenada al fracaso, incluso si puede ganar puntos temporalmente, como ha sido el caso de China después del violento aplastamiento de la Comuna de Pekín.

Ni lucha de "la derecha contra la izquierda" ni lucha de "revisionistas" contra "defensores del marxismo-leninismo".

Los dos campos opuestos al seno del "movimiento comunista Internacional" no son o están uno "más a la derecha", más "revisionista" y más "pro-imperialista" y otro "más a la izquierda", más "marxista-leninista ortodoxo" y más "anti-imperialista". Para llegar a esta conclusión, aplicamos la regla de oro establecida por Marx en materia política: hay que juzgar a la gente y las tendencias no en función de lo que dicen, y particularmente de lo que dicen de sí mismas, sino en función de lo que hacen. A la luz de este criterio, el juicio que acabamos de formular se apoya en pruebas sólidas.

La fracción de Deng Xiaopong no ha dejado un solo día, aún el de la masacre de la plaza de Tienanmen, de colaborar estrechamente (incluido el plano militar) con el Imperialismo. En efecto, una estación radar para captar señales provenientes de la URSS funciona en China dirigida en común por estadounidenses (el Pentágono y la CIA) y chinos. Esta misma fracción no ha dejado de apoyar a los regímenes pro-imperialistas más represivos en los pa-

íses del Tercer Mundo, como fue el caso de su apoyo al régimen de Zia en Pakistán o como es el caso de su colaboración militar con la dictadura thai. Estaba igualmente implicada en el suministro de armas a los "contras" nicaragüenses. ¿En qué sentido este comportamiento es más "anti-imperialista" que el de Gorbachov y sus aliados?

El régimen de Ceaucescu es, entre los de Europa oriental, el que más sistemáticamente ha colaborado con el Estado sionista. El régimen de Honecker es el que más integrado está a la CEE. Está además fuertemente subsidiado por el imperialismo alemán occidental. Los "reformadores" de Hungría y Polonia serían felices si recibieran una ayuda proporcionalmente comparable.

El rechazo de la glasnost

El rechazo de la *glasnost*, particularmente el rechazo al derecho de huelga, la libertad de asociación, la libertad de los trabajadores a constituir sindicatos y otros organismos de autodefensa de su elección. La libertad de expresión, el pluralismo cultural, la libertad de manifestación pública, no es nada "ortodoxo" desde el punto de vista marxista. Representa una revisión fundamental del marxismo. Identificar estas libertades con la "democracia burguesa" es oponerse a toda la tradición marxista en la materia, comenzando por los puntos de vista claramente expresados por Marx y Engels.

La democracia es burguesa cuando funciona para proteger y defender el poder y la propiedad de la burguesía. Sería muy difícil demostrar que el pluralismo político y el debate ideológico en la URSS cumplen hoy en día esta función. Y sería todavía más difícil demostrar que el derecho de huelga y la libertad sindical defienden la propiedad capitalista.

La idea defendida por Ligachov según la cual la pluralidad de partidos sería igual a la democracia burguesa no sólo revisa posiciones claramente expresadas por Marx, Engels y Lenin (al menos hasta 1920), sino que además deforma la historia: la Comuna de París, ¿era entonces una democracia burguesa? Y sin embargo, ahí había pluralidad de partidos. La Rusia de los soviets de 1918 a 1921, ¿era entonces una democracia burguesa? Y sin embargo, también ahí existía una pluralidad de partidos, y esto, en plena guerra civil, Nicaragua, ¿es una democracia burguesa? Y sin embargo, ahí todavía el pluralismo de partidos está presente.

Un ejemplo convincente es el ofrecido por la libertad de prensa. Esta está al servicio de la burguesía cuando la burguesía detenta el capital neces-

rio para comprar, corromper y manipular a la prensa y los medios de información. Pero como este poder nunca es total bajo un régimen donde existe libertad de prensa -lo que no es el caso bajo una dictadura- y como los trabajadores también pueden gozar de esta libertad, así sea de manera restringida, el movimiento obrero tienen interés en defender incluso la libertad de prensa burguesa contra las tentativas de restringirla o suprimirla.

Pero cuando la burguesía pierde su poder económico y político, cuando el poder del capital de apoderarse de imprentas, radio y televisión desaparece, la libertad de prensa deja de estar al servicio de la burguesía para convertirse en una libertad de las masas populares. Se trata entonces de garantizar el acceso de todas/os las/os trabajadoras a la prensa y los medios de información como

dores, no solamente de aquellas/os que se expresan como lo desean los dirigentes del partido o cualquier institución. En estas condiciones, restringir la libertad de prensa no es reprimir a la burguesía sino reprimir al proletariado y a las masas trabajadoras.

El contenido social de la *glasnost* se revela aún más claramente cuando los conservadores del campo *anti-glasnost* se pronuncian no sólo por una restricción -léase supresión- del pluralismo político y contra la libertad de prensa, asociación y manifestación. Se pronuncian también, y sin reticencias, contra la libertad sindical y el derecho de huelga (ver sobre todo la entrevista concedida por el dirigente de los conservadores húngaros al semanario *Der Spiegel* del 21 de agosto de 1989). Las declaraciones de Ligachov y Tchernenkov no son menos elocuentes. E incluso Fidel Castro no vacila en afirmar que los imperialistas se alegraron de las huelgas en la Unión Soviética que éstas serían, entonces y en cierto modo, "anti-socialistas" (todas las referencias al discurso de Castro del 26 de julio de 1989 están extraídas de *Granma Weekly Review* del 6 de agosto de 1989). Ya quisiéramos conocer a los capitalistas que se alegraron de la huelga de los mineros soviéticos o de las actuales huelgas en Polonia. Todas las informaciones de que disponemos prueban, no al contrario, bien, lo contrario.

Peor todavía: los más activos entre los conservadores en la URSS, particularmente la famosa Nina Andreeva, adoptan posiciones chovinistas, rusas y anti-semitas, claras y públicamente exhibidas (ver su entrevista en *Washington Post/ International Herald Tribune* del 2 de agosto de 1989). ¿Acaso estas posiciones son menos revisionistas que las de Gorbachov?

Además, esta ala es abiertamente estaliniana. Minimiza, si no es que justifica, los crímenes de Stalin, las grandes purgas de los años '34-'39 y '45-

'52, o la represión militar contra los trabajadores húngaros en 1956. Un gran retrato de Stalin se exhibió en el último congreso del Partido Comunista Marxista Hindú (CPL-m). Un grupo de antiguos policías y celadores estalinianos realizó una película titulada *Stalin está con nosotros* para apoyar a Nina Andreeva (*El País*, 20 de agosto de 1989). El congreso del Consejo Unido de Rusia, realizado en Moscú los días 8 y 9 de septiembre de 1989, reunió a un tiempo a conservadores del aparato, admiradores de la "autoridad fuerte" simbolizada por Stalin, paneslavistas antimodernistas y anti-occidentales tradicionales y a feroces anti-marxistas de extrema derecha. Incluidos los semi-fascistas (*Le Monde* del 16 de septiembre de 1989). Esta significativa unión está simbolizada por la persona de Alexandre Zinoviev, el violento satirista anti-soviético que en una sonora entrevista concedida a Nouvelles de Moscou (13 de agosto de 1989) exhaló a la vez su odio al socialismo y la democracia afirmó que la época de Stalin fue, con todo, "una gran época". El también acusa a Gorbachov de querer "occidentalizar" la sociedad soviética. Expresó también sus deseos de otro régimen voluntarista y estaliniano. ¿Qué relación tiene este repugnante cocktail con la "izquierda", la "ortodoxia marxista" o la "defensa del socialismo"?

Las posiciones del Partido Comunista Cubano

El PC cubano ocupa una posición aparte. La revolución cubana no ha conocido, hasta ahora, un grado de burocratización comparable al de la URSS, la República Popular China y los países de Europa Oriental. Esto resulta de una dialéctica particular entre los orígenes de esta revolución, sus principales logros sociales -notables desde cualquier punto de vista-, el papel de la dirección cubana y el mantenimiento de la participación de las masas en el proceso de construcción de una sociedad nueva, aún si su amplitud fluctúa y permanece dentro de dominios limitados. Fidel Castro continúa gozando de un prestigio real ante las masas. Además, la revolución cubana es el blanco de una agresión económica permanente de parte del Imperialismo, así como de una amenaza militar que nunca ha cesado. Sólo la revolución nicaragüense se encuentra en una situación de mayor amago.

En esas condiciones, el deber del movimiento obrero internacional y los marxistas revolucionarios es, hoy más que nunca, defender a la revolución cubana contra el imperialismo y sus apoyos regionales. Es también el de denunciar las presiones económicas que Gorbachov ejerce sobre la dirección cubana para llevarla a aceptar los "acuerdos regionales" y adaptar parcial-

mente su sistema económico a la *perestroika*. Estas presiones son inaceptables, aún cuando sin duda no llegará a una supresión radical de la ayuda.

Este deber conserva toda su validez independientemente de lo que se piense respecto al curso del PC cubano o a las medidas concretas tomadas por la dirección cubana. Si estamos en desacuerdo con algunas de estas medidas y actitudes, hay que señalar en todo caso que entre todos los componentes del llamado "movimiento comunista internacional" sólo el PC cubano une su oposición al *glasnost* a una condena al recurrir sin exceso a los mecanismos de mercado. Esta posición nos agrada, aún si sentimos que la solución de recambio propuesta (recurrir a trabajo voluntario) resulta insuficiente y, a la larga, irreal.

Por otra parte, apoyamos sin reservas las críticas apenas veladas de la dirección cubana a las propuestas de "solución de los conflictos regionales" a expensas de los movimientos de liberación de estas regiones. Pero expresamos igualmente el temor a que el PC cubano mismo termine por aceptar estas "soluciones", al menos en el marco de América Latina.

En la medida en que la separación entre el Estado y el partido no se ha realizado, las necesidades de la *realpolitik* gubernamental dictan las actitudes del partido, contrariamente a lo que pasó en la Rusia soviética bajo Lenin. Por lo demás, la dirección cubana declara ya de manera abierta, contrariamente a lo que el Che pensaba, que la revolución socialista no está al orden del día en América Latina.

La defensa de la revolución cubana no puede hacerse con una actitud de admiración beata y acrítica como la que adoptaron, en su época, "los amigos de la URSS" o "los amigos de China". Criticar lo que es erróneo en el comportamiento de la dirección cubana no perjudica a Cuba. Por el contrario, las críticas sirven a la revolución.

Castro contra la *glasnost*

Ahora bien, desde este punto de vista, los ataques abiertos de Fidel Castro y la dirección cubana a la *glasnost*, es decir, al proceso de democratización parcial en curso en la URSS, son contrarios a los intereses del proletariado soviético, el proletariado internacional, la revolución cubana y las masas trabajadoras de Cuba. Corren el riesgo, además de provocar una grave crisis de legitimidad de la dirección cubana a los ojos de una parte de estas masas, sobre todo los jóvenes.

Estos ataques, presentes desde el discurso que Fidel Castro pronunció el 26 de julio de 1989, han llegado a prohibir la difusión en Cuba de dos órga-

nos soviéticos: Novedades de Moscú y Sputnik. Estas son medidas que hay que condenar sin reservas. Corren el riesgo de ubicar a Castro y a la dirección del PC cubano en una alianza de facto con las tendencias conservadoras al seno del "movimiento comunista internacional", es decir, con las tendencias más retrógradas, corruptas y represivas.

Para justificar la prohibición de la difusión de estos dos órganos soviéticos en Cuba, Granma afirma que ensalzan los métodos capitalistas en el terreno económico, defienden la democracia burguesa y los "valores burgueses", deforman el pasado, y que, de esta manera, implican el riesgo de influir negativamente a una parte de la juventud cubana.

La acusación de "deformar el pasado" constituye una alusión transparente a la denuncia sistemática de los crímenes de Stalin. Fidel Castro habla, al respecto, de los errores cometidos por los rusos en el poder. El asesinato de un millón de comunistas. Y particularmente el del 90% de los comandantes del Ejército Rojo, ¿fue un simple error? Por razones de oportunidad política, ¿se debe continuar escondiendo la magnitud de los crímenes de Stalin?

La acusación según la cual *Novedades de Moscú* ensalza los métodos capitalistas en el terreno económico se encuentra fuera de lugar¹. A lo sumo, se puede decir que este semanario publica algunos artículos favorables a ciertos mecanismos capitalistas, como publica también otros que rediscuten la legitimidad de la Revolución de Octubre. Pero no hemos leído uno solo que defienda la restauración del capitalismo. Sin embargo, al lado de estos artículos se encuentran muchos otros que dicen exactamente lo contrario. La verdad es que la dirección cubana prohíbe un órgano de debate y discusión y no un órgano pro-capitalista².

Afirmar también que defiende "la democracia burguesa" es igualmente falso. Ya lo dijimos: luchar por la libertad de expresión, el pluralismo político e ideológico, el libre debate de las ideas, no tiene nada que ver con un combate por la "democracia burguesa".

La tesis inversa presupone la infalibilidad y la omnisciencia de la dirección. Y esta tesis parece traslucirse en la fórmula utilizada por Granma el 9 de julio de 1989 comentando la ejecución de Ochoa: "*Cuando el partido habla, ni una sola palabra, ni una sola coma se apartan de la verdad*"

La desgracia es que mientras en el curso de los años setenta este partido proclamó el valor de los "mecanismos mercantiles", hoy en día los condena como "métodos capitalistas". Todavía recientemente condenó como "calumnias imperialistas" toda crítica al Ministerio del Interior (es decir, a la policía). Hoy en día, sin embargo, denuncia ruidosamente los abusos de este ministerio.

El editorial de *Granma* del 10 de septiembre de 1989 llega incluso a afirmar la existencia de una "casta burocrática" en Cuba, cuando no hace mucho tiempo los militantes comunistas que expresaban una crítica aún más moderada en documentos internos eran encarcelados.

La corrección de estos errores, ¿no habría sido más fácil si se hubiera dejado expresar libremente a los críticos y si se hubieran debatido libremente sus opiniones?

En su discurso del 26 de julio de 1989, Fidel Castro afirma que "*el socialismo es una ciencia para ganar al pueblo a esta gran causa*". Pero la ciencia no se alcanza de una vez por todas. Siempre está abierta a nuevos problemas. Para avanzar, necesita de la experimentación práctica, la confrontación de interpretaciones diferentes de una realidad siempre cambiante. Como Engels escribió en una carta enviada a la dirección de la socialdemocracia alemana: la ciencia no puede desarrollarse sino a través de la libre discusión. Esta es la razón por la que condenó severamente la tentativa de esta dirección de censurar y suprimir textos en sus propias publicaciones. ¿Qué habría dicho de la prohibición de un órgano de un "partido hermano"?

Para pensar que unos periódicos podrían volcar a una parte de la juventud cubana al campo pro-imperialista, habría que creer que los argumentos de la revolución ya no son capaces de neutralizar los argumentos de la contra-revolución, y que estimar que las medidas administrativas (la prohibición, la represión) constituyen el único medio eficaz de combatir las ideas falsas. Esto reflejaría una pérdida de confianza en la superioridad del pensamiento y la propaganda revolucionarios respecto al pensamiento y la propaganda burgueses. Reflejaría también una pérdida de confianza en la capacidad de las masas y la juventud para separar lo verdadero de lo falso, la justicia de la injusticia, sus intereses de los de los explotadores y los opresores.

En el curso de los años sesenta, durante la lucha contra la fracción de Arníbal Escalante, las posiciones antiestalinianas y anti-burocráticas de Fidel Castro alcanzaron su paroxismo. Pronunció entonces un discurso de un título llamativo: "La revolución debe ser una escuela de pensamiento sin cortapisas". No era una posición "normativa" ni "utópica" sino eminentemente práctica, que corresponde a los intereses de la defensa de la revolución y permite una mayor eficacia en la construcción del socialismo.

Pero hoy en día las cortapisas a la libertad de pensamiento se multiplican en Cuba. Se intenta incluso justificarlas teóricamente. El abandono de la correcta tesis de antaño a favor de una tesis sustitucionista representa una penosa regresión ideológica -a la larga suicida- para la dirección del PC cubano.

Castro parece ahora colocar el peligro de la degeneración burocrática del Estado cubano en el centro de sus preocupaciones. Pero rechaza la glasnost, la democratización pluralista, el control institucionalizado de las masas a todos los niveles (económico, político y social). Para eliminar este peligro no le queda otra, entonces, que recurrir a la lucha burocrática (administrativa, represiva) contra la burocracia con, a lo sumo, intervenciones puntuales y teleguiadas de las masas. Esto es dirigirse hacia un fracaso cierto, como ya se vió en los casos de la URSS y la República Popular China

Las fuerzas sociales presentes.

La lucha de fracción entre el ala "reformista" y el ala "conservadora" de los PCs en el poder es una lucha inter-burocrática. Coincide, en lo esencial, con una diferencia de juicio y elección política sobre los medios más adecuados para salvar al regimen burocrático en estos países.

Pero esta lucha inter-burocrática está entrelazada con los conflictos sociales que oponen en la mayor parte de estos países (Cuba y Nicaragua son casos aparte) a cuatro fuerzas sociales principales:

- la cúspide de la burocracia (la nomenklatura), que goza de enormes privilegios materiales y se apoya en una amplia capa de burócratas medios y pequeños menos privilegiada. Tanto los "gorbachovianos" como los "anti-gorbachovianos" tienen sus asientos en la nomenklatura. Pero la mayoría de los burócratas es anti-gorbachoviana y sobre todo anti-glasnost.
- las masas trabajadoras, en lo esencial asalariadas pero que todavía comprenden a una mayoría de pequeños campesinos, como sucede en China y Vietnam.
- las fuerzas pequeño burguesas y los primeros núcleos de una burguesía media, tanto en el campo como en las ciudades.
- las "nuevas clases medias" asalariadas, es decir, la intelectualidad, que tienen un peso real sobre todo en la URSS, la RDA y Checoslovaquia, pero también aunque en menor medida en otros Estados obreros burocratizados y en Cuba.

Esta forma de abordar los conflictos en curso en la URSS y otros Estados obreros burocratizados privilegia como se debe hacer en un análisis marxista, los intereses reales de las fuerzas sociales presentes por sobre el aspecto ideológico, incluido el manifiesto, de las posiciones políticas. Esto no implica en lo absoluto una subestimación del papel de la ideología en la lucha política.

Al codificar la política de progresión gradual neo-socialdemócrata- admitida por los PCs desde hace varias décadas-, al sembrar ilusiones sobre la naturaleza potencialmente "pacífica" del imperialismo, al dejar entrever la posibilidad de arreglar las principales contradicciones de nuestra época no a través de la lucha de clases sino a través de la colaboración de clases, y al entonar loas sin reservas al mercado, el "nuevo pensamiento" de Gorbachov, y sobre todo el del ala resueltamente antimarxista de sus consejeros, lleva agua al molino de la socialdemocracia internacional e incluso al de la ofensiva neo-liberal de la burguesía internacional. Esto desorienta al movimiento obrero organizado. Esto obstaculiza también la respuesta de los trabajadores a esta ofensiva, lo que constituye ante todo una necesidad material de clase.

El factor ideológico y los intereses sociales

Hay que distinguir los efectos de la ideología (el "nuevo pensamiento") de las presiones y las medidas políticas concretas de Gorbachov, que son francamente contra-revolucionarias en relación a las luchas hoy en curso. Estas presiones y medidas son la prolongación de una práctica que era ya la regla bajo Stalin, Kruchov y Brezhnev.

Pero el peso del factor ideológico en el desarrollo real de los conflictos políticos en los Estados obreros burocratizados permanece subordinado a la confrontación de los intereses sociales reales. Es esta confrontación la que será decisiva en el período próximo.

A los trabajadores polacos se les puede arrebatar la espectacular victoria política de Solidaridad sobre la tentativa de Jaruzelski de suprimir su organización a través del golpe de Estado militar de finales de 1981. Pero cualquiera que sea la influencia ideológica real (a menudo exagerada en el extranjero) de la Iglesia y el nacionalismo sobre ellos, éstos actuarán en masa por la defensa del nivel de vida, empleo y seguridad social alcanzado (por muy miserable que sea) en el momento en que cualquier gobierno, incluido el que dirige Solidaridad, ataque estos logros. En definitiva, son sus intereses y no cualesquiera "valores ideológicos" los que determinarán su comportamiento cotidiano, aún si están dispuestos a conceder un "tiempo de gracia" al primer gobierno, después de 43 años, que no está dirigido por estalinianos y que refleja incontestablemente mejor que los gobiernos precedentes las preferencias políticas de las masas populares.

Uno de los principales teóricos del anti-marxismo a escala mundial, el profesor polaco Leszek Kolakowski (ex-marxista), ha comprendido perfec-

tamente el dilema Solidaridad en esta situación: *"El nuevo gobierno ha heredado una economía en quiebra y un descontento derivado de ésta. Anteriormente, Solidaridad existía para defender a los trabajadores. Ahora, si el sentimiento cada vez más extendido de desesperación se transforma en motines -con o sin provocaciones de las fuerzas estalinianas del partido y la policía- Solidaridad se encontrará en una posición ambigua"* (The Times, 22 de agosto de 1989).

Pero un comportamiento ambiguo es incompatible con la función que la nomenklatura y el FMI han asignado a la coalición Solidaridad-POUP: avalar la austeridad, impuesta a la clase obrera para recibir nuevos créditos imperialistas y asegurar "el orden" y "la estabilidad" a todo precio como precondición de la pretendida "recuperación económica".

Jacek Kuron merece nuestro respeto por los años que pasó en prisión en Polonia. Sin sus tenaces esfuerzos, al comienzo "grupusculares", la explosión obrera de 1980 no se habría producido o, al menos, no antes de mucho tiempo. Pero el respeto que se le debe no puede ocultar la verdadera pesadilla que le espera. Si acepta apurar hasta las heces el cáliz de "la economía abierta al mundo" (es decir, a las reglas del juego del capitalismo internacional), en lugar de ser ministro de Trabajo del gobierno de Mazowiecki, corre el riesgo de convertirse en Ministro de la policía y la represión anti-obrera y anti-pluralista.

La cuestión en juego

Una estimación realista de las fuerzas sociales presentes en la URSS y en los otros Estados obreros burocratizados, de la relación de fuerzas al interior de estas sociedades y de la dinámica de las principales contradicciones socio-económicas, conduce a una conclusión nítida: la cuestión en juego en las luchas políticas hoy en curso no es la restauración del capitalismo. Sea el avance hacia la revolución política antiburocrática, sea la supresión parcial o total de las libertades democráticas alcanzadas por las masas en el curso de la glasnost, la lucha principal no opone fuerzas pro-capitalistas a fuerzas anti-capitalistas: opone la burocracia a las masas trabajadoras, es decir, en lo esencial (salvo en China y Vietnam), a la clase obrera.

La burguesía, pequeña y mediana, no constituye sino una minoría reducida de la sociedad en cada uno de los Estados obreros burocratizados. Actúa, sin duda alguna, en un contexto internacional que le resulta favorable. Goza de un apoyo, por lo demás muy limitado, del gran capital internacio-

nal. Pero de conjunto, esta convergencia de intereses resulta insuficiente para imponer, a corto o mediano plazo, cualquier restauración del capitalismo.

Por otra parte, ninguno de los observadores burgueses serios cree en la posibilidad de tal "restauración" por iniciativas políticas procedentes de fuerzas de derecha o de extrema derecha, ni en una restauración "espontánea" del capitalismo como simple resultado de la ampliación de los mecanismos de mercado. La única eventualidad un poco más realista, para llegar a este resultado, es la derivada de la apuesta del ala "reformadora" de la burocracia. Los temores de las tendencias dogmáticas van en el mismo sentido.

No son cualesquiera "capitalistas" soviéticos a los que se considera en poder de "restaurar el capitalismo" en la URSS. Este siniestro propósito es atribuido a Gorbachov (y en Polonia y Hungría a sus aliados locales). Algunos lo habían atribuido incluso a Deng Xiaoping en China.

En la base de esta interpretación de la dinámica social hoy en curso en la URSS se encuentra la incompreensión de la naturaleza de la burocracia en tanto que capa (casta) social cristalizada que detenta un enorme poder sobre toda la sociedad y que goza de enormes privilegios materiales.

Cierto, la burocracia no es una nueva clase dominante. No tiene ni la estabilidad, ni los cimientos, ni la capacidad de auto-reproducción de la dominación a largo plazo que caracterizan a las clases dominantes en la historia. Pero en el momento en que su poder se ve amenazado no dispone por ello de una menor capacidad real de auto-defensa a corto y mediano plazo.

Sólo una minoría restringida tendría interés en (y sería capaz de transformarse en verdaderos empresarios de grandes firmas industriales o financieras, realmente independientes desde el punto de vista económico, es decir, en transformarse en propietarios privados capaces de transmitir esta condición a sus hijos. Para la gran mayoría de los burócratas, pequeños y medianos, pero también para los miembros de la nomenklatura (calculada en unas 300 mil familias en la URSS), la restauración del capitalismo implicaría una pérdida de poder y de ventajas materiales.

Suponer que la burocracia va en este sentido es suponer que está dispuesta a suicidarse en tanto que capa social cristalizada. Esto implicaría cometer un error paralelo al que consiste en pensar que en una situación de crisis aguda se pasaría con armas y equipo al campo del proletariado.

Trotsky predijo que en una situación de crisis grave, un "ala Reiss" favorable a la revolución política y un "ala Boutenko" favorable a la restauración del capitalismo se desprenderían de la burocracia bonapartista³. Pe-

ro Trotsky nunca afirmó que el conjunto de la burocracia se dividiría en un "ala Reiss" y un "ala Boutenko".

Dos pruebas históricas decisivas se produjeron al respecto en la URSS. Las dos crisis más graves que la dictadura burocrática ha conocido fueron la de 1927-1933 y la de 1941-1943. En ambos casos, la mayoría de la burocracia y su dirección bonapartista ni optaron por la solución proletaria ni capitularon ante la burguesía. Se aferraron, por los medios más desesperados y a un costo terrible para las masas soviéticas, a la defensa de su propio poder. Y las dos veces lo hicieron con éxito.

Todos los que no comprendieron esta posibilidad -comenzando por los desafortunados "capituladores" de la Oposición de Izquierda alrededor de Piatakov- pagaron este error de juicio con su vida después de cometer terribles errores políticos. La lucha política y social en la URSS y en los otros Estados obreros burocratizados es y será durante todo un período una lucha triangular y no bipolar.

Este análisis, por lo demás, acaba de ser confirmado patentemente en la República Popular China. Deng Xiaoping jugó incontestablemente al aprendizaje de brujo al llevar la "liberalización" económica tan lejos como pudo y mucho más lejos que Gorbachov. Pero en el momento en que una grave crisis económica de "recalentamiento" resultó de ello, con el inicio del desmantelamiento de la planificación, un déficit incontrolable del presupuesto estatal y una inflación galopante, su respuesta no fue "la restauración del capitalismo" sino el retomar el control de la situación. Decenas de miles de burócratas fueron enviados a provincia y al interior de las empresas a imponer de nuevo el control del Estado sobre la economía. Este hecho precedió a la masacre de la plaza de Tienanmen. La burocracia china no se hizo el harakiri ni ante las "fuerzas espontáneas del mercado" ni ante las masas. Se aferró desesperadamente a la defensa de su poder y sus privilegios.

La cuestión del poder del Estado

Históricamente, a muy largo plazo, la burocracia no tiene porvenir ni destino propio. Pero para un período determinado, es capaz de defender su posición bonapartista. Este es el veredicto de 60 años de experiencia histórica. La burocracia no desaparecerá de la escena hasta que sea derribada por la acción política deliberada de otra fuerza social real, sea una clase burguesa sea la clase obrera. Vista la relación de fuerzas existente hoy en día, cuando menos en la URSS, es mucho más probable que sea eliminado por la segunda.

Y lo decimos bien: la acción política. Porque es el poder del Estado el que sigue siendo el factor decisivo. Ningún proceso económico espontáneo, ninguna "lógica interna" de los mecanismos mercantiles, pueden transformar la naturaleza social del Estado sin la intervención activa de fuerzas políticas buscando objetivos determinados.

Hoy en día, por más que lo digan periodistas impresionistas o gente que torna sus deseos por realidades, en Polonia y en Hungría es la nomenklatura burocrática y no "las fuerzas pro-burguesas" la que controla el aparato de Estado. Y en este hecho es apoyada por el Kremlin. Ciertamente, más discretamente que antes, pero no de manera menos real. Antes de que el gobierno de Mazowiecki se instalara en Varsovia, el Jefe del KGB hizo una visita destinada a avalar la nueva coalición en el gobierno (no en el poder: el matiz es importante). El discurso que Gorbachov pronunció en Berlín con motivo del XI aniversario de la RDA tuvo también sin ambigüedades ese objetivo.

El marxista estadounidense *Paul Sweezy* cree, por lo que a él hace, que con la excepción de Cuba y al RDA, se va, a la larga, hacia una restauración del mercado (*Monthly Review*, septiembre de 1989). Pasando por alto el hecho de que "a la larga" muchas cosas cambian y el hecho de que el mismo Sweezy olvida alegremente que apenas ayer afirmaba que una nueva clase dominante no capitalista estaba en el poder en todos estos países, he aquí a una "nueva clase dirigente" que se suprime a sí misma: una verdadera aventura de la dialéctica.

Pero lo esencial está en otra parte. Ni una sola vez Sweezy hace alusión al papel, la actividad, las reacciones y los intereses de la clase obrera. Ni siquiera es un peón sobre el tablero. No existe: los 350 millones de obreros de estos países fueron simplemente eliminados de la escena mundial...

Para nosotros, este teorema debe echarse atrás. Ningún cambio de régimen en cualquiera de estos países es posible sin violentos conflictos sociales, de los cuales la clase obrera será la actriz principal. Esta defenderá sus intereses. Sin su derrota severa al término de estos conflictos, ninguna restauración del capitalismo es posible. Por el momento, hay que prepararla para estas luchas y hay que prepararse, sin considerar la derrota como inevitable, en un momento en que la batalla todavía no ha sido entablada.

Una posición independiente pero no abstencionista

Todo el análisis precedente conduce a conclusiones políticas: los marxistas revolucionarios se esfuerzan, en todas las circunstancias, en defender los

intereses de clase inmediatos e históricos del proletariado. No se identifican ni con el ala gorbachoviana ni con el ala conservadora de la burocracia. Constituyen una tendencia política autónoma, independiente de toda fracción de la burocracia. Buscan su lugar en la clase obrera y en los aliados de esta y los sectores de la intelectualidad y la juventud que defienden los intereses del proletariado. Ven en la revolución política —"la revolución desde abajo"— el único medio de resolver positivamente los problemas a los que se ven confrontados la URSS, la República Popular China y los países de Europa Oriental.

NOTAS

1. Detrás de esta tesis está la identificación por Fidel Castro de relaciones mercantiles/monetaristas (que, por lo demás, subsisten igualmente en Cuba) con "métodos capitalistas", lo que es falso desde el punto de vista teórico. Las relaciones mercantiles existieron mucho antes del capitalismo, sin conducir automáticamente a él, y subsistirán mucho tiempo después de la desaparición del mismo.

2. Paradójicamente, en su discurso del 26 de julio de 1989, Fidel Castro afirmó: ¿Somos testigos de una transición pacífica del socialismo al capitalismo? Es posible; nosotros no nos oponemos" En cuanto a nosotros, pensamos, por el contrario, que no es posible —como es imposible una transición gradual del capitalismo al socialismo— y que, en todo caso, se debe estar en contra de tal transición.

3. Reiss, comunista polaco miembro del servicio de información del Ejército Rojo, rompió públicamente con Stalin y la Komintern después del primero de los Procesos de Moscú en 1936. Anunció públicamente su incorporación a la IV Internacional pero fue asesinado en Suiza poco tiempo después.

Boutenko diplomático soviético, rompió igualmente con Moscú, pero para unirse a las filas del fascismo italiano.

**realidad
económica**

ADE

hipólito yrigoyen 1116 piso 4° 1086 buenos aires

“NO VEMOS UNA VIA QUE NO SEA LA SOCIALISTA HACIA LA DEMOCRACIA EN NUESTRO PAIS”

*Boris Kagarlistskey y Efim Ostrovskii,***

El Comité de Moscú de los Nuevos Socialistas surgió gracias al desarrollo del movimiento del Frente Popular. Su formación pasó por varias etapas: al principio se trataba de un pequeño grupo o club, llamado Iniciativa Socialista que estaba encuadrado en la Federación de Clubes Socialistas. Cuando comienza a crearse el Frente Popular, Iniciativa Socialista no sólo entra a formar parte de éste, sino que se constituye en el núcleo del comité de organización que se crea en Moscú. Con la campaña preelectoral nuestra situación cambió al extenderse el movimiento y adquirir un aspecto distinto. Mucha gente se adhirió al movimiento barriendo, de esta forma, su estructura primitiva. No teníamos ningún programa, ni estaban elaborados los Estatutos, por lo que las personas que venían a nosotros lo hacían por motivos puramente emocionales; les gustaba cómo trabajaban los activistas del Frente Popular, les atraían algunas de nuestras consignas o, simplemente, se daban cuenta que el Frente Popular es una de las más importantes organizaciones no oficiales, y, además, no daba miedo entrar a formar parte del Frente Popular ya que por ello no arrestaban a nadie. Por cierto, muchos comentaban que entraban en el Frente Popular porque entrar en otras organizaciones les aterrizzaba. De esta manera, nos encontramos que para la conferencia de marzo,

* Publicado en Forum Internacional Nº 0, Fundación Andreu Nin, España, Mayo 1990.

**Dirigentes del Comité de los Nuevos Socialistas (MKNS)

anterior a la asamblea constituyente, el 39% de los delegados eran personas sin ninguna experiencia política anterior. Dénse cuenta que se trataba de delegados, es decir, representantes de grupos de personas.

De esta forma iba apareciendo un movimiento cada vez mayor y más fuerte pero, al mismo tiempo, cada vez menos consistente, más inestable, que adoptó por inercia los principios básicos del programa de Iniciativa Socialista, pero que no se disponía a organizarse para llevar a cabo esos principios. Además de estos dos defectos: inconsistencia ideológica e inconsistencia organizativa, hay que señalar un tercero que consiste en que el movimiento se compone exclusivamente de intelectuales, es decir, no llega a las amplias masas de la población, y, además, el nivel intelectual del movimiento tampoco es muy elevado, siendo incapaz de ofrecer importantes ejemplos de análisis políticos o de cultura política. Estos tres defectos del Frente Popular de Moscú fueron detectados pronto y con claridad, sobre todo por parte de los jóvenes activistas de Iniciativa Socialista que cargaron con, prácticamente, las tres cuartas partes de la tarea real. Fue entonces cuando se planteó que, si bien es necesario el Frente Popular, y es necesario el amplio movimiento frente-populista, es absolutamente imprescindible formar un núcleo político de tipo partido que, siendo más disciplinado, contara con cuadros políticos preparados y, sobre todo, con un programa desarrollado.

Hay que señalar que los programas que se elaboran hoy en día, son más bien un catálogo de reivindicaciones y no tienen nada de programa. No contienen ningún tipo de estrategia o proyecto de desarrollo de la sociedad, las vías y etapas por las que ha de llevarse a cabo. Sólo son un compendio de intenciones y no una concepción global. Los documentos se preparan partiendo de compromisos entre los diversos grupos: unos proponen una cosa, otros otra y, en el mejor de los casos, intentan que no figuren tesis absolutamente opuestas. Posiblemente, en principio, ésta es la forma en la que han de elaborarse los documentos políticos, pero nuestra situación es muy diferente a la de los países occidentales. Allí existen varios partidos que en algunos momentos históricos formaron, por ejemplo, el Frente Popular en Francia en 1936, compuesto por los socialistas, comunistas y radicales. Estos tres partidos compartían una serie de valores y tenían unas perspectivas comunes y, sin embargo, cada uno de ellos poseía su propia estrategia y un programa elaborado. Posteriormente, a partir de los tres programas conceptualmente fuertes, se logró elaborar una plataforma unitaria que recogía momentos tácticos comunes, no contradictorios. Es decir, antes de formular un programa

de compromiso, como el del Frente Popular o el de la Unidad de Izquierdas en Francia o el programa de la Unidad Popular en Chile, cada partido o grupo político que formaba parte de ellos tuvo que realizar una elaboración teórica muy seria de los documentos programáticos en base a sus concepciones políticas.

Nosotros, sin embargo, carecemos de concepciones políticas desarrolladas, sólo tenemos, como ya hemos señalado, una lista de reivindicaciones propuestas por diferentes grupos y personas, a partir de la cual, de forma totalmente ecléctica, se está formando el programa.

¿Por qué estamos creando un partido socialista? Para ello tenemos varias razones. La razón principal es que no vemos otra vía hacia la democracia que no sea la socialista. La democracia se conjuga con el capitalismo únicamente en los países ricos y muy desarrollados. Es imprescindible la existencia de excedentes de riqueza que permita, dentro del sistema capitalista, costear las soluciones a los conflictos sociales democráticamente. No hay otra forma de asegurar un determinado nivel de garantías sociales, en un sistema de iniciativa privada, que no sea el de distraer regularmente fondos financieros y recursos excedentes por parte del empresario (clase propietaria de los medios de producción). ¿Por qué sino en países tales como Argentina, Chile, Uruguay, donde existen tradiciones democráticas bastante antiguas, no se consigue estabilizar la democracia? Desde luego no es porque allí la clase dirigente sea peor que, por ejemplo, en Francia. Se trata de que en esos países la propia clase dirigente es pobre, no dispone de recursos para el pago de la deuda social y está expuesta a continuas crisis de acumulación.

Por esta razón, en los países capitalistas poco desarrollados se forma, por regla general, un régimen autoritario, caracterizado por la fusión del aparato burocrático del Estado con el capital privado y con gran dependencia de los monopolios occidentales.

Volviendo a nuestro país. Consideramos, por lo tanto, que la vía capitalista hacia la democracia tiene pocas perspectivas de prosperar, ya que la introducción del capitalismo o de medidas semicapitalistas en una sociedad más bien pobre y no muy desarrollada llevaría a una gran polarización: por un lado, la acumulación de riqueza y, por otro, la degradación de determinadas capas de la sociedad, y, además, a una polarización regional. En un país donde la justicia social se identifica con la igualdad, el hecho de la polarización provocará una gran protesta por parte de las capas sociales que se quedan en la base de la pirámide.

Podemos observar ya las reacciones que surgen contra las cooperativas, que sólo son "espumilla" comparadas con las que pueden producirse si se

adopta la orientación capitalista pro-occidental de la economía. Podemos asegurar que ese proceso conduciría hacia una mayor inestabilidad social, al incremento del odio entre los distintos grupos sociales y, probablemente, a conatos de violencia.

Pero, si el Estado quiere continuar por la misma vía de mantenimiento del sistema político y económico, debe asumir el papel de gendarme, es decir, necesitará, primero, ser un Estado fuerte, luego, duro, después, represivo, para, finalmente, convertirse en un Estado autoritario. Esto es lo que ocurrió en Argentina, en Chile -países, que, por cierto, tienen un nivel de desarrollo similar al nuestro- cuando se reforzaron los elementos capitalistas en la economía del país.

De aquí extraemos la conclusión siguiente: es necesario un sistema de garantías sociales y de redistribución social que permita que la parte más dinámica de la sociedad, el sector con más iniciativa participe activamente, siendo, a la vez, garantía de estabilidad social y de paz ciudadana. Esto es primordial en condiciones de democracia incipiente y hace necesario aplicar desde un primer momento concepciones socialistas.

¿Por qué nos denominamos nuevos socialistas y no, por ejemplo, socialdemócratas o marxistas ortodoxos, o eurocomunistas, o nueva izquierda, etc.? Se trata, para nosotros, de la imposibilidad de identificar el movimiento socialista en la Unión Soviética con cualquiera de los modelos socialistas existentes en otros países, ya que éste se ha ido formando partiendo de las condiciones concretas de cada país y de su historia. Así, por ejemplo, la socialdemocracia es un fenómeno típico de los países ricos fuertemente desarrollados, donde la estabilidad social se mantiene gracias a la redistribución de la riqueza sobrante. Nosotros no tenemos esas condiciones ya que nuestra economía no produce riqueza en exceso. Esto, sin embargo, no supone que descartemos por principio las ideas socialdemócratas. Hay que asimilar toda la riqueza de la tradición socialista y adoptar de ella aquello que ayude a crear una democracia con vida propia en nuestro país. De este modo, nos consideramos nuevos socialistas porque no nos identificamos con ninguna de las viejas tradiciones en particular y, al mismo tiempo, estamos abiertos a todas.

¿Qué hay en común en todas estas tradiciones socialistas que nos hace denominarlas socialistas y no otra cosa? En primer lugar, está la idea de las garantías sociales. La sociedad ha de estar organizada de tal manera que garantice a todos los ciudadanos un determinado nivel mínimo de subsistencia humana, derecho al trabajo, a la vivienda, etc.. Es decir, todo aquello que siempre se ha declarado formalmente en nuestro país, cuyo Estado, en la prácti-

ca, no garantizaba a nadie. Llegó a producirse una situación paradójica: en lugar de tener garantías sociales, teníamos una especie de limosna social que dependía totalmente de la buena voluntad de la clase dirigente, de la cúpula del poder. El problema consiste ahora en poder pasar de ese sistema de limosna a un sistema fiable de garantías sociales avaladas por la ley y por todo el sistema de poder y de dirección. Pero esto no puede asegurarse realmente sin un sistema determinado de regulación de la economía que, puede y debería apoyarse en un determinado nivel de desarrollo del mercado. Y, en este sentido, nosotros sí abogamos por el mercado, pero considerándolo como el medio y no como un fin en sí mismo. El mercado es necesario para permitir una regulación racional y eficaz dirigida a asegurar las garantías y derechos sociales y, además, para asegurar un desarrollo económico y tecnológico independiente que permita colocarnos al nivel de los países occidentales más desarrollados. El mercado tiene que servir para la solución de estos problemas y para ello debe existir una propiedad colectiva y fuertemente desarrollada y un sistema de instituciones de planificación. Y aquí surge una interrogante: ¿Qué órgano debería encargarse de planificación, un órgano central?, ¿será éste órgano más o menos competente o utilizará directrices al antiguo estilo administrativo? Sin embargo, la existencia del mercado en sí no garantiza nada, ya que un órgano burocrático que, además, utiliza el mercado para sus propias decisiones burocráticas es aún más peligroso que el antiguo sistema administrativo. Este es, por cierto, el fenómeno con el que se tropezó en China, en parte en Yugoslavia, y empezamos a percibir nosotros. El mercado, en manos del burócrata, es como sustituir la estaca por la ametralladora en manos de un bárbaro. El mercado es un instrumento muy potente. Las órdenes administrativas pueden ser obviadas, mientras que el mercado obliga a la gente a actuar objetivamente en una determinada dirección. Además los que toman las decisiones no están expuestos a ningún control por nuestra parte y de todas la maneras posibles, económicamente o no, intentarán someternos.

De aquí se deduce otra posición de principios que figura en la base de la mayoría de los programas socialistas: la planificación debe ser democrática. Debe existir un procedimiento democrático de toma de decisiones a distintos niveles, empezando por la autogestión en los centros de trabajo. Esto último no dará, por sí sólo, los resultados esperados, si el centro de trabajo se encuentra pretendidamente bajo las condiciones de mercado libre, pero de hecho está dirigido por órganos burocráticos de planificación centralizada. Esto es lo que ocurrió en Yugoslavia, y nos amenaza también a nosotros. Por lo tanto, estos procedimientos democráticos no pueden limitarse a la autogestión en los centros de producción, hacen falta asociaciones, agrupaciones

de empresas y otras. Así y todo, tampoco esto será suficiente si no existe un verdadero parlamento capaz de adoptar o rechazar las propuestas sobre las prioridades del desarrollo. Por lo tanto, es necesario un sistema pluripartidista y todo un sistema de insituciones democráticas.

En cuanto a la especificidad rusa, ésta se resume en que Rusia no es un país de transformaciones evolutivas de tipo liberal; Rusia es un país de cambios radicales y revolucionarios.

Tenemos, ahora mismo, la impresión, que de aquí en adelante nos encontraremos con que la crisis de la reforma emprendida se profundiza. Y esto, por varias razones: por una parte, las reformas son apreciables y tímidas, están llevándose a cabo mal y de forma poco competente, y, por otra parte, las propias reformas están mal orientadas. Se orientan hacia la liberalización del mercado y su utilización para determinados fines burocráticos que a menudo están relacionados con el capital extranjero. De momento parece prematura la preocupación por la existencia de unas 200 empresas mixtas. Pero éstas ya empiezan a controlar unas cuantas ramas de la actividad clave, entre ellas las formas más sensibles de la exportación soviética. Estos son hechos reales que deben ser detectados a tiempo. De esta forma se produce el fracaso de la reforma: por un lado, a causa de la incompetencia y parcialidad -que intentarán justificar diciendo: lo hacemos todo bien, pero siempre puede haber errores- y, por otro lado, el hecho de que toda la estrategia de las reformas no va dirigida a la defensa de los intereses del individuo. El balance de la situación indica que hay que esperar un agravamiento de la crisis, un fuerte crecimiento de la tensión social, la que, precisamente, queremos evitar. Y es muy probable que, en lugar de llegar a tener un mercado más o menos liberalizado, al cabo de tres o cuatro años de esta reforma "de mercado", nos encontraremos con cartillas de racionamiento. La experiencia de los países hermanos demuestra que la introducción del mercado en una economía tipo soviética, conduce al incremento del déficit, a la inflación y, consecuentemente, a una intervención administrativa directa, es decir, conduce al incremento de todo aquello que pretendemos atajar. Aquí vemos dos alternativas: o se traspasa todo a manos del aparato estatal -con el revanchismo que por su parte esto implica- o se intenta crear, dentro del movimiento popular, una alternativa real como es la del control popular sobre el racionamiento, creación de órganos democráticos en los lugares de producción, que no sólo tienen el derecho de gestionar sino que, además, establecen vías de control efectivos, toman las decisiones y resuelven los problemas. Así llegaríamos a la democracia de masas. En este sentido, el programa que pretendemos formular combina un cierto tradicionalismo -y, posiblemente, hasta conservadurismo,

es decir, adicción a ciertos valores arraigados en nuestra sociedad- con una orientación bastante radical hacia una democracia de masas y una acción directa y revolucionaria.

Ciertamente, no podemos estar impasibles ante los fenómenos de agresividad e incompetencia que existen en nuestra sociedad y vemos como único remedio el compromiso de las masas en una acción política inmediata, antes de que el riesgo sea demasiado grande. Hay que trabajar dentro del movimiento de masas. Cuando consideramos, por ejemplo, que las cooperativas son necesarias y convenientes, mientras que una gran parte de la sociedad tiene el ánimo de prender fuego a los establecimientos cooperativistas, no tenemos otra salida que, para evitar este tipo de acciones violentas, o bien instalar allí fuerzas policiales armadas, no con estacas, sino con metralletas, o bien hacer un trabajo político con las personas dispuestas a incendiar las cooperativas, comprender sus problemas, ganar su confianza y proponerles otras formas de lucha. Viene al caso el famoso slogan de Michnick: "Comaradas, no queremos los comités, creemos los nuestros". De manera que si se trabaja, si se intenta crear focos de movimiento obrero semejante al que existe, por ejemplo, en Zelenograd, donde hay una clase obrera cualificada que ya tiene experiencia de lucha, estos focos pueden arrastrar con ellos a considerables masas. La razón es que ellos poseen aquella autoridad de la que están desprovistos los intelectuales, a los que sólo ahora empiezan a estar dispuestos a escuchar. Si, pongan por caso, los intelectuales del MKNS (Comité de Moscú de los Nuevos Socialistas) llegan a una pequeña y lejana fábrica, donde las personas están enfurecidas por ser objeto de tantas tomaduras de pelo, y empiezan a hablar de postulados teóricos generales, pueden obtener un resultado nulo, si no negativo. Sin embargo, una labor continua y sistemática con las personas da resultados positivos.

Y, finalmente, queremos aclarar que no partimos de las concepciones de los bolcheviques de un partido de vanguardia que debe dirigir a unas organizaciones que están bajo su influencia. Nosotros partimos, si tenemos presente las ideas de la tradición socialista, de la idea de hegemonía que Gramsci definió de la forma siguiente: "La cultura política más desarrollada ejerce una influencia sobre las demás culturas políticas limítrofes. Un grupo que tenga un programa muy elaborado, militantes competentes, cualificados y enérgicos, atraerá, de forma inevitable, a otras agrupaciones próximas, lo que le permitirá consolidarse". En este sentido, posiblemente, la experiencia del KOR en Polonia en las primeras etapas de formación de "*Solidarnosc*", es, para nosotros, muy significativa.

Biro



1919
MÁJUS 1.

UNION SOVIETICA: LA ECLOSION NACIONALISTA*

Guillermo Almeyra

Lenín reprochaba a Kerensky de hablar de Irlanda y de Argelia e ignorar "la Argelia rusa y la Irlanda rusa", o sea el Turkestan, la Armenia, la Ucrania, la Finlandia, etc.

Respecto de la cuestión de la cultura y del idioma, los cuales desempeñan un papel importante en la eclosión nacionalista báltica, Lenín escribía también que "en territorio ucraniano, los miembros del PCR tendrán que poner en práctica el derecho de las masas trabajadoras a hablar su idioma materno en la escuela, así como en todas las instituciones soviéticas, y a contrarrestar por todos los medios las tentativas de rusificación, que consisten en rechazar el idioma ucraniano, lo cual hará el instrumento de la educación comunista de las masas trabajadoras".

Hasta nuestros días, la rusificación estaliniana no tiene nada que ver con Lenin y con los bolcheviques, quienes preconizaban la unión internacional de las repúblicas soviéticas, independientes y soberanas.

Por el contrario, Lenin era partidario de respetar el gobierno menchevique de Jordania en Georgia, el cual se declaraba soviético, y sostenía a los bolcheviques georgianos quiénes se oponían a la política chauvinista y granrusa de Stalin. Esta política anuló de hecho la independencia de las repúblicas caucásicas, cuando el 16 de marzo de 1921 el gobierno soviético central firmó con Turquía un tratado que fijaba las fronteras entre la URSS y Turquía, así como aquellas entre las diferentes repúblicas del Cáucaso, sin consul-

* Publicado en *Sous le Drapeau du Socialisme* Nº 114-115 Mayo/Junio 1990 - Francia

tarlas y atribuyendo a Azerbaiján, bajo la exigencia turca, la región armenia del Alto Karabakh.

Moshe Lewin recuerda en "El último combate de Lenin"¹, la lucha de éste contra la opresión gran-rusa y contra Stalin. El escribe "..."en esas condiciones, es absolutamente natural que 'la libertad de salir de la Unión' que nos sirve de justificativo, aparezca como una fórmula burocrática incapaz de defender los alógenos de Rusia contra la invasión del Ruso auténtico, del gran-ruso, del chauvinista, de este pillo y opresor que es en el fondo el burócrata ruso típico".

Lenin apoyó a los militantes del partido y pidió a Kamenev y a Trotsky que se aliaran con él en esa lucha contra Stalin y Ordjonkidzé. Kamenev y Trotsky, estando de acuerdo con Lenin y los bolcheviques georgianos, subestimó la importancia del combate y dejó así las manos libres a Stalin.

Al mismo tiempo, la lucha contra los blancos y los "panislamistas" en Asia destruyó las élites y también las culturas locales, ligadas históricamente al islamismo, con el resultado de reforzar la religión, hasta el punto como se la ve en la actualidad. Así hoy en Azerbaiján no podemos condenar la influencia de Khomeini sin conocer y ver los efectos de la política burocrática y opresiva de Stalin.

Por otra parte la colectivización forzada nunca será olvidada por los pueblos campesinos porque ella identifica a un genocidio, el Kazahstan ha perdido en esa masacre la mitad de su población autóctona, en tanto que otras minorías nacionales como los ucranianos fueron dejados exánimes.

Es la Segunda Guerra Mundial, cuando Stalin utilizó el sentimiento nacional ruso, e incluso la iglesia ortodoxa, reprimiendo a todas las demás iglesias y religiones, —de los viejos creyentes, los protestantes, de los católicos a los uniats (católicos de rito oriental), y a los musulmanes— siendo estas religiones muy relacionadas con la cultura campesina de repúblicas enteras (bálticas, siberianas, caucasicas, asiáticas), Stalin opuso la mayoría de la población a los sectores no religiosos, modernos y soviéticos de las ciudades.

La guerra lo llevó también a la locura de la responsabilidad colectiva de los pueblos, en caso de colaboración real o sospechada con los alemanes. Los alemanes del Volga, los Tártaros de Crimea, los Kalmouques, los Ossetes, los Ingusces, los Balkarses, los Tchechenes y otros pueblos, fueron deportados a Siberia, masacrados y diezmados. El tratado Hitler-Stalin incorporó por la fuerza a los países bálticos y a una parte de la Polonia, en donde las élites también fueron deportadas o asesinadas por centenares de miles de personas. Los hijos y parientes de las víctimas nunca olvidarán esto. Y el antisemitismo de

Stalin (ver el complot de las “blusas blancas”) todavía provoca pánico en el pueblo judío, porque el nacionalismo gran-ruso evoca los viejos y los recientes pogroms, para beneficio político e ideológico de Israel.

El mismo desarrollo económico planteó problemas nacionales, porque el centralismo tímido, la centralización de la nomenklatura y el despilfarro de los recursos, así como la fuerte contaminación, producto del desprecio por la gente y del medio ambiente, son hoy interpretados como violaciones de los derechos de las naciones, y no solamente como violaciones abstractas de la democracia.

Por un lado, los burócratas locales cabalgan el tigre salvaje del nacionalismo para apoyarse sobre los sectores más atrasados contra los modernizadores, así como para preservar sus propios privilegios. El abandono por parte de la URSS, del papel de gran potencia mundial la redujo al rango de potencia europea, como antes de la primera guerra mundial.

Es la vieja Rusia la que reaparece con el panislamismo, el nacionalismo y todo lo demás, pero esta vez de la mano de la burocracia central, educada por el estalinismo en el más abyecto chauvinismo.

No es nada sorprendente que en la actual política oficial, así como en la población, se desarrolle un sentimiento de que “la caridad comienza por nosotros mismos”, para rechazar toda ayuda a Nicaragua, a Cuba o a los movimientos de liberación, y también a abandonar las inversiones masivas en las repúblicas de la periferia para concentrarlas en la vieja tierra rusa. Este nacionalismo empecinado se expresa muy claramente en la amenaza de Gorbachov a Lituania, pidiéndole treinta y tres mil millones de rublos como compensación por las inversiones realizadas, olvidando el costo político, social y material de la anexión en tiempos de Stalin, lo cual refuerza el nacionalismo antiruso en todo el Báltico.

Toda burocracia dependiente de los privilegios que obtiene por su monopolio del poder estatal es nacionalista, y siembra el nacionalismo entre sus imitadores y sus víctimas. La burocracia es, por otra parte, incapaz de desenvolver una política democrática, que sería la única política que, a largo plazo, podría crear las bases para superar el nacionalismo —que como vemos tiene profundas raíces sociales e históricas— llamando a los intereses comunes de los trabajadores.

La autogestión de los recursos locales y de la política por las poblaciones llevaría sin duda al desgajamiento de la URSS de varias repúblicas, sin embargo la conciencia del peso de la economía y de la geopolítica podría asegurar, en cambio, una confederación de iguales, apta para resistir a la domi-

nación neocolonial del gran capital internacional. En efecto, ¿qué posibilidades de real independencia tiene Lituania si ocupa sólo el 1% del territorio soviético, siendo el 1,6% de su población, con un crecimiento demográfico débil y una total dependencia de la URSS, para conseguir medios técnicos y materias primas?

La perspectiva real para los países del báltico, si se desprenden de la URSS, no sería otra que transformarse en provincias alemanas periféricas, atrasadas, y no en pequeñas naciones escandinavas. Por el contrario Rusia, Ucrania y Bielorusia seguirán como gran potencia industrial y militar, a pesar de la colonización del capital internacional. Esta última debido a la gran extensión de su territorio, a la carencia de infraestructura, a la inexistencia de clases burguesas, de tradiciones capitalistas, y de sectores educados en una gestión moderna, tendría una evolución mucho más lenta y menos profunda que la de los países post-capitalistas de Europa Oriental (los bálticos) incluidos, que el estalinismo buscó siempre de integrar a pesar de todo, y cuya real integración es superficial, reciente, parcial y siempre fue cuestionada.

Por otra parte, en los países bálticos, abiertos a la influencia alemana, hubo una gran transformación demográfica que se opone a los nacionalismos: es el caso de Estonia y Letonia, en donde rusos, ucranianos y bielorusos conforman casi la mitad de la población.

Si recordamos los problemas de Polonia de antes de la guerra, con las masas de no-polacos en su territorio y la división final entre rusos y alemanes, podremos entender el terror y la indecisión de los independentistas bálticos de nuestros días, porque ni los europeos ni los americanos están dispuestos a tomar las posibilidades que les ofrece la perestroika en la inmensa Rusia para lanzarse sobre las muy pequeñas provincias del imperio en retroceso.

El nacionalismo, en todas partes del mundo, es el resultado de una gran impulsión general. Al no existir una perspectiva superior como en los años negros después de la caída del imperio romano, nos aferramos a los contenidos de sangre, a los de la familia, a la tribu, al clan, a la unidad que da el idioma, que aparecen como lo único que queda, primordial y primitivo, cuando las solidaridades de clase o ideológicas desaparecen. Así es como operan también los resortes del renacimiento religioso.

Las creencias renovadas, la irracionalidad de la fe, los nacionalismos constituyen para la gran parte de la población tanto una expresión de la necesidad de liberación nacional, como de la falta de confianza en una integración al capitalismo, que la mayoría desea pero considera poco posible. Au-

sencia de confianza que lo es también en el desarrollo de una perspectiva socialista.

El estalinismo anticomunista ensució el nombre del mismo socialismo y "vacunó" a generaciones enteras de Europa Oriental y Occidental contra la idea de la revolución socialista.

Tenemos delante nuestro un cambio de época. La introducción de la propiedad privada de los medios de producción, las leyes económicas del mercado, la desocupación, y la convertibilidad del rublo tienden a abrir al capitalismo una Rusia fragmentada y a modificar el mapa de Europa, a variar la relación de fuerzas mundial y la propia política internacional. Seguramente este proceso demorará años, si es que no hay un vuelco brusco de la situación en la URSS., a través de una dictadura del sector "duro" de la burocracia lo que conllevaría a la eliminación de Gorbachov. Pero aún en este caso se abriría un período caótico.

No es posible aquí desarrollar más esta visión, extrayendo conclusiones terminantes, pero hay una tendencia fuerte del capitalismo a avanzar en la colonización de un tercio del mundo. Un capitalismo que se muestra asimismo triunfante desde el punto de vista técnico, cultural, político y ético mismo, porque hizo abandonar toda idea de solidaridad al punto que el propio Papa intenta arreglar los destrozos y reforzar su 'business').

Esta nueva colonización seguramente estará acompañada de fuertes explosiones nacionalistas de todo tipo, ruso y antiruso, y seguramente también de grandes crisis, porque la magnitud de lo que está en juego supera las posibilidades del capitalismo mundial. Este encuentra dificultades de producción y de realización, y sabe que estos nuevos mercados potenciales no son conquistables en lo inmediato, y están lejos de ser un hado del destino.

Más que nunca en la etapa que se abre, los valores de la solidaridad, del internacionalismo, de la identidad de clase, de la lucha por la igualdad, la fraternidad y el socialismo estarán a la orden del día. Precisamente porque entramos en un largo y oscuro período caracterizado por el cierre de una fase. La que se abrió con la primera guerra mundial y la Revolución Rusa —que atravesó la segunda guerra, la expansión del estalinismo, la revolución china y la descolonización— y que se extendió hasta nuestros días con el derumbe del estalinismo en Europa, la caída en la URSS, y en China y el neocolonialismo en el Tercer Mundo y en Europa Oriental.

Este desarrollo del nacionalismo y del capitalismo tiende a negar la democracia. El libre cambio (de los monopolios transnacionales) y su fachada

— de democracia forman sé vacat unaméne de conteúdo.

Más que nunca independencia, democracia, socialismo aparecen coaligados, y la autogestión generalizada aparece como el medio para conseguirlos. Seguramente no mañana pero con certeza en las próximas décadas. Porque el capitalismo logró vencer al estalinismo, enterrador del comunismo y de la Revolución Rusa y mundial, pero no logra vencer sus contradicciones que engendran la revolución y la necesidad misma del socialismo.

Roma, marzo de 1990

1 Ediciones de Minuit, París, 1978



REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN EL ESTE*

Sergio Rodríguez L.

Vientos tormentosos del Este, verdaderos torbellinos, se presentan a finales de este siglo como queriendo demostrar una permanencia. El siglo se quiere despedir con el inicio de la caída de los regímenes burocráticos post-capitalistas, el resurgimiento de los conflictos nacionales en los Balcanes, la agudización de la competencia interimperialista, etc. Como Marx dijo, todo lo sólido se desvanece en el aire.

Los acontecimientos que se viven en Europa del Este han puesto en crisis no sólo a los diversos edificios ideológicos de quienes insistentemente señalaban la imposibilidad de que el aparato de Estado de los países de Europa del Este pudiera ser derrocado de manera pacífica. También han puesto en crisis a las corrientes marxistas, incluida la nuestra. En el caso de América Latina, esto resulta evidente. Simplemente pensamos en el papel asignado por la vanguardia revolucionaria latinoamericana a los gobiernos de Europa del Este de "retaguardia de la revolución", instrumento fundamental para detener, así fuera parcialmente, las dinámicas intervencionistas del imperialismo americano. Este era el sustrato objetivo que explica las reacciones negativas en contra de quienes señalábamos las contradicciones de las sociedades post-capitalistas y criticábamos las monstruosas desviaciones que se llevaban a cabo en esos países. Ahora, la cuestión no puede resultar más paradójica: muchos de los que cantaban loas al campo socialista han terminado por pasarse a una posición socialdemócrata y anticomunista (que no antiburocrática); la posición que están tomando sobre Cuba refleja claramente ese tránsito del estalinismo al anticomunismo.

* Publicado en Inprecor para América Latina, Nº 4, París, Mayo 1990.

Pero sería totalmente maniqueo plantear que quienes nos reclamamos del combate de León Trotsky y de la IV Internacional estamos exentos de la crisis que han provocado los acontecimientos de Europa del Este. Estamos seguros de que hay un buen número de organizaciones autollamadas trotskistas que piensan que lo que sucede en esos países confirma lo fundamental de sus tesis. Más modestamente, nosotros pensamos que el marco de los análisis hechos por Trotsky y la IV Internacional nos proporciona elementos claves para analizar y comprender lo que está sucediendo, pero que tenemos una serie de retos teóricos y prácticos que sería aconsejable enfrentar sin ningún trauma y sin ninguna visión mesiánica. De ninguna manera tenemos la respuesta a lo que está pasando. Es más, tenemos más preguntas que respuestas. Y sólo será posible llegar a éstas a través de un método de aproximaciones sucesivas. En este sentido, el presente artículo busca constituir una aproximación a lo que está sucediendo y establecer un diálogo con quienes creyendo que el socialismo sigue siendo nuestro objetivo, están convencidos de que hoy más que nunca es necesario poner todo bajo crítica y reflexión.

Revolución y Contrarrevolución

No enfrentamos ninguna confusión al caracterizar a las explosiones populares en Alemania Oriental, Checoslovaquia y Rumania y al inicio de movilizaciones independientes en la Unión Soviética como un inicio de revolución política. Para nosotros, lo fundamental es la entrada en acción de millones de trabajadores hasta hace algún tiempo totalmente aplastados y atomizados por el régimen burocrático. La entrada en escena de esos pueblos ha significado la liberación de una formidable energía social que viene de lo más profundo de la sociedad y que se tejió de manera imperceptible, pero que en menos de cuatro meses se expresó con una fuerza avasalladora. Con todo, este impresionante ascenso de las masas aparece en medio de un contexto internacional sumamente complejo y contradictorio. Aquí radica lo fundamental de los problemas a analizar. Hagamos un somero recuento de esos problemas.

a) Sin lugar a dudas, el problema más importante debemos ubicarlo en el tremendo desprestigio que el estalinismo trajo como herencia al socialismo y al marxismo. Incluso nosotros -los que compartimos el análisis de Trotsky- no pudimos percibir el grado de odio popular en contra de los diversos regímenes burocráticos o, más bien, cómo ese odio se fue trasladando progresivamente del estalinismo al socialismo y al marxismo.

A la luz de los actuales acontecimientos es necesario revalorar la vieja fórmula establecida por la IV Internacional en su Segundo Congreso, fórmula a través de la cual caracterizaba al estalinismo de la manera más justa:

"La burocracia ha devenido una casta incontrolada e incontrolable, extraña al socialismo y mortalmente hostil tanto al socialismo en la URSS como a nivel mundial. Posee todos los rasgos más reaccionarios de las anteriores clases dominantes -parasitismo, saqueo del excedente social, crueldad hacia los oprimidos, explotación de los productores- sin tener a cambio los rasgos progresivos- cumplir la función histórica necesaria para la introducción y la defensa de un sistema económico superior desde el punto de vista de la división del trabajo y de la propiedad de los medios de producción. Si su régimen aparece como 'más estable' que el decadente régimen capitalista se debe exclusivamente al hecho de que ha logrado explotar a su favor relaciones de producción superiores a las del capitalismo. Pero en realidad, durante los últimos 20 años la burocracia ha ocupado en la sociedad rusa una posición mucho menos estable que la burguesía, incluso la más decadente... La burocracia no cuenta con ninguna garantía jurídica o económica de sus privilegios. Está sujeta a un miedo perpetuo no sólo a perder sus privilegios sino, incluso, a perder su libertad individual o su vida; el terror pesa sobre esas capas privilegiadas... La burocracia no sólo no puede elaborar una ideología propia sino, además, no posee ni el instinto ni las características de una clase social; más aún, las ininterrumpidas transformaciones que ha conocido y las consecutivas 'depuraciones' sanguinarias (purgas) han logrado generar tal nivel de desmoralización que le ha impedido tomar conciencia de su propio papel". (L'URSS et le Stalinisme, Resolución del Segundo Congreso de la IV Internacional. Les congrès de la quatrième internationale, Tomo 3, Ed. La Breche).

Toda esta situación fue vivida día tras día por millones de seres humanos que sentían que vivían ahogados en un sistema cerrado y aplastante. Y claro, al inicio de su revuelta, no hicieron una diferenciación entre esta monstruosa desviación y el socialismo. En ese sentido, hasta cierto punto era inevitable que al inicio de las rebeliones populares el sentimiento anticomunista se desatara de una manera violenta.

b) Desde hace 15 a 20 años, el conjunto de países del llamado "socialismo real" empezó a vivir un profundo deterioro económico. ¿Cómo fue que se dio ese deterioro? La respuesta no es simple. Es indudable que en el caso de la Unión Soviética las bondades de un sistema no totalmente basado en las leyes del mercado le permitieron un impresionante desarrollo económico.

Basta recordar el estado que guardaba el aparato productivo bajo la Rusia zarista y compararlo con el que guardaba, en especial, en los 50's y los 60's, décadas en las que la URSS se ubicó como la segunda potencia industrial y militar (y esto, a pesar de no contar con un sistema real de planificación democrática y de que el pillaje burocrático se presentaba en toda su extensión.

El inicio de la caída de la tasa de crecimiento de la URSS coincidió precisamente con la recesión económica en los países capitalistas en los años que van de 1973 a 1975. Fue en este momento que resultó más evidente la incapacidad de la gestión burocrática de desarrollar las fuerzas productivas más allá de la fase de acumulación extensiva, en especial de bienes de capital. Esta crisis trajo consecuencias devastadoras para las conquistas sociales de los trabajadores.

c) Evidentemente, las raíces de esa crisis económica hay que buscarlas en la gestión burocrática. Pero no sólo ahí. La recesión generalizada que el capitalismo vivió de 1973 a 1975 fue de tal dimensión que obligó a una reestructuración económica global. El proceso de reorganización del trabajo y las modificaciones tecnológicas comenzaron a aplicarse en los sectores clave de las economías de los países industrializados. El desarrollo de industrias nuevas con alta tecnología y la reestructuración económica de los sectores más tradicionales -reestructuración hecha en función de un incremento en la productividad del trabajo-, se combinaron con el cierre de fábricas, el despido de miles de trabajadores, la introducción de nueva tecnología y la reorganización del trabajo con el objetivo de limitar al máximo a los sindicatos y, en general, a cualquier tipo de estructura colectiva.

Todo esto se hizo al amparo ideológico de "la modernización". Así, se empezó por echar por tierra la vieja organización científica del trabajo (los métodos Taylor y Ford) para instrumentar los métodos japoneses, métodos que, con una presentación democrática, reestructuraron el mundo del trabajo al eliminar su rigidez y sustituirla por una flexibilidad que se llevó entre las patas algunas de las más viejas e importantes conquistas obreras, en especial las que permitían cierta injerencia de los trabajadores en el control de la producción y las cadencias de trabajo.

De alguna manera, todas estas modificaciones históricas se llevaron a cabo sin que se diera una respuesta a la altura de las circunstancias. En este sentido, podemos hablar de una derrota en frío de la clase obrera de los países imperialistas, en especial de Japón, Alemania, Estados Unidos y Francia. Así, la recesión de 1981 no alcanzó la misma dimensión de la de 1973-75 en los países imperialistas. Trajo, en cambio, consecuencias devastadoras en los

países del llamado Tercer Mundo y en los Estados obreros burocratizados. Por lo que hace a estos últimos, las modificaciones tecnológicas y las mutaciones en el mundo del trabajo aumentaron la brecha en la productividad del trabajo respecto a los países imperialistas. Mientras los Estados obreros burocratizados se veían en la obligación de mantener el pleno empleo, los países imperialistas recomponían un ejército industrial de reserva que ha jugado un papel clave en el deterioro de las conquistas sociales de la clase obrera. En unos cuantos años, los mal llamados países socialistas pasaron a ser países con un nivel tecnológico y productivo similar (o incluso peor) al de los países semi-industrializados del Tercer Mundo. Era imposible, por supuesto, levantar una alternativa productiva a la reestructuración capitalista desde la óptica de la organización burocrática. Porque si en el capitalismo el mundo del trabajo era un mundo jerárquico y obsoleto, en los países postcapitalistas lo era mucho más. La burocracia nada tenía que ofrecer como alternativa a la flexibilidad laboral. La única opción real hubiera sido la ruptura del mundo rígido y cerrado de la burocracia para pasar a la flexibilidad socialista, es decir, a la planificación democrática, la única y posible modernización desde abajo. Pero para alcanzar esto, es necesario darle todo el poder a la clase obrera y a sus organizaciones. Y esto, como lo hemos visto, es más temido por la burocracia que por la burguesía. Y para impedir que esa respuesta saliera a flote -como ya lo había comenzado a discutir *Solidaridad*- fue que Gorbachov planteó la *perestroika*.

d) La crisis polaca puso sobre aviso a la burocracia soviética. La fuerza y el carácter inicial del movimiento de *Solidaridad*, así como la fuerza que en su seno adquirieron las corrientes radicales, llevaron a una parte de la burocracia soviética a reflexionar seriamente. Era necesario impedir el desarrollo de movimientos de masas autónomos e independientes tan poderosos como *Solidaridad*, pues éste representaba una revolución desde abajo y un proyecto de reorganización del país desde los talleres mismos de las fábricas, *Solidaridad* era algo más que un sindicato : era la autoorganización global de la sociedad.

Lo que hasta ahora hemos visto es totalmente diferente. Ni siquiera en el momento más radical de las movilizaciones en Alemania Oriental se alcanzó el nivel de autoorganización alcanzado en Polonia en 1980-81. En esta ocasión, la principal característica de la dinámica de la lucha antiburocrática ha sido que si bien la clase obrera ha sido participante fundamental de la lucha democrática, no ha contado con una estructura organizativa como clase. Su independencia política y sindical, por lo tanto, sigue sin ser conquistada.

Este hecho le ha dado a la rebelión popular el carácter de rebelión "civil", característica que más conviene a los planes del imperialismo y de la burocracia. Pareciera que los términos ético-civiles han sustituido al lenguaje de clase. Esto tiene que ver, por supuesto, con el hecho de que la burocracia anuló totalmente los derechos ciudadanos.

e) La situación anterior ha ido al parejo de un problema nodal en estas primeras fases de crisis del estalinismo: el no surgimiento de corrientes socialistas alternativas con una influencia de masas significativa. La sífilis del estalinismo ha creado tal nivel de anticuerpos que todo aquel que se presenta ante la población como socialista es visto con sospecha. Presenciamos, en cambio, el surgimiento de corrientes fascistas, chauvinistas y antisemitas que han logrado despertar un apoyo de masas, hecho que está siendo aprovechado por los sectores burocráticos que siempre mantuvieron posiciones políticas cercanas al fascismo. La debilidad de la izquierda y el fortalecimiento de los sectores derechistas de la sociedad han generado una confusión muy grande.

No hay que olvidar, por otra parte, la forma en que estos países cambiaron de sistema. Con la excepción de Yugoslavia, los demás fueron negociados sobre un tablero.

Los acuerdos de Yalta y Posdam determinaron el paso de millones de seres de un capitalismo de opereta a una sociedad post-capitalista profundamente dictatorial y cerrada. No hay que olvidar que los Balcanes fueron el pretexto para el estallido de la Primera Guerra Mundial. Si bien la derrota de los imperios alemán y austríaco significó la conformación de Estados nacionales, estos países fueron inmediatamente víctimas del revanchismo de los fascistas alemanes. Casi sin transición, esos países pasaron del domino austro-alemán al dominio soviético. En otras palabras, la conformación de verdaderos Estados-nación sigue siendo una tarea pendiente. Esta situación ha despertado un sentimiento nacional que muchas veces raya en la xenofobia. En el pasado, este sentimiento fue asociado a un antiimperialismo natural porque el dominio era de las potencias imperialistas. Ahora es asociado a un anticomunismo casi visceral porque el dominio era de la Unión Soviética.

En conclusión, podríamos generalizar y decir que en esta primera fase de la lucha antiburocrática la conciencia nacionalista ha predominado sobre la conciencia socialista democrática. Una vez más, sin embargo, no hay que confundir el inicio de un fenómeno social con su devenir y su conclusión. Porque si bien es cierto que en la caída de las burocracias estalinistas las corrientes que más han avanzado son las pro-capitalistas derechistas, es muy di-

fácil pensar que ya se ha creado un nuevo orden de cosas. la balcanización del mundo no ha terminado; apenas comienza de nuevo. Y si bien ahora nos tocó a los socialistas pagar los platos rotos del estalinismo, luego -y no dentro de mucho tiempo- el imperialismo tendrá que pagar su cuota. Y si no, al tiempo.

f) Finalmente, otro elemento que ha jugado un papel fundamental en la actual coyuntura ha sido la no sincronización del avance revolucionario (dándose, por el contrario, la sincronización del avance ideológico de la derecha). Y, ni modo, la responsabilidad recae de nueva cuenta sobre los aparatos de control de la clase obrera tradicionales de los países imperialistas, en especial de la Europa capitalista.

La misma caída del "campo socialista", el desarrollo de la *perestroika* y al conformación de una nueva Entente política entre la burocracia soviética y el imperialismo han traído consecuencias negativas para las posibilidades de la lucha revolucionaria en los países del llamado Tercer Mundo. Al mismo tiempo, el fracaso económico de los países postcapitalistas ha traído como consecuencia el reforzamiento de posiciones conformistas al interior del movimiento obrero europeo. Para este movimiento, el modelo de los países del Este resulta totalmente abominable; no hay nada que lo atraiga ni en el terreno económico ni en el político, el cultural o el social. La Europa capitalista, en cambio, ejerce un poderoso influjo sobre los trabajadores de Europa del Este no sólo en el terreno económico sino, incluso, en los demás. Así pues, conviene tener claro que no estamos viviendo un ascenso de la revolución mundial ni nada por el estilo. Estamos viviendo un momento de transición en el que el estalinismo ha hecho tocar fondo al socialismo. Aún así, se apresuran quienes ya entonan requiems.

La historia de la lucha política nos enseña que el combate por el poder no se juega en una sola vía. La revolución no es un "paseo solitario" en el que todas las etapas están preestablecidas. La revolución siempre va acompañada de la contrarrevolución. En algunos casos la primera precede a la segunda; en otros, sucede lo contrario. La posibilidad de una implica la otra. El gran ascenso de masas en Europa del Este es el inicio de una revolución política, pero también el inicio de una contrarrevolución capitalista. En esta primera fase, la contrarrevolución va ganando hegemonía. Pero todavía no se dice la última palabra.

Los límites de la reabsorción

La posibilidad de una restauración del capitalismo en los países de Europa del Este es una posibilidad real. Pero los obstáculos también son inmen-

sos. Restaurar el capitalismo en el conjunto de estos países (no sólo en algunos) implica retos muy grandes para los centros imperialistas. En la práctica, estaríamos hablando de un nuevo plan Marshall. Pero un plan de esta naturaleza no se decide tan fácilmente. De acuerdo a una serie de especialistas, aplicar un nuevo plan Marshall en esos países requeriría de aproximadamente 170 mil millones de dólares.

Esto tiene que ver, por supuesto, con el hecho de que a pesar del incremento de la inversión extranjera, las sociedades mixtas representan sólo el 1% de la producción en la URSS y con el hecho de que la totalidad de las joint ventures instaladas en Europa del Este y la URSS corresponde a un capital de 5 mil millones de dólares. A nivel de créditos externos, el problema es también bastante complejo. A pesar de que Lech Walesa fue recibido por el Congreso estadounidense como si fuera jefe de Estado, hasta ahora no ha conseguido una reducción significativa de la deuda externa ni, más aún, un acuerdo como el alcanzado por México en función del plan Brady. Hasta ahora, la banca mundial se ha comprometido a otorgar créditos a Polonia por un monto de mil millones de dólares, cantidad que evidentemente en nada soluciona los problemas económicos de ese país. Y el panorama que los demás países de Europa del Este vislumbran no es muy diferente: la Comunidad Económica Europea ha señalado que lo más que puede otorgar a manera de crédito son 20 mil millones de dólares.

Lo limitado de la ayuda imperialista se explica por varios motivos.

a) Los países del Este no son los únicos que demandan créditos. El problema de la deuda y de nuevos créditos se ha convertido en un problema de primer orden para los gobiernos imperialistas, sobre todo en el caso de los países del Tercer Mundo y, particularmente, en el de los países latinoamericanos. El imperialismo sabe que no puede canalizar lo fundamental de los recursos monetarios excedentes hacia Europa del Este a riesgo de una evolución sumamente peligrosa en países como Argentina, Venezuela o Brasil. La crisis ha alcanzado tal nivel que la posibilidad del estallido de crisis políticas de los gobiernos puede desembocar en una agudización extrema de enfrentamientos sociales, especialmente en el caso de Brasil. Y para el imperialismo estadounidense, Brasil (como México y Argentina) es mucho más importante que Polonia; Bulgaria o Rumania.

b) El objetivo fundamental del plan Marshall fue recuperar el nivel de producción de varios países imperialistas que habían sido devastados por la guerra. Este no puede ser el mismo objetivo en el caso de Europa del Este. Si esos países vuelven a la lógica del capitalismo, no será a partir de su con-

versión en países imperialistas sino en países semicoloniales dependientes (quizás con la excepción de Checoslovaquia). Por lo tanto, las inversiones que se realicen tendrán como objetivo la sobreexplotación de la mano de obra, es decir, el saqueo por medio del establecimiento de un intercambio desigual.

c) En este sentido (como siempre sucede con las inversiones que buscan mercados de países semicoloniales), los inversionistas exigirán la estabilidad social que garantice su capital. Y esto no resulta muy factible si atendemos a la situación política presente en el conjunto de esos países. La caída de las burocracias estalinistas no ha ido acompañada del establecimiento de regímenes fuertes y sólidos.

Pero la inestabilidad no se reduce al terreno electoral. Los conflictos nacionales también afectan cualquier proyecto. Al romperse el orden burocrático y ante la existencia de verdaderos mosaicos nacionales, las fuerzas políticas más disímolas se han lanzado a la acción, cuestionando la existencia de los Estados como tales. A los problemas nacionales hay que agregar los religiosos. Es muy difícil, pues, pensar en un clima de estabilidad atractivo a las inversiones extranjera

d) El derrumbamiento de los aparatos burocráticos se expresó no sólo en la caída de los regímenes sino también en la ruptura al seno de las organizaciones de masas. En especial en los sindicatos, esta ruptura significó la aniquilación de la vieja estructura sindical corrupta. Aún así, no ha surgido una estructura alternativa. Es indudable que la clase obrera fue partícipe fundamental en la rebelión popular. Esta participación, sin embargo, no generó nuevas estructuras organizativas que le permitieran contar con un peso mayor en el proceso de cambio de la sociedad.

Pero lo real es que tampoco ha surgido una nueva estructura organizativa al seno de la clase obrera que garantice la transición al capitalismo. La doble contradicción en la que se encuentra la clase obrera de estos países refleja lo contradictorio de la situación social. Por lo que hace a la inversión imperialista, es evidente que se requiere de un nuevo aparato burocrático que domine a los trabajadores y los lleve a aceptar la transición al capitalismo. En este sentido, el imperialismo utilizará a fondo a la socialdemocracia y, en el caso de Polonia, al propio Walesa (Polonia es el único país en el que la conversión de la dirección sindical ha permitido la conformación de una nueva burocracia sindical colaboracionista) para la formación de nuevos sindicatos controlados. Sin embargo, es en el terreno de la clase obrera (la que, por lo demás, constituye la impresionante mayoría de esas sociedades) donde la

disputa no ha terminado. Es más, apenas comienza.

e) La transición al capitalismo traería como consecuencia una gran diferenciación social. De manera inevitable, esta diferenciación implicaría confrontaciones. El problema al que se enfrentarán quienes conduzcan la transición es claro: ¿de dónde saldrá la burguesía nativa? Este es un problema muy importante. De nueva cuenta, Polonia es el país en el que este proceso va muy adelantado. Ahí presenciamos cómo es que la *nomenklatura* se transforma en un nuevo empresariado. A la larga (y no tan a la larga) los trabajadores se enfrentarán a los mismo a los que ya se han enfrentado... con una diferencia: éstos ya no podrán usar la máscara del comunismo.

A nivel de la clase obrera, por otro lado, habrá que ver quiénes están dispuestos a quedar desempleados. Los trabajadores de esos países no están acostumbrados a los niveles capitalistas de desempleo.

La lógica de la ganancia traerá como consecuencia la sobreexplotación del trabajo, los despidos, la reducción del gasto público, etc. Adoptar una política económica de esa naturaleza no fue fácil. Los promotores de la transición al capitalismo (desde el seno de la misma burocracia y desde afuera) hicieron lo más fácil: aprovechar y canalizar la caída del aparato estalinista. El problema es que ahora se enfrentan a una situación totalmente inédita: ¿Cómo reconstruir un aparato de Estado capitalista? Serán ellos los que ahora pasen a administrar la crisis; bajo otra lógica pero en medio de grandes contradicciones.

Una vez pasadas las elecciones en Alemania Oriental, la actuación de los gobiernos europeos, y en especial el de Alemania Federal, comenzará a cambiar. Esto es muy importante en la medida en que todo mundo se dió cuenta del cambio operado en la sociedad alemana entre la caída de Honecker y las elecciones en función de un movimiento de masas impetuoso y bastante radicalizado con claros ribetes chauvinistas y xenófobos. En esa mutación tuvieron mucho que ver el gobierno de Alemania Federal y sus promesas.

Una última cuestión que avanza en lo que indudablemente será el estallido de crisis sociales significativas en el marco de la reabsorción capitalista la encontramos en el tipo de países que se crearían si se concreta el proceso de restauración capitalista. Hasta ahora ha sido posible engañar a la población de esos países en función de un mundo capitalista próspero. Se ha querido vender la idea de que los obreros de los mismos no tienen nada que perder y sí mucho que ganar. Se quiere crear la impresión de que Polonia o Rumania rápidamente pasarán a ser Alemania o Japón, esto es, que pronto alcanzarán un impresionante nivel de desarrollo capitalista. Muy pronto los ha-

bitantes de esa parte del mundo comprenderán que en el mundo capitalista existen no sólo Alemania o Japón sino también Haití, Bangladesh, El Salvador o México. Es evidente que el resultado de las transformaciones que se están llevando a cabo no será el surgimiento de nuevos países poderosos sino de nuevos países semicoloniales, totalmente dependientes y saqueados por el imperialismo.

América Latina y los cambios en el Este

La quiebra del mal llamado campo socialista en sus primeras manifestaciones políticas no proletarias o socialistas ha debilitado la correlación de fuerzas entre los sectores populares y el imperialismo en América Latina. La respuesta del imperialismo ha sido su intervención en Panamá, el financiamiento de la campaña electoral de Violeta Chamorro en Nicaragua, el apoyo total al gobierno de El Salvador y el diseño de toda una política de agresión en contra del Estado cubano, política que hoy se presenta en función de la intervención de una señal electrónica pero que mañana puede hacerlo a través de la intervención militar.

Bien podemos decir que en un primer momento la derecha se apropió de algo que casi por definición nos correspondía: la caída del Muro de Berlín. Y es aquí donde más claramente se revela el carácter profundamente reaccionario de la *perestroika* soviética. En la práctica, la *perestroika* ha significado, antes que nada, la celebración de una nueva Entente con el imperialismo, esto es, una "modernización" de la política de "el socialismo en un solo país" o de la "coexistencia pacífica".

Es cierto que la actitud del gobierno cubano, y en especial la del comandante Fidel Castro, ha contribuido a que este proceso avance todavía más. Castro ha cometido un error que, de no corregirse, traerá consecuencias incalculables: identificar a los Honecker, Ceausescu, Husack y compañía con el socialismo. Lo que Fidel no entiende (o no quiere entender) es que la burocracia de estos países provocó tal grado de deformaciones que facilitó enormemente el trabajo del imperialismo, que sus políticas han sido políticas que, a la larga, a los únicos a los que han servido es a los gobiernos de los países imperialistas.

Esta falta de entendimiento de Fidel tiene que ver con el modelo de poder político desarrollado en Cuba. El problema clave que la sociedad cubana tiene que resolver no es simplemente el de la realización de elecciones parlamentarias o presidenciales (lo que no nos parece incorrecto o innecesario).

Nosotros no cometemos el error de confundir democracia con elecciones. Las elecciones son una expresión de la democracia, pero, en modo alguno, la quintaesencia de la misma.

En Cuba (como en todos lados) estamos por el pluralismo y por elecciones libres y soberanas. Pero también estamos por que el pueblo gobierne directamente. Y para que esto sea real no basta con que formalmente existan estructuras organizativas populares. Se necesita, además y fundamentalmente, que el pueblo discuta, apruebe y ejecute las decisiones fundamentales de la vida económica, política y social.

Es verdad que la posición de Castro se ha visto reforzada por el avance de las corrientes anticomunistas en los países de Europa del Este. Recientemente, los gobiernos de Checoslovaquia, Rumania y Hungría se solidarizaron con la demanda del imperialismo estadounidense de juzgar las violaciones a los derechos humanos en Cuba. Pero el problema no es si hay o no hay violaciones (a nosotros nos parece que sí las hay y que deben ser condenadas). El problema es qué autoridad moral puede tener el gobierno de Bush para juzgar a Cuba luego de la invasión a Panamá.

Trotsky tenía una fórmula que en lo fundamental nos sigue pareciendo correcta: la democracia de los países imperialistas es un lujo basado en el saqueo económico de los países pobres. Por eso consideramos que la tarea clave de los pueblos de América Latina es defender la revolución cubana. Por nuestra parte, además de participar en esta defensa, seguiremos insistiendo en la necesidad de que sea efectivamente el pueblo el que gobierne.

Esta crisis ideológica ha traído consecuencias nefastas para la izquierda latinoamericana. Estamos presenciando el surgimiento de corrientes socialdemócratas (posibilistas, gradualistas) al interior de los partidos revolucionarios, corrientes que apabulladas por la situación internacional abandonan en la práctica la lucha por el socialismo. La derrota electoral del Frente Sandinista abona en este sentido. Precisamente por ello no podemos cometer el error de hacer vanal lo que sucedió en Nicaragua.

Conclusión

Podríamos decir que en esta primera etapa de la caída de las dictaduras burocráticas la derecha ha sacado la mejor parte. Como señalábamos anteriormente, la revolución siempre va acompañada de la contrarrevolución. En el terreno ideológico, la derecha ha comenzado a elaborar su visión sobre el supuesto "fin de la historia" o sobre la necesidad de abandonar las utopías so-

ciales y pasar al campo del pensamiento débil. El problema es que las teorías fuertes, de cambio, no fueron elaboradas por un cerebro brillante, sino en función de situaciones sociales determinadas. Mientras siga habiendo explotación, miseria, opresión, racismo, etc. se necesitará de teorías fuertes y de utopías. Se requerirá también de la vanguardia.

La historia no ha llegado a su fin. Estamos viviendo la fase negativa de un proceso social que no se detendrá con la caída de las dictaduras estalinistas. Esta fase negativa puede aparecer ante nuestros ojos como algo apabullante pero, tarde o temprano, el proceso recobrará su impulso inicial. Esta fase negativa nos está dejando lecciones fundamentales y de ella saldrá una concepción socialista más sólida y más fuerte. El estalinismo ha sido barrido y ese solo hecho nos abre un panorama político prometedor, a condición, por supuesto, de mantener un espíritu abierto. Esto no significa echar por la borda nuestra teoría. Con Trotsky, seguimos pensando que más allá de lo que sea necesario cambiar, hay algo del marxismo revolucionario que no estamos dispuestos a modificar: siempre nos hemos situado (y lo seguiremos haciendo) en función de los explotados y los oprimidos. Esa es nuestra convicción y esa será nuestra práctica. Esta no es la primera crisis, ni será la última.



**EL VIEJO
FANASMA**

sous le drapeau du

socialisme

CORREO
Internacional

INPRECOR

Correspondencia de Prensa Internacional
para América Latina

HACE 50 AÑOS FUE ASESINADO LEON TROTSKY

En agosto de 1940 el sistema estalinista culminó su tarea de exterminio de la vieja guardia bolchevique. Durante la década de los años 30' los numerosos y tristemente famosos Procesos de Moscú liquidaron a la mayoría de aquéllos. León Trotsky, por un error de cálculo de Stalin, resultó expulsado de la URSS y eso le permitió salvar su vida y continuar su actividad política en Europa y América. En agosto de 1940 Stalin cerró el último capítulo de aquellos Procesos vergonzosos y Trotsky fue asesinado en México, donde residía, en época del gobierno de Lázaro Cárdenas.

No se trata aquí de hacer su hagiografía o el culto a un pasado irrepetible. Pero León Trotsky es un personaje cuyas ideas y cuya acción están necesariamente presentes ante cualquier reconsideración del socialismo que hoy se plantee. No es sólo por azar que aún esta Rusia de la perestroika y la glasnost prefiera legalizar a un pensador de derecha, aunque democrático, como Solshenitzin y en cambio el creador del Ejército Rojo, el primer Presidente del Sóviet de Petrogrado, continúa siendo un autor interdicto como lo manifiesta con abundancia el joven intelectual y diputado soviético Boris Kagarlitsky.

Sin embargo, el juicio de la historia puede más que el poder de cualquier Secretario General. Defender las conquistas de octubre requieren cada vez más acercarse al revolucionario proscrito, entender los acontecimientos actuales obligan cuando menos, a revisar el programa de la Oposición de Izquierda.

No se trata de justificar todo lo que dijo o hizo, de la misma manera que no se trata de justificar todo lo que hicieron o dijeron los viejos socialistas del pasado. No hay personaje sin errores, de factura impecable, como no hay un proceso histórico perfecto o idílico, por el contrario éstos resultan plagados de contradicciones. Por eso, precisamente, el rescate es, y no podría ser de otro modo crítico y realista; y debe servir para enriquecer la experiencia acumulada.

León Trotsky no se equivocó al caracterizar el período post-revolucionario en la URSS., como de transición entre el capitalismo y el socialismo; no se equivocó al desnudar y criticar la concepción estalinista que pretendió que se podía construir el socialismo en un solo país; no se equivocó al continuar defendiendo el internacionalismo de los trabajadores que tiene su origen en Marx; no se equivocó al unir la lucha por el socialismo con la lucha por la más amplia democracia social; no se equivocó al establecer la correlación entre las luchas de las nacionalidades oprimidas y las luchas por la liberación social del yugo del capital; no se equivocó al caracterizar como contrarrevolucionaria a la burocracia de estado soviética.

Sí podemos criticar a Trotsky sus posiciones en relación al papel de los sindicatos en el período de transición' o su participación al frente de la represión en Kronstadt. Su subestimación o demora en comprender los peligros del modelo de partido único, ya que sólo tardíamente, cuando publica *La revolución traicionada*, defiende la pluralidad de partidos.

Podemos criticar sus vacilaciones, sus errores de evaluación, como el relativo al crecimiento de las fuerzas productivas; o sus previsiones acerca del alza revolucionaria en que desembocaría la Segunda Guerra Mundial.

Podríamos también compilar frases sueltas que no tienen aplicación alguna a nuestra realidad. Pero ubicado el personaje en su época histórica, en esa época de convulsiones y soledad, resulta inevitable para cualquier marxista, no rescatar el reconocimiento de esas lecciones que el hombre produce y que hacen historia, cuando tienen la grandeza de la coherencia entre el pensar y el actuar, en una perspectiva de superación histórica de la humanidad.

Nuestro recuerdo no es sólo un tributo a la teoría y a la práctica del revolucionario asesinado hace cincuenta años, o expresión de la más ácida crítica al estalinismo, ya que fue él, desde el socialismo, el primero y más sistemático opositor a la traición de la burocracia soviética y a la degradación del ideal socialista que ella corporizó y a quién hoy la historia le pide cuentas. Es también una toma de posición por el futuro del socialismo frente al posibilismo que invade nuestras tierras y al marasmo en que están sumidas las corrientes que confiaban en el estalinismo, a través del ejemplo de quién, como nadie, supo "nadar contra la corriente", para construir ese futuro.

Cuadernos del Sur

COMITE EDITORIAL	1990, Cien años del Primero de Mayo en Argentina
INES IZAGUIRRE:	Algunas reflexiones sobre las condiciones del conocimiento de lo social a fines de los '80
ALVARO DIAZ	La reestructuración industrial autoritaria en Chile
ADOLFO GILLY	Panamá y la revolución democrática en América Latina
JAMES PETRAS	El futuro del socialismo en América Latina
ALBERTO J. PLA	En defensa del socialismo
ERNEST MANDEL	La Glasnost y la crisis de los partidos comunistas
BORIS KAGARLITSKY EFIM OSTROVSKII	No vemos una vía que no sea la socialista hacia la democracia en nuestro país
GUILLERMO ALMEYRA	Unión Soviética. La eclosión nacionalista
SERGIO RODRIGUEZ L.	Revolución y contrarrevolución en el Este
ALBERTO J. PLA EDUARDO LUCITA	Hace 50 años fue asesinado León Trotsky

artista plástico invitado: Juan Carlos Romero
Colección Afiche Político

Tierra  fuego
del